CAMPESINOS

Joaquín Arderius

Prólogo de José Esteban

Biblioteca Silenciada
Dirigida por Gonzalo Santonja

Diseño de cubierta:
Roberto Turégano

Editorial Ayuso. San Bernardo, 34 - Madrid-8
Depósito Legal: M. 16.112-1980
I.S.B.N.: 84-336-0173-3
Imprime Edissa. Santiago Estévez, 26
Madrid-19

P R O L O G O

Cuando don Ramón del Valle-Inclán afirmaba en el prólogo a **El problema religioso en Méjico,** *primer libro de Ramón J. Sender y de la Editorial Cénit, que "libros como* **La nueva Rusia** *de Alvarez del Vayo o* **China contra el imperialismo** *de Juan de Andrade, no hubieran sido posibles hace unos años", estaba en lo cierto. Corría entonces 1928 y se abrían inmejorables perspectivas a las letras españolas.*

Estas perspectivas estaban basadas en la fulgurante aparición en la escena cultural de una nueva generación de intelectuales. Una generación políticamente enriquecida en su lucha contra la Dictadura y consciente de la necesidad de cambios sociales en las estructuras económicas del país.

*Esta nueva generación, que convive con la del 98 * Unamuno y Valle-Inclán dejan oir sus profundas voces contra Primo de Rivera), y con la de 1914 (Pérez de Ayala, Ciges Aparicio, Manuel Azaña, etc.), quiso asumir desde muy pronto las responsabilidades a que le llamaba su hora histórica, ya que "pocas fechas en la historia habrán aparecido tan estimulantes para el hombre español",* (1). *Esta generación, a la que podríamos llamar de la segunda República* (2) *o también la "otra generación del 27"* (3) *se encontró dispuesta desde el primer momento a "no privar a la política de la magna ayuda de las letras"* (4), *levantando la cultura hasta el vértice de su bandera, que no era otra sino la lucha revolucionaria.*

(1) José Díaz Fernández: El nuevo romanticismo. *Editorial Zeus. Madrid, 1930.*

(2) Luis Araquistain, prólogo al libro de J. Izquierdo Ortega: Filosofía española. *Ediciones Argos. Madrid, 1935.*

(3) Víctor Fuentes, prólogo a El Blocao *de José Díaz Fernández. Ediciones Turner, Madrid, 1976.*

(4) José Díaz Fernández, Obra citada.

Surgen así las primeras revistas y editoriales dirigidas y animadas por esta nueva generación llena de espíritu propagandístico.

Joaquín Arderíus y Sánchez Fortún nació en Lorca (Murcia) en mayo de 1885 (5), en el seno de una familia acomodada. Cursó estudios en un colegio de religiosos en Madrid y, más tarde, conocimientos de ingeniería en Lieja, Bélgica. Pero muy joven, abandonó estas labores para dedicarse íntegramente a la política y a la literatura.

Participante activo en todos los movimientos revolucionarios durante la dictadura del General Primo de Rivera, fue encarcelado varias veces entre 1923 y 1929. En la cárcel trabó amistad con Marcelino Domingo y conoció a Valle-Inclán. En 1927 fundó la editorial Oriente, en compañía de Díaz Fernández, José Antonio Balbontín, Díaz Caneja, Justino Azcárate y Giménez Siles, entre otros. (6). Oriente fue la primera de las editoriales que, teniendo como programa la traducción de obras avanzadas, consiguió un éxito inicial sorprendente, hasta para sus propios organizadores.

Pero la labor más importante de Arderíus como intelectual comprometido, fue la de dirigir, con Díaz Fernández y Antonio Espina, la revista **Nueva España** La publicación apareció en enero de 1930 y, según su manifiesto programático, pretendía servir de "enlace de la generación de 1930 y el más avanzado de las izquierdas españolas". Su tirada inicial fue de 40.000 ejemplares. En sus páginas aparecieron trabajos de Zugazagoitia, Gorkin, Sender, etc., manteniéndose en la vanguardia de la lucha contra la dictadura y abogando por un nuevo republicanismo que renovase el clima de apatía moral en que estaba sumida gran parte de la sociedad española.

Tomó parte en el levantamiento de Fermín Galán y García Hernández y, desde la óptica del partido radical-socialista, contribuyó al advenimiento de la República, si bien después se radicalizó, atacando el aburguesamiento de los partidos dirigentes (7) y afiliándose al partido comunista. (8).

Durante la guerra civil ocupó la presidencia del Socorro Rojo Internacional, exilándose en 1939. Primeramente a Francia y luego a México, al producirse la invasión de París por las tropas del III Reich. En la capital azteca ejerció funciones de agregado de prensa en la "embajada del Gobierno Español" que representaba Nicolau D'Olver, logrando más tarde un modesto empleo en el Ministerio de Educación Nacional. Durante su largo exilio abandonó por completo su dedicación novelística y solamente escribió una vida de Don Juan de Austria para una editorial de divulgación y algunas colaboraciones en la prensa. Murió en México el 20 de enero de 1969.

La obra de Joaquín Arderíus se compone de catorce novelas (9), una vida de Fermín Galán, escrita en colaboración con José Díaz Fernández, y multitud de artículos esparcidos por la prensa durante muchos años de actividad. Impregnada toda ella de una fuerza lírica, exuberante y caótica, dentro de un naturalismo exacerbado, y hoy sumida en un injusto divido, Joaquín Arderíus era considerado en 1928 como "el novelista joven de más categoría y solvencia" (Díaz Fernández en el prólogo a **Los príncipes iguales**) y como "una de las más ricas y prometedoras personalidades actuales" (Marcelino Domingo en **La Libertad,** 1930).

Su primera novela **Mis mendigos** (Madrid, 1915), revela ya la potencia exaltada de su imaginación, el carácter híbrido de sus elucubraciones mentales y su complejo mundo artístico, originado en Nietzsche y Dostoievsky. **Así me fecundo Zaratustra** (Madrid, 1923), uno de los títulos más sorprendentes de nuestra his-

(5) Arderíus nació en 1885, frente a lo anotado por Nora y otros escritores que datan su nacimiento en 1890.

(6) José Venegas en "La revolución española y los intelectuales" (**Nosotros,** Buenos Aires, marzo y abril, 1932) y **Andanzas y recuerdos de España** (Montevideo, Feria del Libro, 1943). Y José Esteban, "Editoriales, autores y libros de la España de 1930" (**Cuadernos para el Diálogo,** extraordinario, XXXII, 1972).

(7) ...pues estimo que este Gobierno más que un Gobierno de coalición es un Gobierno homogéneo de reacción". ("Crónica", 28 de junio de 1931).

(8) Alvaro de Arauz: Una interviú con Joaquín Arderíus, el primer escritor español comunista". (**Nosotros,** 1 de agosto de 1931). Joaquín Arderíus —nos ha indicado su hiia— ingresó en el Partido Comunista en 1929 y militó en él hasta 1932 ó 1933; después se afilió a la Izquierda Republicana

(9) Arderíus anunciaba la aparición de dos nuevas obras, **Club Tumba** y **Ley de fugas.** Parte del primero se publicó en **La Libertad** sin que haya sido recogido en volumen. Del segundo no tengo noticia de que llegara a publicarse. Conozco, en cambio, una narración de Arderíus con ese título.

toria literaria, narra la derrota del superhombre, encarnado en un escritor alucinado, y constituye una visión grotesca de la humanidad, una imagen muy pesimista del hombre.

Este brillante inicio novelesco tiene su continuación en **Yo, y tres mujeres** (Madrid, 1924); **Ojo de brasa** (Madrid, 1925); **La duquesa de Nit** (Madrid, 1926); **La espuela** (Madrid, 1927); **Los príncipes iguales** y **El baño de la muerta** (Madrid, 1928) y **Los amadores de Manqueses** y **Justo el Evangélico** (Madrid, 1929), constituyendo un abigarrado mundo de alucinantes personajes, ex-hombres poseídos por las más absurdas pasiones, mezcla de fantasía y realismo, de crueldad y ternura, en una atmósfera de pesadilla y con un sarcasmo delirante.

Con el último título, **Justo el Evangélico,** novela de contrabandistas, pescadores de Levante y gitanos, gentes que tienen "un odio más viejo que los montes", y sobre todo con **El comedor de la pensión Venecia** (Madrid, 1930), Arderíus inicia un cambio en sus posiciones novelísticas. Anunciada como "novela de locos", narra las vidas oscuras de seres pertenecientes a la pequeña burguesía que giran alrededor de la mesa del comedor de la casa de huéspedes como los astros sobre su obligada constelación. Pero ya en medio de tanta fiebre, surge en la mente de algunos de ellos la idea inalterable de la justicia social.

Con **Lumpemproletariado** (Madrid, La novela roja, 1931) y **Campesinos,** Joaquín Arderíus entronca ya directamente con el grupo de novelistas sociales y proletarios de preguerra, más jóvenes que él y que le habían tenido por maestro (Arconada, Benavides, Carranque de Ríos, Díaz Fernández, etc.). En este mismo año aparece **Vida de Fermín Galán,** escrita en colaboración con José Díaz Fernández (10), apasionada biografía del célebre capitán-que, escritor asimismo, obtuvo la admiración de la intelec-. tualidad de aquellos años.

(10) Uno de los escritores más representantivos de los años treinta. Autor de **El blocao** y de **La Venus mecánica**, novelas, y de El **nuevo romanticismo**, ensayos.

(11) Fermín Galán es autor de una novela **La barbarle organizada;** de un libro de ensayos, **Nueva creación** y de un volumen de cartas escritas desde su prisión. Estrenó también alguna obra de teatro y colaboró con seudónimo en **Nueva España.**

La última novela publicada por Joaquín Arderíus, **Crimen** (Madrid, 1934), repite el clima de **El comedor de la pensión Venecia,** en un complejo entramado, casi teatro dialogado, y una curiosa mezcla de folletín y reportaje social, en un momento en que las izquierdas, derrotadas en las elecciones de febrero, y la clase obrera estaban en un obligado compás de espera. La novela refleja ese hundimiento físico y moral de una gran parte del cuerpo político español.

Desde aquellos lejanos años, el polvo del olvido ha caído sobre nuestro novelista. Ni siquiera aparece citado en el generoso diccionario de escritores de Saínz de Robles. Solamente Eugenio de Nora, Víctor Fuentes, Gonzalo Santonja **(12)** y el que esto escribe nos hemos ocupado de su problemática existencia, intentando rescatar su vida y obra para las nuevas generaciones. Lo demás ha sido silencio.

No obstante, la obra de Joaquín Arderíus podría y debería estar llamada en estos momentos a gozar de cierta popularidad y prestigio. Casi todas sus novelas se desarrollan en un doble plano de difícil fusión: la superfantasía y la infrarrealidad; un naturalismo exacerbado y un imaginismo lírico que roza las cumbres de los absurdo, llegando en muchos momentos a transformarse en literatura poemática. Su auténtica ansia de libertad creadora le llevó a romper amarras con la novela tradicional, hasta convertirse en un narrador extraño, solitario y extravagante, cronista de una sensibilidad enfermiza que tiende a su desaparición frente al empuje vigoroso de nuevas corrientes sociales renovadoras. Entronca, por otra parte, con ciertas corrientes del teatro y la novela modernas en su entraña lírica y subjetiva, superando en muchos casos las más atrevidas fantasías surrealistas de la actualidad.

En resumen, la obra de Joaquín Arderíus, mezcla de violencia y ternura, realismo e imaginación, erotismo y pasiones, cósmica y aniquiladora, constituye un testimonio muy válido de la aguda

(12) Eugenio de Nora. **La novela española contemporánea, tomo** segundo (1927-1960). Madrid, Gredos, 1962. Víctor Fuentes, "De la novela expresionista a la revolucionaria-proletaria: en torno o la narrativa de Joaquín Arderíus", **Papeles de Son Armadans.** Palma de Mallorca, febrero, 1971. José Esteban y Gonzalo Santonja: **Los novelistas sociales españoles (1928-1936).** Madrid, Ayuso, 1977. José Esteban, "Noticias de Joaquín Arderíus", Urogallo, n.° 11, Madrid, septiembre-octubre, 1971.

crisis de nuestra sociedad, un grito en la niebla, un patético trozo de humanidad: un apasionante legado sobre la caótica situación del hombre en la sociedad burguesa.

Campesinos *(Editorial Zeus, Madrid, 1931), representa uno de los acercamientos más interesantes a lo que los novelistas y críticos de la literatura de avanzada, entendían por literatura revolucionaria. Escrita bajo el prisma del partido comunista español, reitera la grave situación del campesinado, en lucha con los terratenientes y la legalidad republicana, que no duda en cargar con sus fuerzas represivas los alborotos en demanda de tierra. Recibida con gran entusiasmo por la crítica, fue traducida al ruso y obtuvo en la patria del proletariado un resonante éxito. Su autor confiesa entonces (entrevista publicada en "Nosotros" agosto de 1931): "Nada de literatura pequeño-burguesa. Es ya momento de que los escritores que sientan la conciencia de clase empiecen a escribir en forma y defensa proletaria".*

En una entrevista publicada en **La Libertad** *(12 de julio de 1931), bajo el epígrafe "Los novelistas y la vida nueva", Arderíus resumió con lucidez ios problemas de este tipo de novela en España. "A mi juicio, dice, en España no ha comenzado a publicarse la auténtica novela social. Pero esto, para mí tiene una explicación rotunda: la de que en España no se ha hecho aún la revolución social, ni siquiera la política. La verdadera novela social es la novela que surge de una revolución. No la que se hace en la gestación de una revolución". "De este tipo de novelas, con las diferencias de sensibilidad y jerarquía intelectual que media entre los artistas, se hacen hoy en España algunas. Muy pocas. Con los cinco dedos de la mano sobran dedos para enumerar a los escritores que las hacen". "Creo que esto es lo más que puede hacer hoy en España el hombre que siente la angustia social que nos envuelve y que trabaja con la pluma". "¡A ver cuándo podemos hacerla! ".*

¿Intentó con **Campesinos** *realizar este tipo de novela tal y cómo se realizaba ya en Rusia y en Alemania? .*

Esto al menos es lo que opinó la crítica. Para Ceferino R. Avecilla **(La Calle,** *5 de febrero de 1932), "Hasta ahora la revolución no ha producido sino una novela. Esta novela se llama* **Campesinos.** *Para Díaz Fernández* **(Crisol,** *7 de noviembre de 1931), es asimismo Arderíus "el mejor preparado para realizar esa novela de muchedumbres, donde las inquietudes encuentran expresión".*

Sin embargo, a los ojos de hoy **Campesinos** *se queda en un intento de gran novela de masas, en un gran fresco de la desesperada situación campesina al advenimiento de la segunda República y en una dura crítica a las débiles instituciones que deberían defender los intereses de los pobres.*

La miseria extrema a que ha llegado un pueblo de campesinos, expoliado por los terratenientes y los recaudadores de contribuciones, provoca un levantamiento general, la toma del Ayuntamiento y la correspondiente constitución de un Consejo de obreros y campesinos. Este es el núcleo esencial del relato, que termina con la llegada de fuertes contingentes de Guardia Civil para suprimir violentamente la situación revolucionaria. Y se cierra con estas palabras, puestas en boca de una de los campesinos sublevados: "— Diles a esos, que están en la sala, que acaban de llegar los padres de la República para barrernos."

Narración deslavazada, nos va presentando distintos actores en situaciones tendentes a su final enfrentamiento, en visión lineal de buenos y malos, y distinguiendo, entre los primeros, los ya organizados en partidos políticos revolucionarios, conscientes de que una actuación individual no conduce a nada, y que aleccionan a los campesinos en la consecución de una acción de masas. Y es cuando esta se produce, en los capítulos finales, cuando la marcha hacia la capital del distrito se inicia, donde la prosa de Arderíus adquiere la categoría descriptica de sus grandes páginas en un tiempo ascendente hasta la tragedia final.

Encierra asimismo, la patente contradicción entre la clase obrera y campesina y la imposibilidad republicana de solucionar tales problemas, tal y cómo se vería después en Casas Viejas. De ahí la convicción sincera de Arderíus de que solamente la revolución, no el simulacro pequeño-burgués que tenía vigencia en España, pudiera resolver estos graves problemas.

Campesinos *se diferencia de las restantes obras de Arderíus en la transisión realista desde una óptica que anteriormente era más bien poemática; en el abandono de todo el sicologismo delirante de sus personajes, hacia la consecución de un diálogo real, vivo, espontáneo y efectista.*

En resumen podemos decir que Campesinos narra o historia una toma de conciencia, un despertar desde la sumisión a la revolución; una trayectoria desde la ignorancia a la lucidez proletaria.

Fue una lástima que Joaquín Arderíus decepcionado por los acontecimientos, tanto políticos como literarios, no intentará repetir este interesante documento que es **Campesinos.** *Con él termina también la actividad novelística revolucionaria del autor. Por esto, cuando en su última novela "Crimen", escrita y publicada en 1934, en pleno "bienio negro" como se le ha llamado, Arturo, fracasado escritor revolucionario, exclama: "El libro es necesario que sea barato y social y revolucionario. Pero no hay editoriales, y los escritores de tipo social revolucionario, nos tenemos que comer nuestros originales, teniendo masas que los reclaman", estamos oyendo la confesión del propio Arderíus. Lo que confirma las palabras de Ceferino R. Avecilla en la revista* **La Calle:** *"Es inútil que se le obstaculice. A Joaquín Arderíus le emplazará el porvenir de un modo muy visible." Campesinos se publicó ya hace muchas semanas. Y nadie se ha ocupado de ella. Y algo peor todavía. En un rincón del Ateneo hubo de confiarme, serenamente emocionado, que no cuenta con editorial que afronte la publicación de su libro próximo. ¿Porqué? Porque Joaquín Arderíus es un escritor revolucionario. Y, además de revolucionario, comunista".*

Con el silencio posterior de Arderíus, la novelística española perdió una de las figuras más originales del siglo XX y la novela revolucionaria, en concreto, a su más cualificado portavoz.

CAPITULO PRIMERO

A la orilla del camino vecinal del Piñón estaba el ventorrillo de Luisa.

En el campo de Garzas.

Era un club de campesinos, famoso en todo el término municipal.

Sus dueños eran Alfonso Millán y Luisa García, pero lo regentaba la hembra.

Nadie se explicaba porqué el matrimonio tenía abiertas las puertas del ventorrillo. Estaba claro que no les rendía ningún beneficio. No por falta de clientela. Las espitas de los toneles siempre estaban abiertas, soltando vino y aguardiente, sumisas a la mano blanca de Luisa.

Pero la administración era pésima. Luisa nunca parecía la especuladora comerciante de su clientela, sino la espléndida y simpática contertulia. Clientela enorme, que abarcaba más de dos diputaciones del campo. Y también las diputaciones altas de la sierra, cuyos campesinos tenían que pasar por el camino del Piñón para ir al pueblo.

Con todos conversaba Luisa, de política, de las faenas agrícolas y del tiempo que vaticinaba el almanaque.

Muchas veces, durante esas charlas, era convidada galantemente a tomar su copa por algún parroquiano. Ella aceptaba y devolvía siempre el convite.

Los obsequios de la dueña del establecimiento, el fiado y aquel José... hacían del ventorrillo, más que un negocio montado para suministrar las necesidades cotidianas de una familia, un centro mundano sostenido por un matrimonio ricachón y divertido.

Alfonso siempre lo estaba queriendo cerrar. No dejaba pesetas, y, además, ya no iba con el rango de ellos. Pero la esposa no consentía. Quería ser ventorrillera, como lo fué su madre, la famosa tía Maranga, mientras su cuerpo diera sombra.

—Este ventorrillo se traga todos nuestros duros—quejábase muchas veces Alfonso—. ¡Si no fuera por él ya habríamos comprado buenas fanegas de tierra! Esto no sirve nada más que para que disfruten unos y otros.

—¡Déjalos! ¡Y años que no falten, dinero y salud, para seguir el fandango!

—No son cuentas, Luisa, no son cuentas.

—Entonces, ¿cuáles son tus cuentas?

—Que vendamos esta casa, y que con los dineros que nos den por ella compremos una en Garzas, y nos vayamos a vivir allí. Para mi empleo hace falta vivir en Garzas, mujer. Cerca de la oficina y todo... Nos conviene más.

—A ti... sí. ¿Pero y yo? ¿Qué voy a hacer en Garzas?

•—¡Toma! Pues vivir hecha una señora.

—Déjame de señoríos, Alfonso. Una es del campo. Si me meten en una casa de Garzas me pongo tísica. ¡Me vas a mí a cambiar la vida! ¡Pues si yo estoy en la gloria, hijo mío! A mí no me falta nada para mi recreo. No me cambio yo... ¿Por quien no me cambiaría yo? ¡Por nadie! ¡Ni por las sultanas! Que se te quiten las ideas de cerrar el ventorrillo y vender la casa para que nos mudemos a Garzas. Cuando yo me muera haces lo que quieras. Pero cuando yo esté metida en el ataúd, entre cuatro cirios, quiero que me velen aquí, a la orilla del camino del Piñón, en esta casa, y que estén esos toneles llenos de bebida para el despacho. Y esa boja ahí col-

gada en los hierros de la ventana. ¡ Cuándo yo me muera tú haces lo que quieras!

—Bueno, mujer, bueno. Los hombres deben saber ganar el dinero y sus mujeres gastarlo. ¡ Me parece que nos hemos juntado dos que no necesitan maestro de escuela que les den lecciones! ¡Digo!—terminaba diciendo Alfonso, retorciéndose su mostacho y sacando su pecho de pichón tísico.

Mucho dinero caía en el bolsillo de Luisa. El bolsillo de la ventorrillera era una copa sin fondo sobre la que caían los chorros de dos grifos abiertos. Dos chorros procedentes del mismo manantial, pero que soltaban sus pesetas por caños distintos. El caño de Alfonso y el del tuerto Falfana.

Estos dos ciudadanos cobraban contribuciones. Falfana era el auténtico cobrador y Alfonso su auxiliar.

Formaban estos dos fraternales amigos el mejor apero de caza, de hígado campesino, de todos los buenos aperos que la covachuela de este tributo castrense de Garzas tenía. Montados en sus jacas eran una pareja de buitres del fisco que merodeaba por las cho-

zas de los labriegos para rapiñarles las reses, los muebles y hasta jirones del pellejo.

Los años pasarán, y Alfonso y el tuerto Falfana perdurarán en el término municipal de Garzas tanto como el horror a las heladas, que asesinan los frutos, o a las epidemias, que enferman y matan a las criaturas y a los ganados.

Tuerto era Falfana. Hubiérase dicho que el ojo que le había desaparecido, dejándole la cuenca vacía, había ido a filtrarse en el otro para aumentarle el tamaño y apagarla vida. Enorme, pardo, ahuevado y turbio, miraba lento y opresor como el de una vaca sufriendo dolores en el bazo. Su cabeza pequeña y chata, con cuatro pelos de plata a los lados, lucía una calva brillante parecida a un casquete de hule blanco. Contrastaba este cráneo tan minúsculo, de cara felina y bigote asiático, con aquel corpachón de gigante, desgarbado, todo zancas y brazos, subido de hombros.

Más de sesenta años había cumplido.

Su compañero Alfonso pasaría poco de los cuarenta. La obsesión de Alfonso era hacerse

el señorito. Eso decían los campesinos. No puede darse tipo más canijo ni más repulsivo.

Siempre que se encargaba un traje, después de elegir indefectiblemente un género negro, le advertía al sastre:

—De corte de señorito.

Usaba cuello de celuloide, anchísimo, del que le salía un gaznate largo y seco como un haz de arterias. Y semejante a un abejorro negro libándole en la nuez, aquella corbata, que no se quitaba nunca, de lazo hecho.

Pero en lo que él más ponía el marchamo de su empaque señoril era en el bigote.

—¡ Pocos señoritos peinarán un bigote más caballero!—exclamaba ufano Alfonso, ante el espejo, mesándose aquel mechón de pelo de. mazorca que su esposa le rizaba dos veces por semana con las tenacillas.

—Parece mentira, sí, Alfonso, que seas del campo y estés criado en esos bancales. ¡Tienes un porte muy señor!—solía contestarle ella.

—¡ Ahí ves, y soy del campo! Y en cambio por ahí andan cuarenta mil señoritos que parecen segadores.

A Luisa, por el contrario, no le había dado

por el señorío. Alardeaba de campesina clásica. Y lo era, en efecto. Poseía todas las características de la raza campesina de Garzas. Ni alta ni baja. Bien formada. Líneas turgentes. Carnes tensas, que azuleaban de tan blancas. Senos macizos. Sus ojos, grandes, orlados por largas pestañas, y tan negras como sus cabellos.

Así como el esposo se enorgullecía de sus bigotes, a Luisa lo que más la ufanaba era su larga y ondulada mata de pelo, trenzada y hecha un moño sobre la nuca, con unas vistosas horquillas de pedrería.

Nunca calzaba zapatos, haciendo gala de ello. Todas las semanas estrenaba su par de alpargatas, de hechura de zapatillas. Este estreno iba siempre precedido por el lavatorio de pies, que se hacía los domingos a mediodía.

Nada más que sus pies y sus manos mojaba Luisa. ¡Ah!, y toda ella, menos la cara, pero los veranos, con agua salada del mar de la playa de Fasa.

La cara nunca, porque se estropea el cutis. La cara se la aseaba cotidianamente con un

croque muy fino y perfumado de jazmines que le preparaban en la botica.

Larga falda, por los tobillos, abullonada en la cintura, y su corpiño estrecho, fatalmente constituía la hechura de sus vestidos. En invierno, su pañolito de pelo de cabra sobre el corpiño, y en verano, de seda a florecitas. A la cabeza, nunca nada. Ni para entrar a las iglesias. ¡A las iglesias! Luisa nunca penetró en un templo. Odiaba a los curas. Era escandalosamente republicana, como los diputados de las Constituyentes.

No pocas veces le tuvieron que llamar la atención, Falfana y Alfonso, por sus furibundos ataques a los caciques y al régimen monárquico, antes del advenimiento de la República, pues comprometía los destinos de ambos. Ella tenía muchos votos, y siempre se los dio al candidato republicano que se presentaba por el distrito.

Quejas, y no pocas, y hasta amenazas del alcalde con denunciarlo a la superioridad les valió a los dos Buitres la actitud de Luisa en las elecciones.

Pero a ella no había quien la barajase. Odiaba a los curas, a los caciques y al Rey.

Ansiaba también un régimen de libertad moral, que dejase hacer a las criaturas lo que les pidiera su alma, sin riesgo a censuras ni a castigos.

¡Qué alegría recibió el día de la proclamación de la República!

Lo que más le gustaba eran los mítines y los toros. Porque lo otro..., lo otro ya no era un capricho, sino una enfermedad.

Luisa tenía la obsesión de los folletines. Siempre veíasele con uno apresado en las manos.

Aparte de esto, su delirio eran los mítines. Nada para esta mujer como contemplar el espectáculo Hombre. El Hombre, mostrando sus formidables dones: ¡el valor, el talento, la generosidad y la masculinidad de su figura! Y al Hombre cabal en ningún otro sitio lo veía ella como en el mitin.

¡El orador! ¡Y el orador republicano! ¡Lo que hubiese ella gozado en una tribuna del Congreso oyendo a los diputados constituyentes! Con las ganas se quedaba.

Por el Orador perdía los vientos Luisa. El Hombre, junto a las candilejas de un escenario, apostrofando a los expoliadores, defen-

diendo al desamparado pueblo, con voz de trueno y ademán apocalíptico, radiante de talento, constituía para Luisa el Hombre arquetipo. Nada para ella como el orador político.

—¡ Qué clases de hombres encierra el mundo !—salía diciendo de los mítines.

Los toreros, en medio del ruedo, haciendo sus faenas, también la seducían mucho. Pero no tanto como los oradores, porque ante el toro no se le veía más que el valor y la maña.

Y los folletines la embriagaban tanto, porque a lo largo de sus páginas veía a los hombres más extraordinarios.

Ella, a su vez, tampoco podía quejarse de los hombres, porque la apetecían con asedio.

Mas... ella era leal a los compromisos que inexorablemente la vida le había trazado ya en su camino.

CAPITULO II

Un mediodía de junio, después de rociar y barrer la entrada de su casa, en la que tenía el despacho de la bebida, Luisa salió a hacerse la toilette, acompañada de su vieja amiga y peinadora la tía Tadea.

El sol estaba en el cénit y la tierra despedía lumbre.

—¡ Qué calor, Tadea!—exclamó Luisa desde el portal, contemplando el campo hornagado y cubierto de polvo, fatigado y sucio.

—¡ Se asan las palabras lo mismo que las sardinas en los rescoldos, hija!

Chirreaban las cigarras.

Entre la casa y el camino había una placeta amplia, cubierta por un cobertizo de alcazabas y unos pilares gruesos hechos de rollizos de chopo.

Cada una de las mujeres, en pie, tenía su silla en la mano. La de Luisa, baja, de esas que gastan las aldeanas para coser y freir sobre las trébedes al ras del suelo de los hogares. La de Tadea, alta, de la altura corriente.

—Si nos ponemos aquí, debajo del tambanillo, nos vamos a ahogar. No corre ni un elemento.

—Mejor es aquí dentro de la casa—opinó la ventorrillera.

—¡Ca, hija! Yo quiero que me corra el fresco.

—¿El fresco? Como no te lo hagas con un abanico... No lleva trazas el día de que se mueva una hoja. ¿No ves cómo están los árboles? ¡Parecen de papel, de esos de juguete que venden los quincalleros, arrastrados y estrujados por los muchachos!

—¡ Esto es el infierno, hija!

—Da mareo. ¡ Y cómo se quitan las ganas de comer y se suda tanto!...Esta tierra nuestra y la de los moros, según dicen, son las más cálidas.

—Los que han estado allá dicen que hay muy poca diferencia.

—¡ Pero allí, por lo menos, van las criaturas en cueros! Y aquí, por el buen ver, tienes que ir cargada de ropa. ¿Quieres que nos sentemos debajo de aquella higuera, a ver si se respira algo?

—Vamos, más descampado está, Luisa.

En una acequia, la higuera centenaria, tupida de hojas y llena de fruto, tendía sobre el suelo una sombra gris constelada de brochazos pajizos.

Por la acequia había corrido agua la noche anterior y estaba húmeda. Esto dábale cierta ilusión de frescura al sitio.

—¡ Aquí se respira!—exclamó Tadea, colocando su silla con el respaldo junto al tronco de la higuera.

Luisa bromeó, levantando sus ojos al ramaje:

—Nos van a descalabrar las brevas.

—¡No te creas, puede que caiga alguna! Anda, ven que te peine—dijo, sentándose con las piernas abiertas.

Luisa se sentó también encajándose de espaldas entre las rodillas de Tadea.

Quedó Tadea más alta que la ventorrillera, con la cabeza de ésta en disposición de ser peinada.

Comenzó a peinarla.

A lo largo de toda la acequia continuaba a uno y a otro lado una hilera de higueras. En algunos sitios quedaba aún agua de la noche anterior, formando charcos. Una cerda re-

cien parida hociqueaba en el fango. Sus lechoncillos retozaban alegres a su alrededor.

Chirreaban las cigarras.

La casa de Luisa tenía un gran parador. Veíanse algunos carros desvencijados. Apoyadas en las tapias, ruedas a las que les faltaba algún radio, alguna pina o el aro.

Del interior del parador salía el sonido de un macho forjando hierro al rojo sobre el yunque. De vez en vez el ascua, en el agua chirreaba.

—¡Dan!, ¡dan!, ¡dan!—sonaba el macho.

Tadea seguía en silencio peinando a Luisa. Luisa experimentaba placer al sentir los colmillos del peine rascarle el cuero de la cabeza.

El ambiente estaba turbio por la calina.

Picaba el aire.

—¡Dan!, ¡dan!, ¡dan!

Ni un ser transitaba por el camino.

—¡Dan!, ¡dan!, ¡dan!

Antes que se apagara el eco metálico, una voz de barítono, potente y bien timbrada, cantó desde la fragua:

—Caigan perlas a millares.
Como quieres que en las olas

caigan perlas a millares,
si en la orillita del mar
te vi llorar la otra tarde.
Como quieres que en las olas
caigan perlas a millares...

—¡Cuidado que tiene un galillo este José! —exclamó Luisa, agitándose entre las rodillas de Tadea.

—¡Pierdes los vientos cuando lo oyes!

—¡Es un hombre!

—Estáte quieta, déjame que te peine. ¡Ya estás como el azogue!

—No exageres, Tadea.

—¡Hum! No vengas con postines. Respecto a José, no podéis presumir ninguno de tu casa. Desde tu nene, el más pequeño, hasta tu Alfonso, todos estáis hechizados con él. ¡Parece que entre tú y tu Alfonso os lo queréis rifar!

—¡Mi Alfonso! ¡Pues si lo quiere más que a mí!

—Yo no sé que haces con los tíos para embrujarlos de esa manera.

—¿De qué manera?

—¡Tú les das algo, no me digas!

—¿Por qué dices eso, Tadea?

—Pues por la forma en que tienes enchuchado a tu Alfonso. ¡Hacer que trague al pájaro!

—Sí que tengo suerte.

—¡Porque mira que traga a José a boca abierta! No os faltaba más que hacer los tres cama redonda. ¡Porque de lo demás, de tus cosas con José, mira que está bien enterado! Y si me aprietas mucho te digo que está aún más encaprichado con él que tú.

—Si que he tenido suerte, porque si a mi Alfonso le hubiera dado por los celos hubiera sido la perdición de nuestra casa. ¡Un querer, cuando se quiere torcer, se pone más terco!

—¡Estoy diciendo que tu Alfonso! ¿Pues y el señor Vicente el Falfana? ¡Sí que has tenido maña para haber hecho de tres hombres un sólo marido!

Luisa se ruborizó algo y Tadea siguió peinándola.

—¡Dan! ¡dan! ¡dan!

Por el camino pasó un mendigo.

Chirreaban las cigarras.

De súbito Tadea dejó clavado el peine en

la cabellera de Luisa y posándole las manos en los hombros le dijo:

—Estás de nón en todo el campo, Luisa. Es para que te tengan envidia las mujeres. Si todas tuvieran la maña que tú para darle suelta al querer y cegar a sus maridos... me parece que pocas serían las que se irían al otro mundo sin catar a más de un hombre. Si otra hiciera lo que tú estás haciendo, de tu ventorrillo ya se hubieran llevado alguien al hospital y al presidio.

—Tengo suerte.

—¡Hasta en los hijos, Luisa! Los tres cada uno con su pinta, pero queridos por igual por tus tres hombres.

—Sí. Cada uno es de uno y no lo pueden negar. Y Alfonso quiere a los tres como si fueran suyos. Y el señor Falfana. Y José lo mismo. Pero yo, Tadea, al que más quiero es al pequeño.

—¡Claro! Al del cariño. ¡También José al que más quiere es al suyo!

—¿José sólo? ¡Mi Pepe es el más querido de todos!

CAPITULO III

Anochecía.

Olor a pan, a pan que sacaban del horno.

Las jacas de Falfana y Alfonso, atadas de las bridas a la reja del ventorrillo, erizadas de frío, dilataban las narices para aspirar el olor de los panes que estaba sacando Luisa del horno.

Hasta en eso era clásica Luisa. El pan que se consumía en su casa, tenía que amasarlo ella en una artesa legendaria y cocerlo ella misma también en aquel horno gris de adobes que en la placeta del ventorrillo resaltaba como una teta de cabra.

José ya había dado de mano y le ayudaba a Luisa.

Falfana y Alfonso en una mesa junto al hogar del ventorrillo ponían en orden los recibos para el cobro.

Los dos gastaban gafas para el trabajo. Falfana, porque tenía su ojo gastado de tanto explotar al proletario y Alfonso porque le parecía el usarlas muy de señorito. Las de

Falfana eran de alambre de acero, la clásica gafa del covachuelista, vampiro del proletariado. Las de Alfonso, de concha, esa gafa de la post-guerra que universalmente monta en las ternillas como jinete heráldico de cráneos que quieren alardear de ideas.

—Muy tarde se nos ha hecho—advirtió Alfonso mirando su reloj de pulsera.

—No importa. Las jacas andan bien el camino a todas las horas. Además hace luna, hombre. Dentro de un rato tendremos una luna que parecerá de día.

—No, no es por eso. Yo lo digo por el frío.

—¡Bah!, otros pasarán más. Tenemos las dos mejores pellizas de toda España.

— No es que nos las han regalado, señor Vicente.

—Con buenos billetes se disfrutan las cosas que les cuesta a los payos el ámago hacerlas.

—¡ Ja ja ja! Cuidado que sabe usted de la vida, señor Vicente.

—Tuve un buen maestro: mi padre. ¡Cazaba, los billetes, al volateo! ¡Qué olfato tenía aquel hombre para la moneda!

—Usted tampoco es ningún rana. Usted es un pachón de los más finos.

—Hay que entender la vida, Alfonso. No la vas a tomar al revés.

—Todo va en la inteligencia de los hombres. Ni que nazcas con más... intereses ni nazcas con menos. El que nace para cuarto, para cuarto se queda toda la vida. El que tiene cosas en la cabeza es hombre y el que no... que se joda por puñetera bestia. ¡Cuántos hay que han nacido en cunas con buena lana de vellón y se ven arrastrados comiendo polvo y durmiendo por mitad de esos caminos! Ahí está el Fanegas. Que si quiere comer tiene que echar un maldito jornal. Y mire usted que había dinero en su casa cuando ese nació. En cambio yo...

—¡Tú eres un águila!

—Es verdad, no es mi cabeza ninguna tortuga, señor Vicente.

—¿Me lo vas a decir a mí? ¡Tú eres de los finos, hombre!

—Esto que quede aquí entre nosotros, que a nadie le importa: en la casa de mis padres cuando comíamos no cenábamos. Y todos agarrados al trabajo como burros. Todos los chi-

quillos que han jugado conmigo siguen siendo unos perros. Tienen que trabajar en la tierra. No han medrado ni lo que abulta el filo de un papel de fumar. Y yo...

—; Dilo alto!: ¡ hecho un caballero!

—; Hecho un caballero, usted lo ha dicho! ¿Qué me falta a mí para mi recreo? ¡ Y el que le de envidia que estalle como un cohete!

—¿ Pero a qué hora vais a salir de aquí ?—entró preguntando Luisa acompañada de José—. Como os descuidéis un poco vais a salir de aquí oscuro del todo.

—¡Hace luna, mujer!—contestó Alfonso.

—Pero tenéis las jacas ahí heladas esperando.

—Nos vamos ya, Luisa—habló Falfana levantándose.

—; Por dónde van ustedes a funcionar esta semana?—preguntó José con malicia.

—Vamos a ir a darle un repaso a los Bruezos—contestó Falfana.

—Ahora habrá allí en donde clavar los colmillos.

—La aceituna. Hay que echarse encima antes de que hagan el aceite esos bandidos. ¡Es mala gente la de los Bruezos, José!

—¡ Con usted se hacen moscas los tigres, señor Vicente!

—Pues mira, te voy a decir que no siento los años. Hace unos días estuve jugando la herramienta con el Chulé y estoy como cuando tenía veinticinco años. Todavía me atrevo a hacerle pespuntes con mi faca a la panza de algún valiente que se presente.

—¡ Usted es el número uno, señor Vicente!

—Como no me metan mano por la espalda...

—¡ Ni por la espalda! Con el colodrillo ve usted si alguien va a tirarle algún viaje a traición.

—Tú también eres majo, José. Eres de la cáscara amarga.

Luisa sonreía complacida oyendo el diálogo de Falfana y José. Junto a ella Alfonso se retorcía los bigotes, sacando la nuez y el pecho en alarde de gran hombría.

Un aire crepuscular, violeta, llenaba la estancia. En el hogar ardían ramas de olivo y las llamas se movían semejantes a alas de aves amarillas.

Alfonso se puso unos guantes de lana verdes.

—Vamos, señor Vicente, que el camino es largo.

Falfana quedóse mirando a Luisa. Le preguntó sonriente:

—¿Te hace falta mucho aceite para estas pascuas, nena?

—Cuanto más tenga, mejor. Más sabrosas estarán las tortas. ¡Y a ti que te gustan tan pringosas!...

—Para la grasa soy lechuza, nena.

—Ya abrirán pronto las almazaras—dijo ella.

—Pocas quedarán ya sin abrir. Este es un año muy temprano.-¿Cuánto aceite te cabe en las zafras?

—En las dos que tenemos en la casa... mucho.

—Pero ¿cuánto? ¿Se necesitarán dos mil arrobas?

—Dos mil arrobas, no; pero... cada una se tragará más de setenta arrobas de aceite. Son dos, echa la cuenta.

—Pues cerca de ciento cincuenta arrobas.

—¡Qué hermosura de aceite! ¡Quién lo pillara!

—¿Quieres llenarlas?

—Quieres, se les pregunta a los muertos.

—¿Qué te parece, Alfonso? ¿Te parece que le llenemos a Luisa las zafras?

—No se crea usted, señor Vicente. Este año apretando la mano nos sobran embargos para llenar las dos zafras. Es un año de mucha molla. Ya ha visto usted los recibos.

En la cara de Falfana, se vio el fantasma de una cabeza de buitre, como si se reflejara en el agua podrida de un charco.

—¿Las tienes limpias, Luisa?

—Hay que limpiarlas, José. Les quedan algunas heces.

—Pues enjuágalas bien con sosa, porque te las vamos a llenar hasta los bordes. Y te va a sobrar aceite todavía para que la Noche Buena nos hagas un montón de migas que no lo pueda saltar un caballo de títeres. ¿Es verdad, Alfonso?

Salieron a la placeta.

—Muy tarde se os ha hecho.

—Es lo mismo, Luisa—contestó Falfana—. Dentro de un rato tendremos ya luna.

Falfana y Alfonso se montaron en sus jacas y a paso de andadura emprendieron el camino hacia los Bruezos.

Hacía mucho frío y Luisa y José se entraron en seguida.

Las llamas del hogar iluminaban la estancia.

—Bueno, adiós, que me voy.

—¿Dónde vas tan de prisa?—, y Luisa cogió de la mano a José, reteniéndolo.

—¿De prisa?

—Es temprano. Serán poco más de las cinco.

—Y cerca de las seis también. De aquí a que yo llegue a mi casa.

—No gastas ni media hora, hombre.

—Sí, pero mientras llego a mi casa, me lavo y me visto para dar una vuelta...

—-¿Tienes novia, José?

—Sí.

Luisa se puso pálida.

—Yo quiero verla. ¿Cuándo me la vas a enseñar ?

—Si tú la conoces.

—¿Quién es?

—Ven—y la llevó delante de un espejo que había colgado en la pared.

—No te entiendo, José.

—;Que no me entiendes? ¡Mira a mi no-

via!—y señaló a la imagen de ella, que se veía en el espejo.

—¡Cuidado que eres zorro, José!

-—¿Te enfadas si le doy delante de ti un beso?

—¡No seas tan granuja!

José aproximó la boca al espejo y comenzó a besuquearlo.

Ella se puso a dar carcajadas nerviosas.

El descolgó el espejo, lo apresó contra su pecho, abrazándolo, y comenzó a brincar fingiendo huir.

—¡Ven y no seas tonto, José!

—Bueno, adiós, me la llevo.

Unos segundos estuvieron dando vueltas alrededor de la estancia, forcejeando, al tiempo que soltaban carcajadas. Ella quería arrancarle a él el espejo 'y él esquivaba la obstinación de ella.

Los dos se iban enardeciendo, picándose en el amor propio de hacer triunfar cada uno su deseo.

—Te lo he de quitar—decía Luisa haciendo esfuerzos por arrancarle de los brazos el espejo.

—¡Ja, ja, ja! Eres poco mujer para eso.

—¿Que no? ¡Ahora verás!—y se puso a hacerle cosquillas en los costados.

José se encajó de espaldas en un rincón, dando chillidos.

—¡Eso no vale, eso no valei—, gritaba jadeante.

Ella vio que había encontrado la clave para triunfar y arreció las cosquillas.

—¡Cras!—exclamó el espejo haciéndose pedazos contra el pecho de José.

—¿Ves?—y dejó caer al suelo los pedazos del espejo.

—¡Que mala sombra tiene que se rompa un espejo!

—Tuya es la culpa.

—¿Te has herido?

—No se. No me siento nada.

—Ten cuidado, José, que vas a pisar los pedazos. ¡Ya hay bastante!

Los dos se quedaron mirando los añicos del espejo.

Las llamas del hogar seguían alumbrando la estancia. Por la puerta ya no entraba ninguna luz del día.

De pronto dijo Luisa:

—Me ha puesto de mal humor el que se rompa el espejo. Algo malo barrunta.

—Más me ha puesto a mí. Yo soy más supersticioso que un gitano.

—Alguien conocido se va a morir, José.

José se rascó la nuca.

—Menos mal si no es nada más que alguien conocido. Lo peor será que nos toque a alguno de la casa.

—¡ Cállate, José! ¡ No me des en pensar! A lo mejor soy yo la que se muere. Jugando a que el espejo era yo ha sido cuando se ha roto.

—¡Ah. tonterías!—exclamó José barriéndose del pensamiento la superstición.

Estuvieron unos segundos en silencio.

—Estando a tu lado no me acuerdo ni de mis entrañas siquiera—dijo de repente Luisa—. Y estoy tan tranquila, como si no tuviera a nadie por ahí por mitad de esos bancales. Nosotros así tan tranquilos, jugando, y los nenes por ahí, ¿quién sabe a donde? Se fueron a por el carnero y mira ya que noche es *y* no han vuelto:

Se salió a la placeta y los llamó a voces.

Los rapaces contestaron.

—Voy a encender el quinqué—dijo Luisa subiéndose a una silla.

El quinqué alumbraba la estancia cuando aparecieron por la puerta los hijos de la ventorrillera, con un enorme carnero pío.

Pepe, el menor, un rapaz de cinco años, iba a horcajadas en el carnero. Llevaba la cara violácea de tanto frío. Un gorro encarnado de gancho de lana le cubría la cabeza. Enterradas en las lanas del carnero apenas se le veían las piernas. Su hermano Andrés, dos años quizá mayor, lo sujetaba por la cintura para que no se cayese. El otro, Juan, el mayor de los tres, que habría cumplido los nueve años, conducía al carnero cogido de una cabezada y parecía un palafrenero.

De esa forma entraron en el ventorrillo.

—i Que te vas a caer. Pepe!—gritó a sustada Luisa.

El chavalillo sonrió alardeando de hombría.

—¡Qué macho ha nacido el canalla!—dijo José dándole un pellizco en el brazo a Luisa.

—¡ Como tú! Tiene toda tu pinta, ladrón. Mira ese ojo, lo tuerce lo mismo que tú.

—Madre—dijo Andrés—. ¿Quiere usted ver cómo salta el carnero con Pepe encima?

—No, déjalo, no se vaya a caer.

Andrés no obedeció a su madre y se puso a hacerle cocos al carnero en la bragada, gritando :

—¡Juan, sujétalo bien, que se levante el carnero!

A las excitaciones del rapaz el carnero intentó salir corriendo, pero como Juan no lo dejó, sujetándolo por la cabezada, se puso en dos patas.

—¡ Ole!—exclamó José—. Te has ganado una copa por macho que eres, Pepe.

Apeó al chavalillo y lo llevó junto a las espitas de los toneles.

—¿Quieres blanco o tinto?

—¡Vino!—contestó el chaval.

—Le gusta el vino como a ti. ¡ Es más borracho !—, saltó el mayor de los chicos.

José echó vino en un vaso y se lo dio a beber al chico. Lo apuró como si hubiese sido chocolate.

—¿Quieres tú también, Andrés?

—No. A mí dame aguardiente.

Cuando Andrés se bebió la copa de aguardiente José, le preguntó al mayor:

—¿ Y, tú, qué quieres?

—Yo no tengo ganas de beber ahora. A mí dame un cigarro.

—No lo puede negar ninguno de los tres: cada uno con el gusto de su padre. Anda, Juan, llévate el carnero a la cuadra—dijo Luisa.

José se asomó a la puerta.

Noche cerrada. Miríadas de estrellas brillaban en el cielo.

José esparció la mirada por el horizonte.

—Hace menos frío que esta tarde, Luisa.

—Siempre por la noche amaina el frío.

—Alfonso y el señor Vicente van a llevar un rato de camino a obscuras.

—¿Por dónde irán ahora, José?

—Si no se han parado en ninguna parte, por las Tiemblas.

—No te vayas esta noche, José. Quédate aquí—, y Luisa le echó un brazo por el cuello.

—¿Vamos a comernos un pollo?

—Anda, vamos a la cuadra a por uno a tirarle del pescuezo.

Y los dos metiéndose en el ventorrillo se dirigieron a la cuadra.

CAPÍTULO IV

José había sido justo en su cálculo: la pareja de agentes ejecutivos estaba muy próxima a las Tiemblas.

No había salido aún del gran valle de Garzas, y caminaba por la orilla de la rambla Naga.

Un olor penetrante a salobre exhalaba la rambla. Un ancho manto de agua discurría por ella, pero pobre, y toda era como una laguna poblada de juncos y cañota, en donde se albergaban, durmiendo, los patos y gallinetas.

Caminaba silenciosa hacia una cordillera que se levantaba frente a ellos.

Tras las cumbres de esa cordillera aguardaban ver salir la luna.

En el silencio nocturno oíanse los trancos de las jacas.

—Señor Vicente—dijo de súbito Alfonso.

—¿Decías algo?

—Vamos muy confiados.

—¿Por qué lo dices?

—¡ Hombre! Echarse a andar en este tiempo y así de noche... ¡Sin luna! ¿No decía usted que saldría muy pronto? Ya llevamos más de una hora caminando y no se ven barruntos de luna.

—¡Qué mas da! Las jacas llevan ojos de gato en los clavos de las herraduras.

—No es por eso, señor Vicente. Pero podría salimos alguien al camino... Usted sabe que en el campo nos quieren poco. ¡ Hay tanto tío borde!... ¡Tanto hijo de mala madre; tanto criminal!...

—•¿Llevas miedo, Alfonso?

—Miedo, no;'pero voy con mi poco de cuidado. .¡Uno ya tiene que perder, señor Vicente !

—¡ Bah!

—Usted es muy arriesgado, señor Vicente. Pensándolo, no es ningún capricho el que un perdido de estos campos se cruzara en la vida de personas como nosotros. Uno ya es alguien, señor Vicente.

—Todavía no le tiene el Falfana miedo a ningún nacido. Todos los intereses que tengo los he sacado del pulmón de los hombres. ¡Que es lo que tiene mérito! Sacárselos a la

tierra o ai trabajo; eso lo hace cualquiera. ¡Una mariposa! Todo eso es muerto, que no se defiende; hasta los gorriones le pueden sacar el tuétano. Lo que tiene gracia es que los hombres trabajen en todo, que se dejen la jeta haciéndole criar a la tierra y a todo lo que sea trabajo, para que detrás vaya el Falfana con dos melones y un brazo que es un abanico para dar puñaladas y hacer que se lo vomiten en las palmas de las manos. ¡ Que los perros busquen la presa, que luego voy yo a que me la metan en la cartera! ¡ Jaca, jaca!: ¿te estás tú asustando también? ¡A ver si te voy a tener que dar tila!

—No se burle usted de mí, señor Vicente.

—No, hijo. Es a la jaca, de verdad. Es que la voy notando ya un poco tiempo... así... detenida, con el lomo de gato, espantadiza. Como si venteara algo.

—A mí no me dan miedo los hombres ni la noche. Ya lo sabe usted, señor Vicente. ¡ No faltaría más que viniera yo ahora a asustarme después de tantos años como llevamos corriendo el campo a todas horas! Pero es que hay ahora mucha hambre en el campo. Y en la oscuridad, todos los gatos son pardos.

Yo me guardo mucho de una traición. ¡Cara a cara, lo que venga! Pero así tan a oscuras... A lo mejor se figura usted que lo que tiene delante es un almendro, y es un hijo de puta que está empalmado para darle un tiro a bocajarro.

—Si alguien sale al camino, peor para él.

—No sea usted tan confiado, que tenemos muchos enemigos en el campo.

—¡Bah! La gente de la sierra es cobarde como conejos.

—Pero es muy traicionera.

—¡Jaca, Mora! ¡Va la pendón ésta espantadiza!

—A lo mejor es que va divisando algo. Las bestias son las que más barruntan en los caminos a oscuras.

—Si llevara las espuelas esta noche le iba a hacer en el mondongo dos arcos de iglesia.

—Déjela usted, no la achuche, que quizá vaya el pobre animal avisando.

—¡Y dale, Alfonso! ¿Por qué te crees tú que salgo yo todavía a cobrar? ¡Por necesidad no será!

—¡Hombre!

—Por veinte mil duros no me dejo yo ahorcar hoy.

—¿Y lo que sobre para mí, señor Vicente?

—¡Tuyo es todo lo mío! Tu familia es la mía.

—Usted es nuestro padre, señor Vicente.

—Lo malo que os pasa a vosotros me duele a mí en la niña de mi ojo sano.

—¡Usted también es algo querido en la casa! Desde el Pepillo a Luisa, todos pierden los vientos por usted. ¡Y sobre todo Luisa; parece que la tiene usted hechizada! ¡A Luisa! ¡Y a José! Todo el que huele la casa...

—José es un hijo mío, como tú—saltó Falfana interrumpiendo a Alfonso.

—¡Qué hombre más completo es José!

—¡Y bragado! Ya es menester que los machos tengan la barba recia, que tengan que darse cuatro o cinco pasadas de afeitado, en la cara, para hablarle de tú a José.

Enmudecieron unos segundos.

La jaca de Alfonso resopló.

De pronto preguntó Falfana:

—¿Qué te fui yo a decir antes?

—íbamos hablando de José.

—No, no era eso. Era una cosa que te iba a decir yo.

—No me acuerdo, señor Vicente.

—¡Ah, sí!: ¿por qué te crees tú que salgo al campo todavía a cobrar? Yo podría, si quisiera, estar nada más que recreándome. Me sobra dinero. Y el dinero que tengo no es que me rente cuatro perras. Las tres hipotecas que tengo, como sabes, me dan más de un quince por ciento de réditos. Y esos miles de durillos que trajino en el empeño, tú sabes también que me dan un real por duro al mes. Nada más que con eso, si quisiera, podría vivir como un marqués. Pero me gusta el sudor de los tíos del campo, más que el aguardiente.

Se apartaron del camino que bordeaba la rambla, y después de andar un rato por un ramblizo, comenzaron a subir por una vereda, internándose en la sierra.

Alfonso iba delante.

A unos dos metros, Falfana le seguía tarareando una guajira.

Cuando llegaron al cerro de la Ceniza, dijo de pronto Alfonso:

—Parecía que no íbamos a llegar nunca.

—Para, Alfonso. No puedo más.

—¿Qué le pasa a usted?

—Que voy reventándome, hijo. Me daba pereza bajarme de la jaca. Pero si me sigo aguantando voy a echar los meados por las narices.

—Voy yo lo mismo.

Pararon las dos jacas y se apearon los agentes ejecutivos.

Antes de volver a montarse, Falfana se quedó contemplando la luna:

—No te quejarás ahora, Alfonso, por falta de luz.

—¿Qué pasará que en invierno alumbra más la luna?

—Porque San Pedro le echa más aceite.

—¡Je, Je Je ¡ ¡Buen candil tiene el cielo!

—Cuando yo era nene vivía un tío pared por medio de mi casa, un tío que había sido jefe de una banda carlista, un tío más malo que la retama, que nos contaba un cuento en el que la luna era un candil que ardía a fuerza de echarle saín de muertos—dijo Falfana metiendo el pie en el estribo.

—¿Le contaban a usted ese cuento o es usted el que me lo cuenta a mí ahora?—pregun-

tó Alfonso bromeando, montándose en la jaca también.

—¡ Qué avisado te estás poniendo, Alfonso!

—Es que lo conozco a usted ya mucho.

—Arre, jaca.

Alfonso, delante, y Falfana, detrás, volvieron a ponerse en marcha.

Necesitaban bajar aquel cerro y andar unos diez minutos para llegar a la casa en que iban a hacer noche.

De las narices de las jacas salían brazos de humo que chocaban contra el suelo. Parecían grandes mocos gelatinosos como los cuernos de los caracoles.

La luna llena, alba, solitaria en el cielo verdoso y raso, parecía la blanca cabeza de un perro dogo que nadara por un lago sin confines.

CAPÍTULO V

CAPITULO IX

Llegó Carnaval.

Se iba a poner el sol. Su disco estaba como cortando la cresta de una montaña.

Grandes nubarrones negros avanzaban lentos, salidos del Norte.

Blanqueaban los almendros cuajados de flor, en los montes.

Apenas si se veía el lecho de la rambla. Hubiérase dicho que era una larga franja plantada de baladre. Como un largo maizal de mazorcas rojas era la visión que daba la rambla, vista de cualquier punto que se mirase.

Cuando llovía y los barrancos vomitaban, en la rambla, aguas teñidas de los colores de los montes, los baladres quedaban tendidos sin hojas y con una costra de légamo polícromo encima. Pero después los baladres iban recobrando su lozanía y volvían a erguirse con un verdor metálico, salpicados de flores rojas y blancas, poniendo a prueba su vitalidad invencible.

En esta época estaban en su máxima lozanía.

Un monte blanco, calvo, calvo sin una mata, se levantaba en una de las márgenes de la rambla. A la mitad de su altura, en un largo escalón hecho a pico resaltaban las manchas parduzcas de una hilera de puertas y ventanas.

Eran las cuevas de la Greda.

El sol había desaparecido ya tras el monte.

No podía darse más silencio, ni más soledad.

Ni una voz, ni un ser humano, ni un animal.

Ni aves se veían- por el cielo.

Parecía que todos los campesinos de la comarca habían huido con sus míseros ajuares y aperos.

Los nubarrones íbanse amasando en el Sur, cubriendo poco a poco el cielo.

De súbito salió una voz de entre los baladres que gritó fuerte:

—¡Tío Yesca! ¡Tío Yesca!

No contestó nadie.

Volvió a quedar todo en silencio.

Al poco un hombre subía por la vereda que iba a las cuevas.

Llevaba una escopeta al hombro. Un perrito pequeño a lunares blancos y rubios lo seguía.

Era Cristóbal, el guarda jurado de la diputación.

Llegó a las cuevas y empujó una puerta.

No se abrió.

Se fué a la de al lado. Quedó esta abierta al menor contacto de las manos del guarda.

Una negrura profunda, llenaba el interior de la cueva.

—¿ Estás ahí, Teresa ?—preguntó el guarda.

—¿Eres tú, Cristóbal?

—Yo soy.

El guarda penetró en la cueva.

Con la claridad que entraba del campo sé podía ver algo en la cueva.

En un rincón había una mujer liada en andrajos, sentada en una silla baja, acurrucada. Esta preguntó:

—¿Está ya obscuro?

—Poco falta.

—¡Qué frío hace, Cristóbal! Tengo los huesos pasmados de frío.

—De eso no se pasa hambre en el campo.

—¡Así es!

—¿Sabes tú por donde anda el tío Yesca?

—Ya te he oído dar voces, antes. ¿No está en su cueva?

—Está la puerta cerrada.

—Llama fuerte. Tiene que estar dentro. Hace un rato se ha asomado aquí y me ha dicho que se iba a la cueva a hacer la rosca.

—Bueno; adiós, Teresa.

—Cierra la puerta, que siempre para algo más el frío. ¿Te has fijado que este año no parece carnaval?

—La gente no tiene ganas de broma.

—Otros años daban gusto las comparsas. No la dejaban a una en paz. Una, aunque no las ve, se divierte con lo que dicen. Hoy no ha venido ni una maldita criatura a darme broma. Parece Semana Santa. Yo no sé donde se mete la gente de estos campos, hijo.

—¿Pero es que aún hay gente en estos campos, Teresa? ¡Tú como no ves! El que no la ha espichado ya de hambre se está vende a Francia. Aquí ya no quedamos más que los que no nos podemos estremecer.

—¡Para que tú te quejes, Cristóbal!

—¿Yo? ¡Más perdido que una rata! Si yo

no saco más que romper esparteñas por esos cabezos. Hoy no se le saca nada a la guardería. Si no hay nada que guardar, y además los que tienen que pagar están más desmayados que Carracuca. Bueno; adiós, Teresa. Lo que sea sonará.

—Cierra la puerta.

Cristóbal dio varios golpes en la puerta del Yesca.

No respondían.

—¡Tío Yesca! ¡Tío Yesca!

—¡Échale la puerta abajo! ¡Es que se duerme como para morirse!—gritó la ciega desde su cueva.

Por fin el viejo rugió malhumorado:

—¡Que no estoy sordo! ¡Vaya unas maneras de llamar!

—¡Abra usted, tío Yesca! ¡Soy yo, Cristóbal el guarda!

—¿Qué te trae a estas horas?—preguntó desde dentro sin abrir la puerta.

—Abra usted, hombre. Le traigo una razón de la tía Francisca.

Se oyó toser y al poco se abrió la puerta. Apareció en el dintel el tío Yesca. Con su gorro de piel, su guerrera, su jirón de pa-

mielo de gancho rodeado a la jeta, sus pantalones de pana y su cáncer.

Hubiérase dicho que todas aquellas prendas eran la piel natural de su cuerpo. Desde que se las puso por primera vez no se las había quitado.

—¿Qué hora es?—preguntó.

—Ya hace un rato que se ha puesto el sol. Está oscureciendo. ¿No lo vé usted?

—¿Pero es que es todavía de día? ¡Qué barbaridad! Yo me figuraba que sería ya media noche.

—¿Pues cómo está usted, tío Yesca?

—¿Cómo voy a estar? Pues tan en cabales como tú o como el primero. Hace un rato me he tendido... me he dormido... y en el sueño no se tiene ninguna cinta para medir el tiempo. Me he quedado durmiendo a gusto, y para mí que se habían pasado cinco o seis horas. Eso es todo. Bueno, ¿y qué traes por aquí?

—Vengo de Garzas y le traigo a usted una razón de la tía Francisca.

—¿Te ha dado algo para mí?

—No. Me ha encargado que le diga a usted que vaya por la mañana temprano a buscaria. A lo que se ve, las fulanas esas en donde está sirviendo ella han levantado la casa y se van a vivir a otro pueblo.

—Pues se van arreglando las cosas. Bueno. Partiremos el hambre en pedazos iguales.

—Ella allí ganaría poco, tío Yesca.

—Comía la mujer lo que tenía gana. Y algunas perras sacaba también haciéndoles recados a los pájaros que acuden por allí. ¿Dónde la has visto?

—Ha ido a la posada a buscarme.

El viejo se salió fuera.

—¡Qué nubarrones!—exclamó mirando al cielo—. ¡Una nevada se va a echar encima!

—Tiempo del Norte, tío Yesca.

—Por eso. ¡Y anda que el frío no se está andando con bromas!

—Pues yo voy a meterme en mi garigola. Bueno, ya lo sabe usted: que esté usted lo más temprano que pueda en la puerta de la casa. Porque a lo que se ve, ellas se van en el tren de mediodía. ¡Ah!, y me ha encargado que no deje usted de llevar la burra.

—Me parece que la burra no va a poder

ser. Este viaje lo va a tener que hacer con las alpargatas.

—¿Es que no va usted a llevar la burra?

—¡La burra! No, hijo. Me he quedado sin mozo y sin burra. La burra se murió hace una semana en mitad del camino, cuando llevaba una carga de bojas a Garzas. Y el mozo se me fué dos días antes.

—Pues la tía Francisca está en ayunas.

—Mañana se enterará.

—Ahí se queda usted, tío Yesca.

—Adiós.

El guarda echó a andar seguido de su perrito pío.

Yesca volvió a mirar al cielo. Se metió en su cubil y atrancó bien la puerta.

Volvió a tumbarse en su jergón, y al poco quedóse dormido.

Como un ánfora llena de tinta china, era la negrura que invadía el interior de la cueva.

El viejo se despertó a media noche. Metió sus manos por entre la camisa y se puso a rascarse la pelambrera de su pecho.

Blasfemaba a sus solas.

Se levantó, y por la densa negrura anduvo hasta llegar a la chimenea.

En cuclillas se puso a escarbar en un montoncito de ceniza. Sacó una suela de esparteña. Le estuvo soplando un rato, y por fin la suela comenzó a humear y a dar chispitas de lumbre. Se la arrimó a una boja, y, después de volver a soplar, brotó una llama que iluminó la estancia.

Esta era siempre su lámpara cuando necesitaba luz para hacer algo.

De un rincón, en donde había unos harapos, extrajo uno anudado. Lo puso en el suelo, junto a la llama, le soltó los nudos, y de un puñado de calderilla, en la que había algunas monedas de plata, tomó unos treinta céntimos y se los metió en el bolsillo.

Volvió a atarlo y lo metió en el mismo sitio.

Esperó a que se extinguiese la llama. Salió y cerró la puerta con llave. Quedóse mirando al cielo. Ni una estrella.

Todo el campo estaba tan oscuro como el interior de la cueva.

El frío apenas si se sentía. No había nj un hálito de viento.

Por la vereda bajó a la rambla y se internó en el bosque de baladres.

Le comenzó a amanecer pasada la mitad del camino.

La luz matinal iba descubriendo un cielo ceniciento.

Yesca caminaba con lentitud, encorvado y entumecido.

No se encontraba a nadie.

Eran tan espesas las nubes que el sol, si estaba saliendo, no imprimía en el horizonte celajes.

Yesca se encontró en la vereda unos papeles liados, los estuvo examinando y los volvió a tirar al suelo.

Siguió andando.

Daba la impresión, tan lento como caminaba, de que no se movía, sino que era la tierra la que giraba por debajo de sus esparteñas.

De pronto notó que del cielo caían como raspaduras de una vela de esperma. Cuando tocaban con el suelo, desaparecían.

La nieve arreciaba.

Yesca llevaba la cara muy metida en la bufanda.

Llegó a la rambla Naga.

Anduvo bastante tiempo por la margen izquierda, junto a la cañota.

Vio algunas gallinetas.

Necesitaba ya cruzar la rambla para seguir su camino.

Por una pasarela hecha de grandes piedras cruzó un agua transparente que discurría remisa por un lecho cubierto de una piel de ovas muy verdes.

Los copos de nieve revoloteaban en el horizonte gris e iban cuajándose en el suelo.

Sobre el gorro y los hombros del viejo íbanse viendo nidos de plumas blancas.

Pero él, impasible, inmune a los elementos, como un muñeco de trapo relleno de serrín, seguía caminando remiso por la llanura.

A su espalda habían quedado los montes, sombríos, con sus cumbres metidas en conteras de nieve, semejantes a ubres que se les saliera por los pezones la leche.

Pasaba por las puertas de algunas casas, y las veía cerradas.

Los perros, ateridos bajo los porches, no cumplían con su deber de guardianes, y dejaban pasar al viejo, sin lanzarle un ladrido.

Avanzaba la mañana, pero el campo no se despertaba. Hubiérase dicho que toda aquella comarca era un barrio de burgueses.

El ventorrillo de Luisa blanqueó en el horizonte.

Ya había entrado el viejo en el camino vecinal del Piñón.

Se desesperezaba el campo. Se veían a algunos transitar por los caminos.

Al pasar por el ventorrillo, vio que estaba abierto.

El era amigo antiguo de Luisa.

Entró a tomarse la mañana.

—¡Hola, tío Yesca!—lo saludó la ventorrillera, apenas lo vio aparecer por la puerta.

—Buenos días.

—¿Dónde va usted con este tiempo que hace? Debe de estar nevando bastante. Trae usted mucha nieve encima.

—¡Pchs!—exclamó el viejo con indiferencia, subiendo los hombros—. Echa una copa de aguardiente.

—Se la voy a echar a usted doble. Una por su cuenta y otra por la mía.

Después de beberse la copa anduvo registrándose en los bolsillos.

—¿Busca usted tabaco?

—A ver si queda algún rapé por estos rincones.

—Espere usted, que yo le daré un cigarro de los de Alfonso.

—Mejor será, porque esto que estoy tocando por aquí...

Cargó la pipa y encendió con una cerilla que le ofreció Luisa.

—¿Y a dónde va usted con este tiempo que hace? ¿Va usted al pueblo a divertirse con las máscaras?

—¡Las máscaras! ¡La mejor, fusilada! No hay cosa que más me queme la sangre que las máscaras. Y no es de ahora, que soy viejo. Cuando era mozo me pasaba lo mismo. ¡Yo le tengo dados más palos en esta vida a las máscaras! No, hija, no voy dé máscaras. Voy a por la mujer.

—¿Qué le pasa a la tía Francisca?

—Que se ha quedado sin amas. Y me ha mandado, con Cristóbal el guarda, a decir que vaya a por ella.

—Ayer pasó por aquí Cristóbal.

—Ya ves, hija, ahora tengo que recoger a la mujer a la casa. A disfrutar los dos de hambre.

El viejo se había sentado en una silla. El frío le había puesto el cáncer como de cristal.

Luisa traginaba en unos cacharros.

Estuvieron unos segundos en silencio.

De pronto saltó Yesca:

—¡A esas gandulas les ha dado por mudarse de pueblo!

—¿A esas mujeres en donde estaba sirviendo la tía Francisca?

—Sí, hija, sí.

—Déjelas usted que se vayan. Cuanto menos mujeres de ésas haya en el pueblo, mejor. Son la perdición de las casas.

—Pues de la mía, que es la que a mí me importa, la perdición es que se vayan del pueblo.

—No sea usted tan egoísta, tío Yesca.

—¡Claro! ¡A ti como te conviene que se vayan!...

Luisa sabía la amistad que una de ellas tenía con Falfana, y se puso roja:

—¿A mí?

Y el viejo, ante el recuerdo de Falfana, saltó, rascándose una mejilla:

—¡Y ya es menester que tenga cuidado el Falfana cuando ande por el campo! Un día se va a encontrar un trapo sin dinero por un monte de esos. Están los hombres muy castigados, y ya les da lo mismo ocho que ochenta. No se puede exprimir tanto a la chota. Los hombres ya están aburridos de pasar tantas faltas.

—Eso no, tío Yesca. Mi Alfonso y el señor Vicente no hacen más que cobrar el papel que les da el jefe. Ellos no tienen mala intención para nadie.

—Mira, déjame de leyendas, Luisa. Si sabemos lo que son los mangueos...

—Usted es que es muy mal pensado, tío Yesca.

—Sí, hija, yo soy muy mal pensado. Todos los duros que ha tirado Vicente en esta vida, y los que tiene guardados, los ha sacado a fuerza de jornales que ha echado cavando la tierra. Y tu Alfonso, ídem de lienzo. Pero si teniendo un cuño de duros no se hacen los que se muelen en esta casa sólo para vuestro gasto. Si hasta vuestros muchachos tiran las pesetas por esos caminos.

—Eso no, tío Yesca. El ventorrillo da más duros que nadie se figura. Todo el desahogo que ve usted que tenemos en esta casa sale de esos toneles que está usted viendo.

—De los toneles... o del hígado de los hom-

bres de esos campos..., que para el caso es lo mismo.

—¡ Qué malo es usted, tío Yesca!

—Pero si yo te alabo el gusto, hija. Tú haces bien. Te traen las pesetas para disfrutar tú y tus hijos... y todo el que se asoma por aquí... Porque, la verdad en su lugar: tú tienes un corazón de oro. A ti te gusta gozar viendo gozar a tu alrededor. Haces bien de agarrar todo lo que te traen. A nadie le amarga un dulce. Y tu pájaro, ahí en la fragua, para tu recreo. Ahora, que te digo que no están ya los campos para gastar muchas bromas. Los hombres ya van muy explotados, y además están aprendiendo mucho.

—Sí, creo que en esas sierras están los hombres muy arremolinados.

—Más de lo que nadie se piensa. Un día se va a tirar una crecida de sangre...

—Pues debía estar la gente muy contenta porque ha venido la República.

—¡También tienes tú un mondongo! ¡La República! ¿Qué tiene que ver la República con el pan de los pobres? Más tíos a comer en la sartén grande.

—No diga usted eso, la República es muy

hermosa. ¡Yo siempre he sido más republicana que el decirlo! ¿No ve usted qué hermosa ? ¡ Da gusto verla!—y señaló a un cromo de colores abigarrados en el que había en una orla el Gobierno provisional, y una matrona, con una bandera tricolor, en el centro.

—¡Buena cuadrilla de señoritos! ¡No va a haber ramas en los árboles de toda España para colgar señoritos de esos el día que empiecen a hacer justicia los pobres!

—Que tengan cuidado los pobres... y se estén quietos, no vayan a ser las ramas para ellos.

—Mira: ya han empezado. A lo visto, por ahí, por esas provincias, están matando a los pobres como a chinches. ¡ Pero ya nos tocará la nuestra! Por muchos que maten, siempre quedan pobres. Los pobres son como la retama, cuando más arrancas más nace.

—¿Es usted también de los que están revolucionando el campo? ¿De esos que llaman comunistas?

—Yo no sirvo ya para nada..., pero otros hay que no paran.

—Sí, ya sé. Lo sabe todo el mundo. Ese

que le llaman Blas el Pintado está revolucionando la diputación. Y otros muchos. Pero que se ande con cuidado ese granuja, porque ya han ido algunos de por allí a darles el cante a sus amos. El alcalde ya lo sabe. Y si yo no huelo mal, en el cuartel de la Guardia civil no andan tampoco en ayunas.

—Bueno, yo no sé nada. ¿Cuánto te debo? —y se levantó.

—¿Quiere usted otra copa. doble?

—Quieres se les dice a los muertos.

Después de beberse la copa sacó cinco céntimos y se los ofreció a Luisa.

—Guárdese usted eso. Esa perra la compra usted de cigarrillos, y se los fuma usted a mi salud.

—Pues para tabaco va a ser en el primer estanco que vea.

Cuando el viejo salió al camino ya no caían copos de nieve.

No se veía en toda la llanura el menor vestigio blanco.

Únicamente las cimas de las sierras albeaban.

El frío se sentía más.

En el cielo iban abriéndose ventanales.

CAPÍTULO X

No solamente las dos zafras que Falfana le había ofrecido a Luisa, sino algunas más llevaban camino, los agentes, de arrancarle al proletariado de Bruezos.

Una semana recorriendo la diputación los dos chacales del fisco, devorando entrañas de campesinos. Casi toda la aceituna a que les daba derecho los contratos con los amos de las tierras ya se la habían embargado y estaba en los trojes de la almazara.

Los campesinos verían su aceite, cuando lo sacaran de los pilones, arrebatárselo Falfana y Alfonso, para llevárselo a Luisa y a José.

Se les calentó la codicia a los agentes y decidieron no regresar y seguir trabajando. Le enviaron a Luisa una carta pidiéndole una muda y recomendándole que, además de las zafras, preparase también una tinaja grande.

En la historia de explotación de la comarca no se había conocido robo semejante.

La ley del capitalismo les parecía ya a los

dos facinerosos estrecha, benévola, y obedecían sólo a la voracidad antropófaga de sus instintos.

—Blas, tienes que ir mañana mismo a Garzas a enterarte si esos tíos ladrones pueden hacer lo que han hecho esta tarde con nosotros —le decía Victoria a su marido, sentada en el portal de su cabaña, rodeada de sus tres hijos.

—¡El Gobierno hace lo que quiere!

—Pero esos tíos bandidos no son el Gobierno.

—¡Sí, el Gobierno! ¡Todos son el Gobierno! ¡Los ministros, los diputados, los alcaldes, los pedáneos estos nuestros, la Guardia civil, la tropa, los empleados del Ayuntamiento, los amos de las tierras, los tíos contribucioneros y hasta los municipales, todos, Victoria, son el Gobierno! ¡De esa gente, desde el que veas más alto al que veas más bajo, son el Gobierno! ¡Hasta un puñetero barrendero de esos de las calles! ¡Los que no somos el Gobierno somos nosotros! ¡Pero todo el que tú veas que come sin trabajar es el Gobierno! ¡Te vas a meter tú con el Gobierno, mujer! ¡Lo que bregues, pierdes! ¡Cuan-

to más tratas de defenderte, más te joden! ¡Todo te lo tienes que ir recomiendo con la sangre! ¡Que ya la tiene uno más negra que el betún!

—¡Pero los otros Gobiernos, Blas! Los de antes. Los del Rey. ¿No dicen que ha entrado la República?

—¡La República!

Blas enmudeció y siguió desollando una oveja. La tenía colgada en un olivo, muy cerca de la puerta de su casa.

La luna alumbraba el campo, y el paisaje parecía tapizado de papel de chocolate.

El frío era intenso, y Sebastián y Javier, en el portal, liados en sendas mantas andrajosas, se acurrucaban contra su madre Victoria. Pedro, el menor, un niño de teta, en el regazo de Victoria, se revolvía bajo el mantón que abrigaba a ésta.

Lejano, ladraba un perro.

Blas, por fin, le arrancó la piel a la oveja. Comenzó a abrirla. En un lebrillo que tenía al lado iba echando los despojos.

—¿Te ayudo, Blas?

—No, tú estáte ahí con los nenes. Mejor es que os entréis a la casa. Hace mucho frío.

—Tengo una angustia que me pueden ahogar con un cabello. Estoy mejor aquí, así, viéndote.

—Lo que quieras, mujer.

Blas con el cuchillo abría la res. Su pulso era firme; pero, encalladas sus mandíbulas, los dientes le rechinaban.

De súbito preguntó Victoria, estremeciéndose:

—¿Qué estás haciendo, Blas?

El no contestó y siguió haciendo lo que tanto le extrañaba a ella.

—¿Que haces, Blas?

Él mudo.

—¿Tienes hambre, Blas? Ahí queda un pedazo de pan y unos higos. ¿Los quieres?

—¡Eso déjalo para los nenes!

—No, si ya no queda ningún pan ni ningunos higos; me los he comido yo—declaró Javier.

—¿Tienes hambre, Blas?

—; Hambre?—preguntó él con una voz seca y tuerte que se oyó, en la noche, como un hachazo que le hubiesen dado en un costado a la tierra—. ¡Yo no tengo hambre, mujer! Estoy como si me hubiese comido todos los rebaños del campo. Este mediodía, sí, sentía hambre. ¡Pero ahora mismo no tengo hambre! ¡Se me ha quitado el hambre para toda la vida! Después de lo que han hecho con nosotros esos dos bandoleros, se me han quitado las ganas de comer para siempre. ¿Estás viendo, ves qué mordiscos?

Blas, con las manos y la boca ensangrentadas, dábale tarascadas, colérico, al corazón de la oveja.

—¿Para qué haces eso, Blas? ¡Te van a dar vómitos! ¡Yo creí que lo hacías porque tenías hambre!

—; Ju. ju, ju!—rió desencajado, con el corazón de la oveja a medio comer entre sus manos rojas. Por su boca escarlata chorreábale una baba sanguinolenta.

—¡Padre!—exclamaron los dos hijos mayores—. ¡No nos asuste usted, padre; que nos da miedo!

Victoria se levantó temblando.

—No te rías así, que pasmas a los nenes.

Blas le dio otro mordisco al corazón.

—¡Blas, no comas más de éso!

—Pero, ¿por qué te crees que me lo estoy comiendo?

—Si yo no supiera que en todo el día no has catado ni una maldita lágrima de vino, me creería que estabas borracho.

—¡Si me das una cuba me la bebo ahora mismo, Victoria! ¡Estrella!—rugió, dándole una patada a una perra diminuta que había junto a sus pies, hociqueándole—. ¡Bueno estoy yo ahora para que me estes lamiendo la sangre de las esparteñas!

La perra salió huyendo y quejándose.

—No le pegues al animal, hombre; ¿qué daño te ha hecho?

—¡Estoy que no puedo aguantar ni que me toquen en las esparteñas! ¡Ya ves tú lo que son las cosas! Estaba lamiéndome la perra las esparteñas, y sentía un cosquilleo por todo el cuerpo...—y mordió otra vez la entraña de la oveja.

—¡Tira eso ya, Blas!

—Pero ¿por qué te crees tú que me lo estoy comiendo? ¡Me lo estoy comiendo por no echarles en lo alto la perdición a nuestras criaturas! ¡Porque no quiero ir a presidio! ¿Ves cómo me lo como?—y con fiereza siguió dándole mordiscos al corazón—. ¡Hago esto por no ir a buscar al tuerto Falfana y a su cabrón

y rajarles el pecho como he rajado la oveja, para sacarles la asadura y comérmela así, así! ¡No te creas, todavía puede que cuando se me haya acabado éste que tengo en las manos, eche a correr y vava a por el de ellos!

—¡Blas!

—¡Padre! ¡Padre!—gritaron los hijos aterrados ante la expresión del rostro de Blas.

—¡Mira, aquí en esta España no se puede vivir!—dijo Victoria, echándole las manos por los hombros—. Hay mucho abuso con los pobres. Todo Dios pega con nosotros.

—¡Por éso! ¡Tengo el tuétano podrido de tanto abuso!

—¿Pero es que son solamente los tíos contribucioneros? ¿Y los tíos de los consumos? ¿Y el amo? ¿Y el tío que nos tiene que pagar el maldito jornal? ¡Si son todos, Blas! ¡Hay mucho abuso en esta España! ¿Qué vale el que un hombre tenga unos buenos brazos para el trabajo si no tiene dónde emplearlos?

—¡Y cuando los empleas alguna vez, te roban el sudor!

—Por éso, esta España está maldita. Todo el que tiene un poco de sangre en las venas, se va de aquí y la deja. La tierra de uno es

aquella en donde se come, Blas. En todas las tierras nace el sol y hay agua. ¡La tierra toda es la misma! ¡Vamonos a Francia!

—¿A Francia?—interrogó él como rememorando, ya sin el corazón en las manos, pero con ellas rojas y la boca babeando sangre.

:—Todos los que se han ido a allá comen y mandan aquí algún dinero. Se puede decir que muchas casas de por aquí comen de lo que de allá mandan.

—¡Buena estará también Francia! ¿Tú te crees que allí no hay ladrones?

—Pero por lo que dicen, se pasa menos hambre que aquí. Hay más trabajo y pagan mejor.

—Eso a cualquier parte que vayas. ¡Hasta en el moro!

—Nos vamos a ir a Francia, ¿verdad, Blas?

—¿Con qué dinero?

—Eso se piensa, hombre.

—¿Se piensa?

Y Blas se miró sus esparteñas ensangrentadas, rascándose la nuca.

La oveja, abierta en canal, pendía de una rama recia del olivo.

Blas se contempló las manos.

Se las frotó, para limpiárselas, con las mangas de su chaqueta. Sacó la pipa. Anduvo buscando por sus bolsillos, para extraer de ellos algún tabaco. El pedernal y el eslabón, en las manos del campesino, dieron chispas. Encendió la pipa. Dio un par de chupadas. Hizo un gesto de repugnancia y tiró al suelo la pipa, haciéndola crujir bajo una de sus esparteñas:

—¡Mierda!

—¿Qué has hecho, Blas?

—¡Esto es más flojo que la paja!

—¿Y te acuerdas ahora, Blas? Siempre has fumado de eso y te ha gustado. Es mitad de tabaco y mitad de lechuga, como siempre.

—Si yo no te digo que no sea como siempre. ¡Pero hoy no me gusta!

—Siempre te ha gustado.

—¡Pero hoy no me gusta! Hoy tengo yo la sangre muy ardiendo y necesito que las cosas sean muy fuertes.

Al poco pasó por la puerta Ana la Alabega:

—Buenas noches.

—¿De dónde vienes a estas horas?

—No me hables, Victoria. Tengo una angustia...

—¿Qué te ha pasado, mujer? ¿Se te ha puesto malo algún nene?

—No, mis nenes están... maleando como siempre. No se puede decir que están buenos, porque es mucho lo que pasan las criaturas desde que se murió su padre, pero tampoco se puede decir, así de una, que están tirados por los jelgones sin poder valerse. Ni buenos ni malos: padeciendo las criaturas: No, hija, mi angustia no es por ninguno de mis nenes. Es por los tíos bandidos esos contribucioneros.

—¿A ti también te han robado, Ana?—preguntó Blas con flema—. ¡Con una pobre viuda que se está muriendo de hambre! ¿Qué tienes tú que te puedan haber robado? ¡Como no sea un nene! ¡O un puñado de piojos!.

—Pues se han llevado, los tíos valientes, un puñado de olivas que tenía en la casa.

—¿De dónde has sacado tú esas olivas, si tú no tienes árboles?

—De la rebusca. Blas. Hemos estado rebuscando mi Pedro, mi Melchor y yo estos días, y hemos recogido unos celemines de oliva. La tenia ya preparada para echarla en la orza. No tiene una que darles de comer a los

nenes, y luego se les llena un plato de olivas y un pedazo de torta y se les quita el hambre.

—¿Y te han quitado las olivas que tenías para echarlas?

—Me las han quitado, Blas. Peor todavía. Me han hecho que yo las lleve en un costal a la almazara y las aboque en la troje que ellos tienen allí.

—¿Qué cuentas tienes tú con ellos? ¿Qué contribución te sale a ti?

—¡Yo que sé, Blas! Me han sacado unos recibos de Dios sabe los años. De cuando mi Sebastián llevaba a renta el cabezo de la Zarza.

—¡Y se van a llevar el campo entero!—exclamó Blas, acariciándose el mentón.

—¿Es que a vosotros también os han embargado?

—Las seis fanegas de oliva que hemos cogido de los árboles—contestó Victoria.

—¡Enteras!—ratificó Blas.

—¿Es que habéis matado la oveja?

—Lo mismo para el caso: que le ha dado a la señora por hacer testamento esta tarde y morirse. ¡Todo viene junto, Ana!—respondió Victoria.

—El tuerto Falfana quiere llevarse el cam-

po. El tuerto Faltaría quiere llevarse el campo—repetía y repetía Blas, rascándose su mejilla sin afeitar varias semanas.

De repente cogió el cuchillo del lebrillo en donde estaban los despojos y le limpió la hoja en la suela de una de sus esparteñas. Se lo guardó en la cintura:

—Hasta luego, que voy a dar una vuelta.

—¿A dónde vas. Blas?—preguntaron las dos mujeres, intentando retenerlo por los brazos.

—A dar una vuelta—contestó él con una sonrisilla sarcástica.

—¡Quédate aquí, Blas!—le suplicó Victoria.

—¡Suéltame, que no quiero hacerte daño, mujer!—y Blas apartó a Victoria, saliendo veloz por la vereda.

—¡Blas! ¡Blas! ¡Blas!—gritaban y gritaban las mujeres.

Pero Blas no hacía caso, y desapareció por la quiebra de unas sierras.

CAPITULO VI

Parecían galerías de una mina de carbón las galerías de las trojes de la almazara de Bruezos: Largas, estrechas y negras, como rayos de ébano, todas convergían en un ruedo amplio, en el que estaban las prensas, la caldera del agua y la pista del molino.

En el ruedo estaba concentrada toda la elaboración del aceite. Y era también, durante la temporada de la fabricación, el casino de todos los campesinos de la comarca.

Durante el día, no, no había tertulia. Sólo se veían a los almazareros y a los campesinos que les tocaba el turno para hacer su aceite. Pero ya cuando comenzaba a oscurecer, se veían acudir campesinos con la pipa entre los dientes y tejiendo entre sus manos alguna labor de esparto.

Las noches eran largas y muy frías, y hasta bien alto el sol no se agarraban a hacer alguna faena. Las noches daban para dormir y para charlar largas horas, y, además, apenas si había que trabajar en el campo.

Había noche para todo.

Muchas noches, se reunían al amor del horno de la caldera del agua para clarificar, alimentado con orujo, más de veinte campesinos. Junto a ellos, en la pista del molino, la yegua de turno daba vueltas y vueltas, con los ojos tapados con unas anteojeras de pleita, tirando de los conos de piedra para moler la aceituna.

Grandes candiles de hierro chorreando aceite pendían de las vigas del techo cónico como el de los circos.

Como al día siguiente era día de mercado en Garzas, y muchos acudían a él para ver lo que caía, esa noche se reunió poca gente en la tertulia de la almazara. Además del equipo de trabajo, había cuatro o cinco vecinos charlando junto al fuego. Más que por necesidad, por rutina buscaban la lumbre. En la almazara no se sentía el frío. La fermentación de la aceituna exhalaba un calor pegajoso, de todos los trojes, caldeando el ambiente como si hubiese habido estufas.

Una yegua blanca, sucia como un papel de letrina, movía el molino. Crujía la aceituna, al ser triturada, y caía hecha masa por los bordes de la solera.

En cada una de las largas y tenebrosas galerías alumbraba lejana la llama de un candil.

Toda la visión que daba la almazara era la de un gran telón de paño negro, con broches de latón y con estampados de andrajos polícromos.

—Echa unas cuantas losas de orujo, Amador, que se va a apagar el horno—le indicó el maestro al oficial.

Amador fué a un montón de costras de orujo, llenó un capazo y las llevó al horno.

—Mucho has metido, Amador. A ver si ahogas la lumbre—advirtió uno.

—¡Hum!—gruñó Amador.

—Anda, tú echa, echa sin miedo, que no se ahoga. Tiene este horno una chimenea con mucho tiro—dijo el maestro sentándose en una sera, en el grupo.

—¿Cómo vamos de maquilas, tío Gas?—le preguntaron al maestro.

—¡De maquilas! Las trojes sí que están llenas de maquilas. Ya hemos llenado dos; Pero..., ¿para qué? ¡Bastante me van a engordar a mí las maquilas! De cada dos arrobas, una para el amo y la otra para los seis

hombres que formamos los dos turnos: el de la noche y el del día. Y, además, todo el gasto de nuestra cuenta: comprar las yeguas, las seras, hacer el gasto del aceite que consumen los candiles y toda la cebada que se coman las bestias. ¡Nada! Luego haces cuentas, y has tenido que sacar más que has metido. ¿Y la ropa? En la temporada que está uno aquí en la almazara destrozas toda la ropa que tienes en el arca.

—Siempre llorando, tío Gas. ¡Cómo se calla usted el que se hinchan ustedes a comer como sapos, tío Gas! La gente que viene a hacer el aceite trae mucho y bueno, y les echan a ustedes a tutiplén.

—¡ Otras veces, Ambrosio! Otras veces, sí, por la comida nada más se podía ser almazarero. Sacaba uno sustancia en la sangre para vivir cien años. Pero eso otras veces, hijo. Hoy están perdidos los hombres del campo, que son los que dan. porque los amos... Quitando dos o tres partidas, la del tío Cándido y la del mayoral del conde de Cer, que traen buena jamanza, todos los demás no traen más que puñeteras sardinas. Y no te figures, Ambrosio, hay muchos días, los más, que tenemos que comer nosotros de lo nuestro, porque, a los que les toca, apenas si traen los pobres cuatro mendrugos. ¡ No les vas a quitar a los pobres el pedazo de pan de la boca! Este campo está desollado.

—Todo el campo de España, tío Gas.

—Estos Gobiernos de bandidos...

—Y que todos son lo mismo.

—Lo mismo da que entren unos que otros.

—Ahora que parecía que con la República se iban a remediar algo los pobres.

—¡ La República! ¡ Peor que antes! ¿ No lo estás viendo? ¡ Si todos los tíos que hay metidos en ella son los que no han podido chupar antes con el rey! Ahí tienes a don Bernardo, el alcalde de Garzas.

—Mala se está poniendo aquí la vida para los pobres.

—¿No ves que con la República son también los señoritos los que mandan? Todos son uno. Los señoritos son los enemigos del pobre.

—Pero esa es la ley de Dios. Eso ha sido mientras se fundó el mundo, y será mientras haya árboles vivos agarrados a la tierra, tío Gas.

—¡Eso será mientras nosotros sigamos siendo unos burros!

Alguien había hablado de los que no formaba el corro que charlaba junto al horno.

Todos levantaron la cabeza hacia un camaranchón, con la puerta arrancada, que había encima del pesebre de la yegua de turno. Sentado en el vano, en el mismo borde, con las piernas colgando, un hombre de unos treinta años, con traje azul de mecánico, se desperezaba.

—¿No duermes, Venancio?—le preguntó el maestro.

—Me han despertado ustedes.

—¡Sí tienes la sangre ligera! ¡Digo que te pareces a mí! La yegua puede estar moliendo por encima de mis costillas, que no la siento. Tú como ya no eres del campo... Vosotros, los pobres del pueblo, sois también medio señoritos.

—; No me insulte usted!

—Aunque señoritos bordes..., sois también señoritos.

—No me llame usted éso. Consiento que me digan todo, menos éso. Bien me pueden llamar las cosas más canallas que se les di-

cen a los hombres, desde hijo de puta hasta asesino, que no se me mueve la sangre. Porque todas esas cosas son los hombres porque esta sociedad les obliga a serlo. Todo lo que hacen los hombres, sea lo que sea, para defenderse de la vida en esta sinvergüenza sociedad, es lícito. ¡ Todo antes que pedir limosna! Así es que me pueden llamar todo lo que quieran, que nada me deshonra. Pero que no me llamen mendigo ni señorito, porque abofeteo al que me lo diga. ¡Y señorito peor todavía! El ser señorito es lo que más deshonra. ¡ Yo soy un proletario!

—¡Ju, ju, ju!—rieron todos a coro.

—¿Qué has dicho que eres, Venancio? —preguntó el tío Gas.

—Un proletario.

—Un... pro... ;Qué has dicho que eres, Venancio?

—Un prelesario—contestó riéndose uno de ellos.

—¡Tu. ju. ju!—volvieron a reír todos.

—He dicho que soy un proletario. Lo que sois todos vosotros. ; Lo más honroso que hay sobre la tierra!

—A lo mejor se está riendo de nosotros y

nos está llamando hijos de puta—chanceó otro.

—No. Estoy hablando en serio. Proletario es el que no tiene otros bienes para comer nada más que sus brazos.

—Entonces yo soy proletario y medio.

—Y yo. Hombre, si es éso, todos somos. Nosotros es que no hemos oído decir eso nunca.

—¿Y eso es en franchute? ¡Tú como vienes ahora de allá!

—Eso es en el mundo entero.

—¿A que no sabes a quién le oí yo decir una vez éso? A un tío que habló una vez, poco antes de venir la República, en Garzas, en un mitin.

—Bueno, pues si quisiéramos los proletarios, los amos de todo y los amos del mismo Gobierno seríamos nosotros.

—Roque, mira a ver si la torva tiene olivas, que parece que chorrea poca masa por la solera—le dijo el maestro al molinero, rascándose la cabeza en una expresión de sorna.

—No se ría usted. En otros sitios son ya los pobres amos de todo y también del Gobierno.

—Y en Jauja llueven chorizos y perniles, sobrino. ¡Ju, ju, ju! Si a cuentos vamos, Venancio, te dejo yo a ti hecho un comino, de pequeño, y te gano porque soy más viejo.

—¿Usted no ha oído hablar nunca de Rusia?

—Sí que he oído..., pero eso está muy lejos... Lindando, lindando con el pueblo de Jauja. ¡Ju, ju, ju!

—¡Ju, ju, ju!—rieron todos.

Amador, el ayudante, cortó la conversación. Salía de una de las galerías, con sus calzoncillos remangados hasta las rodillas, como todos sus compañeros, y en mangas de camisa. Las pulgas brincaban a grandes lunares por toda la almazara y necesitaban llevar las piernas desnudas para darles caza. En la cabeza llevaba Amador un gorrito verde botella con una borla.

—¿Qué has estado haciendo por ahí dentro, Amador?—preguntó el maestro.

—Si me dan ustedes palabra, tío Gas, de quedarse ahí todos quietos, lo digo—habló, haciendo esfuerzos para contener una explosión de risa.

—Habla, que si no, revientas.

—¿Se van ustedes a quedar ahí?

—¡Habla!

—No, que se van ustedes a tirar todos a la vez. Y eso no vale. Que se venga, solo, conmigo el Jarpiles. ¡Anda, Jarpiles, vente conmigo!—y le guiñó un ojo a un viejo que estaba junto a la boca del horno.

—¿Qué función te traes entre manos?

—Ahora lo verá usted, tío Gas. Se van ustedes a reír más que en los títeres.

Jarpiles se levantó. Amador les guiñó el ojo, y con un ademán cómico les dio a entender que aguardasen.

Los dos campesinos desaparecieron por la oscuridad de una de las galerías. A los pocos minutos se oyó un escándalo formidable allá en el fondo de la galería. Las voces de un hombre y de una mujer se oían, blasfemando coléricas entre las risotadas de Amador y Jarpiles.

—¡Es el Tocino!—advirtió el tío Gas—. Pero, carajo, ¿qué les pasará? Ya estaba yo echando de menos hace un rato al Tocino. ¿Y esa que grita, quién es?

Por instantes se aproximaba el escándalo. Parecía que arrastraban algo por el suelo.

Una carcajada a coro estalló del grupo al ver asomar por la galería a Amador y a Jarpiles con su presa.

El Jarpiles tiraba del Tocino, y Amador de una anciana. El Tocino y la anciana iban en camisa.

—¡Aquí los tenéis, que estaban haciendo magnesia!—exclamó el Jarpiles, bromeando y presentando a los delincuentes al grupo.

Más de sesenta años tendría el Tocino. Por debajo de su camisa, de color indescifrable, se le veían unas piernas de simio, descarnadas y muy vestidas de vello. Ella sería de la misma edad, y su camisa, color salmón, hasta rozar con el suelo, parecía una prenda talar, como las dalmáticas.

—¡Si es la Garnacha!—rugieron todos.

Era la Garnacha, en efecto. La famosa idiota. Tenía la cara colérica y las sarmentosas manos crispadas, como un gato que fuera a tirarse.

—¿Dónde diréis que se habían metido? —preguntó el Jarpiles—. Estaban metidos en la troje del tío...

—¿No está aquí el tuerto Falfana?—pre-

guntaron de repente, interrumpiendo al Jarpiles.

La voz tenía tal acento de agresión, que hizo que la tertulia llevara hacia ella toda la atención.

Era Blas, que acababa de entrar desencajado, enloquecido, palpando el mango del cuchillo que llevaba en la cintura.

—Blas, ¿qué te pasa?

—¿Para qué buscas al Falfana?

—¿Tú sabes cómo vienes?

—Blas, ¡si llevas una cara que nada más que te viera la Guardia civil te metía en presidio!

Le dijeron, cercándolo.

—¿No está aquí el tuerto Falfana?—preguntaba, taladrando con su mirada las paredes—. ¿Es que lo habéis escondido? ¡Si no lo sacáis escarbo en todas las olivas que tenéis en las trojes y lo saco a la fuerza! ¿No viene todas las noches a ver lo que ha robado durante el día?

—Pero, hombre, ¿para qué quieres al Falfana?

—Para hacerle el corazón arenilla.

—¿Qué te ha picado, Blas?

—¿Qué me ha picado? ¿Me lo pregunta usted, tío Gas? ¿No estaba usted aquí esta tarde cuando he traído las olivas que me han robado esos ladrones?

—¿Y te acuerdas ahora, hombre?

—¡Ahora!

—Vamos, siéntate en esa silla, Blas, y no pierdas a tus criaturas.

—¿Más perdidas de lo que están?

—Siéntate ahí, y deja tú a esos bandidos que los ahorquen. ¿Te vas a perder tú? Bastante daño te han hecho ya con quitarte el puñado de olivas que tenías, para que ahora te busques el presidio con la sangre de ellos.

—Todo lo que breguen ustedes pierden. ¡Los he de acorar esta misma noche! ¿Cuánto tiempo hace que ha salido de aquí? ¿Usted sabe dónde van a hacer majada esta noche?

—Vamos, siéntate ahí te digo, hombre.

—¡No me sujete usted, tío Gas; que le falto a usted al respeto! Esta noche me peleo con el que quiera quitarme la intención de la cabeza. Si mi padre, que en paz descanse, saliera del cementerio y me sujetara, lo volvía yo a volcar con esta faca. ¡Déjeme usted, que tengo la sangre muy encendida!

—¡Pues lo que quieras! ¡Yo, después de todo, no te he parido!—y el tío Gas le dejó libre.

—¡Si a éstos es mejor soltarlos! Dejarles toda la cuerda. Cuando más los sujeta usted, más se encienden—habló otro.

Y Blas salió de la almazara. Quedáronse los campesinos comentando el loco propósito de Blas y el bandidaje de los agentes ejecutivos.

CAPÍTULO VII

¿En dónde estarían Falfana y su escudero? Blas no se detuvo a pensarlo. Cuando se encontró fuera de la almazara, en la amplia placeta, no se paró ni un segundo siquiera a reflexionar para orientarse sobre la casa en que estarían pernoctando. Tomó una vereda hacia la izquierda, una vereda que iba hacia el Norte, que culebreando trepaba sierras.

Hubiérase dicho que una vez que había visto que no estaban en la almazara tenía la evidencia de que los hallaría con seguridad en un sitio ya determinado. Y que a este sitio se dirigía decidido.

Caminaba ligero, con paso firme, destocado y sin manta.

El frío era intenso. Pero la noche, serena, apenas si le daba virtud martirizadora al frío.

Anduvo unos diez minutos lanzado igual que una piedra de honda.

—¡Blas, Blas!—oyó que le decían a su espalda.

Volvióse nervioso y se quedó parado.

—Sí corres, creí que ya no te echaba mano.

La luna, en el cénit, redonda, como una hélice de níquel girando vertiginosa en el centro del mar, rociaba de luz la tierra.

Blas se quedó analizando al recién llegado:

—¿Tú estabas en la almazara con ésos? ¿Tú estabas sentado en el camaranchón?

—Sí.

—¿Tú eres el sobrino del tío Gas, ese que ha llegado ahora de Francia ?

—Sí.

—¿Y a qué vienes tú? ¿Te han mandado ésos? Vuélvete si no quieres que pague contigo mi coraje.

—A mí no me han mandado a buscarte. ¿Sabes tú acaso a lo que yo vengo ?

—Bueno, déjame a mí seguir mi camino.

—¿Qué camino llevas, hombre?

—¡Pues mi camino!

—¡Pero si no sabes a dónde vas!

—¿Qué no sé a dónde voy?

—No. ¿Dónde te crees tú que vas a encontrar a Falfana ? ¡Si vas sin norte! ¡Si no sabes dónde estarán metidos! ¡No es menester sujetarte, hombre! Si yo soy como tú. Si yo creo que haces bien en buscarlos para cortarles el cuello, por bandidos que son. Yo te he

parado para que no corras loco por todo el campo, sin poder encontrarlos.

—¿Es que tú sabes dónde están ?

—No, hombre, no lo sé.

—¡Entonces!—y se decidió a seguir andando.

—¿Y tú?

Blas, ante la pregunta de Venancio, se quedó parado, silencioso, pensando.

Venancio sacó la petaca, diciéndole:

—Toma, hace frío y la lumbre del tabaco calienta algo.

A Blas le pedían sus nervios tabaco, y agarrando la petaca con ademán remiso, murmuró como resignado:

—Bueno, echaremos.

—Es bueno. De ése no habrás fumado nunca.

—Parecen pelos de panocha.

—De hebra. Es a propósito para la pipa.

—Esto no tendrá gusto a nada. Si ésto no parece tabaco.

—Cuando lo pruebes me lo dirás.

—¿Y ésto, dónde lo has comprado?

—Lo he traído de Francia.

—¿De Francia ?

—Sí. He venido a por mi madre. He venido a la almazara a ver a mi tío, y me he quedado a dormir allí esta noche.

—¿Quién es tu madre?

—Tú no la conoces. Nosotros no somos de esta diputación. Somos de la sierra de Riscos.

—¿Pues no eres sobrino del tío Gas?

—Sí, pero es que mi madre es hermana de su mujer.

—¡Ah!, ¿y tú vives en Francia?

—Allí vivo.

—¿Y cómo se vive allí?

—Hay más trabajo y pagan algo mejor. Pero se explota también al pobre. Al mundo hay que revolucionarlo.

—¿Tienes mixtos? No tengo ganas de golpear en el pedernal.

Venancio encendió una cerilla y se la dio a Blas.

Encendieron sus pipas.

—¡Bueno es! ¡Parece que tiene pringue! —exclamó Blas, deleitándose, después de saborear dos chupadas.

—¿Ves cómo te gusta?

—¿Tú te tragas el humo?

—¡Hombre, claro!

—Por eso. Es que hay algunos tontos que no se lo tragan, Y eso es como si no se fumara y se tiraran los cuartos. Lo bueno es que entre por el galillo adentro y se asuele el humo en el pecho, removiéndoio. Para eso se fuma y se bebe: para que entre fuego en el cuerpo. ¡Tenía más gana de fumar, muchacho! Te agradezco 'esta pipada más que si me hubieras dado cinco duros de veinte reales. Cuando tengo desazón soy para el tabaco como una ballena para el agua.

Blas fumaba deleitándose y se iba calmando. Su cara perdió la fiereza y tomó una expresión melancólica.

—¡Huele a miel! Huele como la flor de los almendros—exclamó mirando su pipa—. Y habrá todavía mejor tabaco que éste.

—Hombre, hay muchas clases mejores. Pero no las pueden fumar más que los burgueses. Este es tabaco de pobres.

—Yo no sé lo que es eso de burgués. Como no me hables más claro...

—Los señoritos, los amos..., los que lo tienen todo, los que se beben nuestra sangre.

—¡Vaya, todos los tíos que son como Falfana!

—¡Falfana! Falíana es un piojo. Falfana es un esbirro de los burgueses. Falfana es un criado de los Gobiernos.

—¡ Falfana es un ladrón, que le voy yo a hacer que vomite sangre por el mondongo, de una puñalada!—y se palpó la faca.

Venancio bajó la cabeza y se quedó mirando al suelo, reflexivo. A Blas habíasele puesto la expresión colérica y miraba a la luna, a los montes, como ansiando descubrir la guarida de los agentes ejecutivos.

Parados los dos hombres frente a frente, en la cumbre de un collado que parecía la joroba de un camello, permanecían silenciosos. El uno pensativo y sonriente, y el otro escarbando con la mirada en el cielo y en el campo para hallar la madriguera de Alfonso y Falfana.

Veíase la almazara, chata, grisácea y alargada. La ancha caperuza que formaba el tejado del redondel en donde estaban las prensas, negreaba, sobre el edificio, como una sombrilla a medio abrir. Por las ventanas salía una luz mate y amarilla, que parecía cortinas de bayeta pajiza.

En el Levante, montes y montes se apiña-

ban, formando una cordillera, semejando una piara de potros amontonados contra una valla, que huyera espantada ante el temor de aquella piedra pulida, lanzada con honda, que simulaba la luna.

Al Sur, una llanura cubierta de olivares.

Dos colinas calvas blanqueaban en el centro del llano, a la par y tan iguales que parecían las rodillas de un titán que asomaran por dos rajines de la manta, extendida, que semejaban los olivares.

No se oía ni un solo ruido en todo el campo.

—¿Te vas calmando ya, Blas?—preguntó por fin Venancio.

—¡ Cuando lo vea volcado en el suelo!

—Lo que quieras. Si estuvieras para poderte hablar...

—Habla lo que quieras. Yo no mando en tu boca.

—Los hombres, Blas, todo lo que hagan deben hacerlo, siempre, con un...

—¡ Calla!—saltó de repente el campesino—. ¿No sientes?

Los dos, mudos, pusiéronse a escuchar.

—¿Son trancos?—interrogó Blas.

—Parecen.

—¡Son trancos!

—Alguien parece que viene por la vereda.

—Y esos trancos no son de burra. Son zapatazos de yegua. ¡A que es el Falfana que viene a la almazara!

—Vente—le dijo Venancio, cogiéndolo de un brazo.

—¡No me toques ¡—aulló Blas, furioso, desasiéndose en un ademán brusco.

—Lo que quieras—murmuró Venancio, apartándose.

Se vio la sombra de un jinete.

Blas quedóse aguardando en la orilla de la vereda, y Venancio a su espalda, a unos tres metros.

Pasó por delante de ellos un hombre montado en una caballería blanca. Pasó como un fantasma.

Cuando ya se había alejado algunos metros se lamentó Blas:

—¡No es él!

Venancio se aproximó, y sin hablar le volvió a ofrecer la petaca.

—No, hombre, déjalo, que te vas a quedar sin tabaco.

—Anda, echa.

Después de encender Venancio se puso a andar muy despacio, diciendo:

—No hay campo como este de España, pero como si no valiera nada. ¡Hay que ver que es un tesoro esta diputación!

—¿Este campo? ¡Esto es oro molido!—habló Blas, avanzando, también, junto a Venancio—. Y, sin embargo, aquí se mueren las criaturas de hambre. ¡Y tienen unos nacimientos de agua esas sierras, que si los trabajaran como se merecen!...

—Y es que aquí los amos quieren vivir explotándoos a vosotros, mejor que explotando la tierra.

—¿Que quieren vivir dices? ¡Que viven, los ladrones! ¡Si aquí está la tierra virgen! Si aquí los que estamos desainados somos nosotros. ¡Todo Dios pega en nuestras costillas! ¡Hasta los jodidos perros muerden en ellas!

—Pues todo debe salir de la tierra, Blas.

—¡Que todo deba salir de la tierra y no salga, estamos arreglados! También debía yo de comer todos los días y no como, y mis muchachos. Ya ves tú: aquí mismo, sin ir más lejos, el campo de esta jurisdicción podría te-

ner a los amos y a los pobres nadando en pesetas.

—A los amos..., ¿para qué? ¿Por qué ha de haber amos, Blas?

—Toma, porque los hay. Conque no puedes que te dejen mal vivir los tíos pulpos y los vas a quitar de en medio. ¿Entonces de quién van a ser las cosas?

—De nadie y de todos los hombres.

—¡Pues... sí!

—Dueño, nadie, y lo que produzca, la vida, para todos. Que trabaje todo el mundo, que produzca, Blas, y que cada uno tenga en su poder nada más que lo que le sirva para ejercitar su trabajo. ¿Tú no eres trabajador de la tierra, Blas?, pues tú debes tener la tierra que puedas cultivar con los tuyos, dándote también, al mismo tiempo, el Estado, toda la ayuda que te haga falta, para que la tierra rinda todo lo más que pueda rendir.

—¿De qué Estado?

—El Estado es... el Gobierno.

—¡Ah! ¿Y el Gobierno te va a ayudar? ¡El Gobierno lo que hace es joderte!

—Pero son estos Gobiernos de los señoritos. Yo hablo del Gobierno de los pobres. Tú,

que eres trabajador de la tierra, a la tierra, y yo, que soy obrero, con todos mis compañeros de la fábrica, debo trabajar sin patrono, formando una familia que le haga producir a la fábrica.

—¿Y lo que se gane?

—Lo primero es ganarlo con el menor esfuerzo posible, Blas; después, lo que se gane debe ser para que el que lo ha ganado viva bien, y lo restante al fondo común, al fondo de todos, que es el fondo del Gobierno, para que éste luego nos ayude en lo que nos vaya haciendo falta para producir. Que nadie disfrute de lo que produzca la tierra si no trabaja, aunque guarde en sus arcas mucho oro. El trabajador se salvará cuando pueda decir: ¡nos da asco el oro; queremos producción, y la producción es nuestra, pues somos nosotros los que la hacemos!"

—Si eso pudiera ser. ¡Eso es soñar con ovejas melliceras!

—Claro que podrá ser. ¡Y será! Ahora, que de que sea pronto o tarde, depende de nosotros los pobres.

Blas se quedó pensando. Venancio lo miraba atento.

De pronto saltó Blas:

—Ya ves: este campo no produce nada. Los amos no se ocupan más que de beberse nuestro tuétano. Si la tierra la quieren es para sacarnos las entrañas a nosotros. ¡Todo quieren que salga de nosotros! ¿Y de nosotros qué va a salir? ¡Mierda! Cada día más cansados, más desmayados y más perdidos. Sin aperos ningunos para hacerles frente a las faenas. Mira esos montes. No tienen más que lagartijas. Todos podrían estar plantados de almendros y vid. ¡Ya ves tú qué riqueza! Pero los amos compran cuatro ovejas para que se coman las cuatro hierbas que crían. Y todo lo que se gana en esas ovejas para ellos. Comienzan a sacarte cuentas y gabelas y todo para ellos. ¡Y siempre quedas entrampado con ellos!

—Pues verás cómo llegará un día en que habrá un Gobierno de los pobres, y cubrirá esos montes de almendros y vid, y esos montes serán un tesoro para el bienestar campesino...

—¡Pero, carajo! ¿Me estás entreteniendo para que no busque al Falfana? ¡Me parece que has aprendido tú en Francia más de la

cuenta! Bueno, ahí te quedas—y se apartó de la vereda para ponerse a andar por el barbecho de un monte.

—Te equivocas con respecto a mí, Blas. Pero, en fin, lo que quieras. ¡Abur! ¿Por ahí a dónde vas?

—¡Yo qué sé!

—¡Entonces! No seas tonto, hombre; vas a estar toda la noche buscándolo y no lo vas a encontrar. Y aunque dieses con la casa, ¿qué? ¿Tú te crees que te iban a dejar entrar para que lo matases? ¡Ya te lo encontrarás mañana!

—Tienes razón ¡A la fuerza ahorcan! ¿Tú te vas para la almazara? Yo me voy para mi casa.

—¡Por dónde vives tú?

—Por ahí bajo—y señaló hacia la izquierda.

—Anda, me voy contigo y hablaremos un rato.

—¡Sí tienes ganas de pasar frío!

—No se siente apenas.

Cuando iban un rato hablando sonrió Blas, rascándose la cabeza:

—Qué zorro estás hecho. Anda, hombre,

si te puedes ir tranquilo; no tengas cuidado, si me voy derecho a mi casa como un cordero. Si sé fijo que no voy a dar esta noche con él, ¿para qué me voy a marear en buscarlo?

—¿Se han ido ya de tu cabeza las intenciones de matarlo?

—¡Je, je, je! Lo acoraré en donde me lo encuentre. ¡Si yo lo tengo todo perdido! En presidio está uno mejor.

—¿Pero tú qué te crees que sacas con matarlo?

—¡Quitar a un bandido de enmedio!

—Piénsalo bien, Blas.

—Las cosas que se piensan no se hacen.

—Lo que pasa es que cuando se piensan se deja sin hacer lo que no se debe hacer. Los hombres no son perros que se enrabian al meterles un palo por la barriga. Debe haber alguna diferencia entre un animal y un hombre. El hombre debe obrar siempre con juicio, haciendo lo mejor.

—¿Y lo mejor que yo debo hacer qué es? ¿Dejar abusar de mí a todo el que quiera? Es menester enseñar los dientes bien.

—¿Quieres oírme, Blas?

—Pues habla.

Andaban muy despacio, parándose a cada instante.

Venancio empezó a decir:

—Tú atiéndeme y calla. Cuando no comprendas algo de lo que yo te diga me lo preguntas.

—Eres un buen hombre tú.

—Sí que lo soy, pero nada más que con los de mi clase, con los míos, con los hombres que viven del trabajo y son explotados. Con los otros, con los canallas de la acera de enfrente, con los que viven a fuerza de explotarnos a nosotros, soy un soldado que no para ni noche ni día de luchar contra ellos para arrancarles el poderío que. tienen, Y eso es lo que yo quiero que seas tú también, en lugar de un homicida: un soldado como yo.

Venancio enmudeció unos segundos.

—Sigue, sigue a ver lo que dices. ¿No me has dicho que te oiga? Pues te oigo. Quiero ver a donde vas a parar.

—Me gusta, Blas—y le dio una palmada en la espalda—. Ahora quiero que me contestes a lo que yo te voy a preguntar.

—Si lo sé te contestaré.

—Sí, lo sabes. ¿De qué clase de hombres

hay más? ¿Pobres, que trabajan pasando hambre, sufriendo todas las desdichas; o señoritos, dichosos, que nos explotan a nosotros y mandan en todo?

—Los pobres somos más.

—¿Tú crees en Dios, Blas?

Blas se quedó rascándose la cabeza, reflexionando. Por fin murmuró:

—Yo no sé nada más que lo que dicen los curas.

—¿Y a ti que te parece lo que dicen los curas?

—¡Hombre! Que eso nadie lo ha visto.

—¿Y los curas lo han visto?

—¿Te estás riendo de mí?

—¿Por qué?

—Hombre, porque dices que si yo me creo que los curas han visto las cosas que cuentan.

—No me río de ti. Te he dicho que te voy a preguntar cosas y que tú me contestes.

—Pregunta.

—¿Tú crees que los curas han visto todo lo que cuentan?

—Si yo fuera tonto...

—Tú no eres tonto, Blas.

—¡Para algunas cosas sí que soy tonto!

—Pero para creer que los curas han visto lo que dicen, no.

—¡Ju, ju, ju! Los curas dicen lo que dicen para buscarse la vida, como cada quisque.

—¿Y tú, aparte de las cosas que dicen los curas, crees que hay algo, un Dios creador de todo?

—¡Mierda! ¿Si hubiese un Dios, padeceríamos tanto los pobres? Ya se encargaría él de cortarle las uñas a los lobos que nos comen las entrañas.

—Entonces, tú, todo esto de la vida, ¿quien te crees que lo ha hecho?

—¡El demonio!

—¿Crees tú en el demonio?

—¡Mira, no me marees más! Yo te juro que no creo más que en el dolor de mis huesos y en el abuso de los amos.

—A eso voy. ;Y a los hombres, quién los habrá puesto en la tierra?

—¡La misma tierra! ¡Los hombres son plantas de la tierra!

—La tierra es la madre, ¿no?

—Hombre, eso es lo que yo me figuro a

mis cortas luces. La verdad quizá quien la sepa mejor serán los muertos.

—Y a la tierra, ¿quién la habrá hecho?

—¡A la tierra! ¿Que quién podrá haber hecho a la tierra? A la tierra no la ha hecho nadie. La tierra está toda la vida. La tierra no ha nacido nunca.

—La tierra es de ella misma, no tiene ningún amo, ¿no?

—Hombre, según y cómo. Un amo así... que esté por las nubes paseándose, amo de la tierra como yo de esta pipa, no; pero muchos tíos ladrones que se la tienen repartida a pedazos y beben sangre de nuestras venas, sí.

—Pero esos no son amos de verdad, amos legítimos, amos a los que no haya más remedio que aguantar siempre. Esos son unos ladrones que tienen lo que no es de ellos.

—¿Que no? Arráncales tú lo que tienen. Con que es un puñado de hierba que arrancas de cualquier rodal de tierra y ya está el guarda en lo alto denunciándote y si no das pesetas te encierran en la cárcel.

—Pero son ellos mismos los que te meten en la cárcel.

—¡Pero el caso es que te meten en la cárcel! No vas a mirarle el diente al que te castiga.

—¿Pero por qué pueden meterte en la cárcel, Blas? ¿Y tú por qué te aguantas que te metan en la cárcel?

—¡Toma! ¡Me aguanto! ¿Y por qué me aguanto? ¡A la fuerza! No te aguantes, y en seguida tienes en la puerta de tu casa a los civiles. ¿Tú no ves que ellos lo tienen todo?: el dinero y los hombres.

—Ellos lo que tienen es a los hombres, y porque tienen a los hombres tienen el dinero.

—Según y cómo: más me. figuro que porque tienen el dinero tienen a los hombres. ¡Los hombres se venden como conejos!

—Pero el valor del dinero, ¿quién lo produce, Blas? El dinero no es que llueve del cielo tampoco. El trabajo de los pobres es el que pare el capital, el dinero, Blas.

—¡Hombre, todo sale del trabajo de los pobres!

—El pobre es el que le da el dinero a los señores para que con él le ate una cadena

al morro y lo lleve de aquí para allá a su antojo.

—Si te pones a pensar en éso, se te hacen los sesos agua: los señores mandan en el pobre porque tienen el dinero, y el dinero lo tienen porque se lo dan los pobres...

—No te hagas los sesos agua: todo sale de la tierra y lo sacan y lo hacen útil los pobres. De la tierra y del trabajo del pobre es todo.

—¡Hombre, para eso no te tienes que deshacer los sesos!

—Todo está en que los pobres son propiedad de los señores.

—Puede.

—Si los pobres no fuesen de los señores, y fuesen de ellos mismos, otra cosa sería. Los pobres son de los señores porque ellos dejan que sean sus amos.

—¡No los dejes y verás!

—Si tú solo, o con unos cuantos hombres más, os levantáis contra los amos, claro que os harían añicos. Como sucede con frecuencia. ¡Pero por algo se empieza! Ellos están todos unidos, y con la fuerza que les dan

todos los pobres juntos, para defenderlos, tienen un poder invencible.

—Es que todo dios está hecho una piña en contra del pobre. ¡Como los pobres no pueden dar nada! ¡Hasta los mismos pobres están en contra del pobre! ¡Por eso no se puede hacer nada!

—¿Qué pasaría si todos los pobres se uniesen, para no darle el sudor a los señores?

—Hombre, si eso pasara, los señores, al lado nuestro, serían mosquitos. Y hasta se les pudrirían los estómagos de tanta hambre. Si ellos, al final de cuentas, no son nada. ¡Pocos, y todos están tísicos!

—No son nada, Blas, es verdad. Pero son dueños de los pobres, y siendo dueños de los pobres, lo son de todo. Porque los pobres lo son todo en el mundo. Ahí tienes, Blas: el verdadero amo de la tierra, que es el pobre, que a su vez es el verdadero hombre, es esclavo de un burro cocero, que es el señor. Se mata a trabajar para llevarle comida al pesebre y adornarle el cuello y el rabo con borlones de todos los colorines.

—¡Ju, ju, ju!

—Y encima, las recompensas que les da el burro son coces y mordiscos.

—Eso es: coces y mordiscos. ¡Ju, ju, ju!

—Y por si faltaba algo todavía, cuando un hombre, ya loco de tanto abuso, le dice al burro: "no me cocees tan fuerte, que me estás hiriendo grave y quiero seguir viviendo para servirte", todos sus hermanos lo cogen, lo amarran y se lo llevan al pesebre al burro para que lo despedace.

—Lo echan en el pesebre para que se lo coma. Eso, ¡ju, ju, ju!

—Pues lo que hay que hacer es ponerle al burro la cabezada y el bozo, montarse en él todos los pobres, y después de dar un paseo por todo el mundo, vengándonos un poco, tirarlo al muladar a que lo devoren los cuervos. Y después todos los trabajadores, hechos un solo hombre, a vivir en la tierra felices, sin amos y sin hambre.

—Ese es un cuento que está muy bien. Eso lo sueñas una noche y se te pone el corazón más alegre que unas postizas. Pero al levantarte por la mañana y al darte cuenta de la verdad se te pone la cara peor que si hubieres bebido vinagre. Del cuento hay unas cosas que son verdad: que el burro son los amos, que trabajamos para darle de comer, que siempre está dándonos coces y mordiscos, y que si te estremeces, te cogen, te atan y te echan al pesebre a que te coma.

—Y tú, sabiendo eso, ¿te quieres estremecer tu sólo para que te echen al pesebre a que te dé mordiscos el burro?

—¿Yo?

—¡A ver! Quieres matar a Falfana, que es una cerda del rabo del burro.

—¡Bueno, adiós!—y le dio una palmada en el hombro—. Tienes tú lengua para liar a cualquiera, como con una faja.

—¿Es que es mentira lo que te estoy diciendo, Blas? Si matas a Falfana, ¿es que no te meten en presidio?

Blas se rascó la nuca.

Venancio siguió:

—¿Y eso no es como si te echaran al pesebre a que te den mordiscos?

—Bueno: ¿y qué? Que me echen al pesebre, pero yo lo mato.

—Si tú fueses un hombre con sentido, todo ese valor y toda esa fuerza de tu corazón la juntarías con la mía, y con la de otros mu-

chos hombres que hay en el mundo, que no quieren recibir más coces y mordiscos ni darle de comer a los amos, sino ser libres y dichosos.

—¿Quieres que te diga la verdad?

—Claro.

—Que me gusta lo que dices. Me gusta lo que dices como algunos cuentos que están bien. Pero ya somos gordos para que nos creamos que hay brujas con varas de virtudes que le hagan a los pobres a fuerza de golpecitos ser príncipes.

—Entonces para ti, ¿qué es lo que es verdad?

—¿Te vas a socarronear encima?

—Lo que yo te digo es que tú eres un hombre con coraje y vergüenza. Un hombre que no sabes que eres un hombre. Y yo quisiera que ese coraje y esa vergüenza que tú tienes, en vez de utilizarlos en cosa que te perjudique, los emplees en beneficio tuyo y de todos los de tu clase, y en contra de los ladrones amos.

—Pudiendo ser éso...—murmuró bajando la cabeza algo ruborizado.

—Vaya si puede ser. Uniéndote con nos-

otros y trabajando porque se unan los que no están.

—¿Y quienes sois vosotros?

—El partido de los pobres, de los trabajadores.

—No me hables de partidos. Todos los partidos no sirven más que para sacarte el voto y la piel. Aquí en este campo estamos todos desengañados de los partidos. ¡Ya estás viendo la República! Parecía que iba a remediar al pobre... y mira, peor que antes. Creo que estos días pasados han barrido en esa Andalucía, a cañonazos, a los hombres en medio de las calles.

—Sí, en Sevilla. Y han asesinado a cuatro camaradas con la ley de fugas.

—Eso en Sevilla. Y eso que es la República, que decían que era el partido de los pobres. Y, además, uno no puede ser de ningún partido. Uno tiene que votar con el que le manden.

—Pero, hombre, la República es el partido de todos los señoritos que no pudieron mamar antes con la Monarquía.

—¡Eso! En Garzas lo estamos viendo.

—Se ha echado al rey y se han colocado

ellos, para seguir matando y explotando a los trabajadores.

—¿Ves?

—Pero lo que hay que hacer es echarlos a ellos, a todos los burgueses, y ponernos nosotros mandando.

—¡Eso es como mamar los pájaros!

—¡No se ha echado al rey, que tenía más fuerza que éstos!

—Has echado al rey; ¿pero qué? Los amos siguen lo mismo.

—No es igual, hombre. Lo que yo te digo es otra cosa. Y yo quiero que tú nos ayudes.

—Me parece que a lo que tú has venido buscándome ha sido...

—Sigue, sigue, ¿a qué?

—No sé que me figuro...

—Te lo voy a decir claro. He visto que tú puedes ser uno de los nuestros y he venido detrás de ti para hablarte.

—¿Y quiénes sois vosotros?

—Los trabajadores que no queremos amos. ¿Quieres una cosa?

—Habla.

—Me voy a volver a la almazara, y voy a sacar tabaco y unas cosillas que tengo para

comer. Y un poco vino también. Y nos lo vamos a comer en tu casa, charlando. ¿Quieres?

—No tengo humor para nada. Y, además, yo no tengo corazón para comer sabiendo que mis hijos tienen hambre. Déjalo, gracias. Yo voy a acostarme.

—Comerán ellos también.

—Lo que quieras. Tengo también que despedazar una oveja que se me ha muerto, para ver si le saco algunas perras mañana.

Y Blas y Venancio se dirigieron hacia la almazara.

Mientras Venancio entró, Blas lo esperó en una esquina.

Después, los dos tomaron una vereda que iba a la casa de Blas.

CAPÍTULO VIII

Los embargos de Falfana y Alfonso, a pesar de ser de una fiereza sin precedentes, apenas si tomaban relieve en la costra de lepra del hambre que cubría toda la diputación de los Bruezos. La miseria había llegado a sus últimos límites.

La diputación ya no podía más. Varios años de sequía. La explotación de los amos. La usura de los avaros. La opresión del Estado. Y la agonía del régimen capitalista.

¿Podía la diputación rendir más sangre? Una piedra de un desierto hubiese rezumado algún vestigio de agua antes que un vaho de sangre la diputación de los Bruezos, al haberlas sometido a una presión.

Entre la pareja ejecutiva y los amos habían arramblado con toda la aceituna.

Los montes veíanse secos y las cañadas cubiertas de sementeras anémicas. Únicamente se destacaban algunos lunares verdes. Eran las huertas diminutas que se regaban con los

pobres nacimientos indígenas, recogidos en las balsas de juguete.

Pocos ganados. Y las reses de ellos eran armazones de huesos que paseaban unas pieles parecidas a mantas de andrajos.

El panorama de la comarca no podía tener una visión de más auténtico pauperismo.

Los hombres no tenían en donde echar un jornal. A la mayor parte de ellos se les veía por los carasoles trenzando soga entre sus dedos de barro, con apatía, bostezando o estirando los brazos. Y las mujeres, junto a las cocinas sin lumbre, amamantando a algún muñeco.

Si comían algo eran tortas de maíz y cebada.

Entre tanto las Cortes Constituyentes de la República se disponían a hacer una Constitución de almacén y enterraban en la impunidad el hambre del pueblo y los asesinatos que con éste perpetraba un Gobierno que actuaba al dictado de un general favorito de Alfonso XIII.

Haría como una semana que habían desaparecido Falfana y Alfonso. La almazara también había sido cerrada.

Mangas de niebla agarradas a los montes. Los montes parecían carboneras humeantes.

No hacía frío.

El cielo estaba de un color indefinido.

Amanecía.

El recorte de la uña pulgar de un gigante volaba por el cielo, como un pájaro de celuloide.

Quedóse Blas mirándolo y desperezándose dijo:

—¡Mala pata has tenido!

—Pero ahí la tienes. Mira si es borde, no quiere irse ni a tirones. Clavada, clavada en el cielo. ¡Ni la luz del alba la echa!—habló Victoria.

—La luna que viene será aun peor. Las lunas no paren pan.

—Anda, vete ya, que se te va a hacer tarde.

—Hasta luego. Y a ver si te puedes traer algunos celemines de panizo.

Y Blas se puso en camino por una vereda que caía a una rambla.

Después subió por una colina y se perdió en una nube de niebla.

—Llegas a tiempo, Blas—le saludó el tío Gas apenas le vio entrar por la puerta de su

casa—. Anda, arrima una silla y tómate unas cucharadas.

—Gracias—contestó Blas encortado.

—¿Te va a dar vergüenza ahora?—interrogó el tío Gas—. ¡Si sabemos lo que es el hambre!

Blas se puso rojo.

—Perdona, hombre—se excusó el tío Gas—Te lo he dicho sin segunda. Lo he dicho por... ese decir que se dice.

Blas dio unos golpes con la punta de su esparteña en el suelo.

El tío Gas, su mujer y Venancio comían migas, de pan de trigo con tajadas de jamón, en una sartén.

—Blas—dijo Venancio—, ¿por qué te avergüenzas del hambre? No la pasas por gandul. Y aunque lo fuera. En este régimen todo el mundo tiene derecho a ser gandul: todos los que no comen. Tú no tienes en tu casa pan porque no trabajas, y no trabajas porque no hay demanda de jornales en el campo.

—¡Pues me da vergüenza, vaya! ¡No puedo remediarlo, toda la sangre se me junta en el colodrillo!

—-Anda, no seas tonto y almuerza con nosotros—le invitó Venancio.

—Tú nunca has sido gandul, Blas. Lo sabe la diputación entera. Cuando el campo estaba de otra forma y necesitaba brazos tú ganabas buenos duros—recordó la mujer del tío Gas.

Blas marcó en sus labios una sonrisa entre melancólica y trágica.

—Dale una cuchara, Águeda—dijo el tío Gas.

—¡Que no como! ¡He dicho que no como, y no como!—exclamó Blas colérico.

—Eso es una tontería. Parece que eres tú el que tiene la culpa de no trabajar y que te castigas—habló Venancio.

—¡Sí que la tengo! Yo sólo... no, pero la tenemos todos los hombres de este campo, con no levantarnos a una y coger nuestro pan en donde esté.

—Está bien, Blas. Ahora, que esa culpa, hasta cierto punto. Desde luego es necesario que hagáis lo que yo te tengo dicho. Pero cuando lo hagáis, hacerlo bien.

—Como la gente de aquí responda... Aquí están los hombres más embrutecidos que las

bestias. Pero yo te juro que no los voy a dejar en paz.

—Bien, hombre. ¿No te decía yo que tú serías de los nuestros? ¡Anda, acércate y come!

—¡Que no como! ¡Si me lo decís otra vez me enrabio! Me peleo con el que me diga que coma!

Se puso en pie y cerró los puños colérico.

—Eres peor que los chiquillos, Blas. Te enrabias y lo pagas con no comer—murmuró Águeda.

—No como, tía Águeda. Y no voy a permitir catar ni un bocado, fuera de mi casa, mientras no levante a la diputación entera, para ver si hacemos que caiga aquí una miaja de justicia.

—Bien, Blas. Bien—dijo Venancio—. Pero tómate un trago de vino y echa una pipada.

Blas sonrió, y tomando el jarro del vino dijo:

—Beber sí que bebo. Esto es cosa que toman todos los hombres cuando los convidan. Y tabaco también. Trae la petaca.

Cuando terminaron de almorzar Venancio empezó a prepararse para la marcha.

Aquélla tarde tenía que tomar el tren para retornar a Francia.

Blas quiso acompañarle un pedazo de camino.

Después de andar un kilómetro dijo Venancio:

—Vuélvete ya.

—Me da lástima dejarte.

—Hombre, yo también lo siento, pero no hay otro remedio. ¿No se te olvidarán todas las cosas que te he enseñado?

—Hun: ¡se me van a olvidar!

—Bueno, abur.

A Blas le temblaban las mandíbulas pero no articulaba ni una palabra.

Se estrecharon fuertemente las manos y Venancio continuó su camino.

Blas anduvo como unos veinte metros y se paró volviéndose.

No vio a Venancio. Había desaparecido por una hondonada.

Estuvo aguardando unos minutos. Conocía bien las sinuosidades del camino y sabía que Venancio volvería a reaparecer por la cumbre de un monte azulenco, junto a un pino gigante.

El sol ya había salido y ascendía por el cielo raso como un escarabajo de oro por una tapia de mármol azul.

La mañana estaba serena y hasta templada para la estación que era.

Un águila graznaba, y el batir de sus alas llegaba potente como si con una vara dieran grandes golpes en una lona.

Oyó Blas llorar.

Miró hacia donde venía el llanto. No vio a nadie.

Al poco apareció un rapaz de unos doce años. Llevaba toda la ropa con refregones de tierra. Andaba entumecido, mostrando que llevaba el cuerpo dolorido. Gemecaba y los lagrimones le pintaban canaleras en su cara empolvada y sucia.

—¿Qué te pasa, muchacho?

El rapaz, en vez de contestar, estalló en un acceso de llanto.

—¿Eres tonto?

—No, no, no—articuló entre hipo e hipo de llanto.

Blas después de observar las trazas del chico le interrogó:

—; Te has caído ?

—La Marquesa, la burra de mi amo.

—¿Quién es tu amo?

—El tío Yesca.

—¿El tío Yesca? ¿Quién es el tío Yesca?

—Vive ahí más abajo. En las cuevas de la Greda.

—¿Y tú eres de por aquí, muchacho? ¿Quien es tu padre?

—Yo soy de las Canteras. Mi padre es Silvestre el Manco.

—¿Eres tú hijo de Silvestre el Manco?

—Sí.

—Lejos te tiene sirviendo.

—¡Si fuera lo lejos nada más! Pero estoy sólo por la comida. Y para eso no como tampoco, porque el tío Yesca no tiene que echarse a la boca.

—¿ Y entonces por qué no estás en tu casa ?

—A mi padre y a mi madre les da lástima vernos pasar hambre; y a los dos mayores nos tienen esturreados para no oírnos pedirles pan.

Blas se quedó mirando al horizonte. Vio reaparecer por una ladera a Venancio, pero algo distante. El sol daba en la ladera violeta, y la figura del obrero se distinguía subir,

grisácea, enfundada en el gabán, como un lingote de plomo arrastrado por un hilo invisible.

El sol también daba en la cara de Blas, y su luz, en las pupilas del campesino, por la magia de una emoción, hacia irisaciones, como en dos broches de cobre pulido. Unos cuantos rayos solares se hicieron agua en los ojos de Blas y dos lagrimones corrieron por sus toscas mejillas.

Con los nudillos se restregó los párpados:

—Quema el sol y con el polvo que lleva uno en la cara, pican los ojos.

Los ojos del rapaz y los del hombre quedaron iguales: húmedos y tristes. Parecían las pechugas mojadas de cuatro pajarillos que los hubiesen acabado de sacar ahogados de un río.

—¿Está usted llorando? — preguntó el chico.

—¿ Yo?

—Como tiene usted las pestañas...

—Las tengo mojadas, ¿y qué? Pero es de haberme restregado los ojos. Me pican como si me hubiera caído pimienta en ellos. Los ojos son lo más delicado que tienen las perso-

nas y con nada que te hagas en ellos ya te están lagrimeando. Me ha picado el sol, me he restregado, y ya está.

—Pues yo miro al sol y no me pican. ¿Ve usted?—y el rapaz dejó que el sol le diera de lleno en sus pupilas.

—¡Toma!: porque tú has estado llorando y ya no tienes polvo en ellos. ¡ Claro, ya no te pican! Ni a mí tampoco ya. ¿Ves?—y se quedó mirando al sol.—. Me los he lavado restregándome.

Blas volvió a buscar con su mirada a Venancio. No lo vio. Había desaparecido por la quiebra de unos montes. Para no volver a reaparecer.

—¿Quiere usted venir y ayudarme a levantar la burra? Yo solo no puedo.

—¿Dónde la tienes?

—Ahí bajo en el barranco.

—¿ Y me necesitas a mí para que se levante? Dale dos buenos palos en las costillas.

—Aunque la mate usted a palos no se levanta. No quiere el pendón estremecerse del suelo. Yo iba montado cuando se ha caído y tengo el cuerpo más condolido...

—Echa a andar.

Bajaron los dos al barranco. En él estaba la burra. Una burra rucia, esquelética, que parecía de cartón. Era una bestia tan descarnada y tan exangüe que las moscas hacían menos caso de ella que de una piedra. Ni siquiera el roce de las sogas le producían mataduras. Por los agujeros de su piel asomaba el hueso mondo.

Estaba acostada, con el belfo apoyado en el suelo. Las orejas horizontales a ambos lados le daban a la cabeza azulada la visión de un crucifijo que estuviera hincado en la tierra. Tenía cierta expresión humana.

De tan escondidos, no se le veían los párpados, y las órbitas de sus ojos resaltaban en la cabeza como dos remiendos de paño verde en un jersey gris.

Blas se quedó contemplándola.

—¡ Cómo están las bestias en este campo! Un día va a amanecer todo, personas, animales y árboles, lo mismo que la leña. Se le va a poder arrimar un mixto y va a arder en menos tiempo que se dice.

—; Cómo quiere usted que esté este animal ? No come más que una zarandada de paja al día. Y lo que muerde por esos ribazos.

—¡ Por los ribazos ya va a comer bastante ! Ni hay nada que morder, ni ella tiene fuerza para arrancarle nada a la tierra. ¡ También tiene tu amo gana de animales! Hoy no están los tiempos para echarse bocas encima. Ya estás viendo lo que hace tu padre: os echa a vosotros de la casa para quitarse bocas.

—Sí, pero mi amo necesita un animal para su trajín.

—¿Qué trajín tiene tu amo?

—Lleva cargas de bojas a los hornos de Garzas.

Blas se rascó la nuca.

De pronto saltó el rapaz, después de una pausa:

—¡ Y ha estado en nada que nos quedemos sin burra!

—No te asustes, si esta, aunque se caiga por un tajo, no se mata. Esta cae al suelo desde lo alto lo mismo que la ropa.

—No, no es por eso. Es que los tíos contribucioneros que han estado por aquí estos días pasados en poco si se la quitan. Por el canto de un papel de fumar no se la han llevado: por la mujer de mi amo, la tía Francisca la Tuerta, que está sirviendo en Garzas en

una casa de esas mujeres malas; de unas que se llaman las Gorrionas. Son amigas de ese tío viejo tuerto que iba en la yegua embargando estos días pasados. Cuando se enteró que mi amo era el marido de la tía Francisca la Tuerta le dejó la burra y le dio dos pesetas.

Blas ya no tuvo humor de hablar más. El pensamiento comenzó a bullirle. Se rascó el pecho y se puso a ayudarle al chico a levantar la burra.

Se dirigió hacia su casa.

Al poco se cruzó en el camino con un anciano que parecía un mendigo. Un hombre de más de setenta años. En la cabeza un gorro de piel de perro. Una guerrera azul de soldado y unos pantalones grises llenos de remiendos negros eran sus ropas. Esparteñas hechas cisco. Un jirón de pañuelo de gancho de lana le envolvía el cuello. En un pómulo resaltaba un cáncer descostrado del tamaño de cinco céntimos, escarlata y bruñido.

Llevaba las manos en los bolsillos del pantalón. De los labios le colgaba una pipa con el cañón hecho de un pedazo de carrizo.

—¿Me das lumbre?—le dijo a Blas parándolo.

Blas sacó de un bolsillo el eslabón y el pedernal, encendió un trozo de yesca y se lo ofreció. Cuando hubo encendido preguntó el anciano:

—¿Has visto una burra rucia con un muchacho?

—¿Es usted el tío Yesca?

—Para servirte. ¿De qué me conoces?

—No, es que me lo he figurado. Es que me he dejado ahí más atrás a un muchacho con una burra rucia que me ha dicho que su amo era el tío Yesca. Y por eso, cuando usted me ha preguntado...

—¿Dónde dices que te lo has dejado?

—Ahí más allá.

—¿Hace mucho?

—Ahora mismo. Si se da usted prisa los alcanza.

—¡Condenado! Todavía no había salido el sol cuando él salió de la casa, ¡Ya debía tener arrancadas más de media carga de bojas! Lo he mandado a las Canteras, que me dejan hacer leña allí.

—Es que la burra anda poco, hombre.

—¡Están los animales desmayados! ¿Tú eres de por aquí?

—Sí, de la parte alta de la diputación. De las Carrillas. Me llamo Blas el Pintado.

—Te he sentido nombrar. Al tío Gas el almazarero. Una noche le oí que hablaba de ti. Una noche antes de cerrar la almazara. Estuvo contando que si no es por su sobrino, ese que ha venido de Francia, tu hubieras matado al Falfana. ¿Es verdad?

—Es verdad. Si no hubiera sido por Venancio, Falfana, a estas horas, sería una colmena de gusanos.

—¡Es un ladrón! Peores entrañas que ese no lo ha parido ninguna madre. Cualquier día se va a encontrar una faca clavada en mitad del hígado. A mí quiso también quitarme la burra. Por unos recibos que me sacó yo no sé de cuando.

Blas no quiso hacer comentario, y se limitó a decir:

—En los días que han estado por aquí han acabado de arreglar la diputación.

—Este campo es como un burro muerto en mitad de un barranco. Y vienen los perros a morderle y a llenarse la panza. Entre los tíos

del Gobierno, los amos y todo Cristo ya lo han arreglado.

—Poca carne le queda ya. Como no quieran mascarle también los huesos...

—¡Le chuparán también el tuétano de los huesos, no te apures! ¿Y qué vas a hacer? Aguantar mientras alientes. ¡El sino del pobre es ése!

—Eso es lo que nos pierde a nosotros: no saber nada más que decir que no hay otro camino nada más que aguantarse. ¿Por qué nos vamos a aguantar? Si no nos aguantáramos y mordiésemos, otra cosa sería. Los pobres no somos como los animales, que desde la fundación del mundo siempre han tenido el mismo sino. Desde que hay tierra en el mundo las gallinas siempre han sido para comérselas, los bueyes para tirar del ubio..., en fin, todos los animales siempre han sido esclavos de su sino. No tienen talento y siempre están en el mismo sitio: ¡a lo que los hombres quieren hacer con ellos! Pero los pobres son hombres y tienen talento. Y el talento es como el olfato en los perros pachones: le descubre al hombre el camino que le conviene.

—Pareces un maestro de escuela.

—Nada es mío. Todo me lo ha metido en la cabeza ese que acaba de irse hace un rato. El sobrino del tío Gas.

—¡ Creo que es más republicano que la hostia!

—¿Republicano? ¡Ese que ha de ser republicano ! ¡ Ese es proletario! ¡ Lo que soy yo, lo que es usted! ¡ Lo que somos todos los pobres !

—Bueno. Yo no se lo que es eso, pero por lo que se ve en ti, es mejor que republicano. Pero yo lo que te digo, es que tires para abajo o que tires para arriba, el oficio del pobre es joderse. Y que el pobre no tiene talento, sino sudor, que le chorrea por todos los poros de su cuerpo. De un pobre y un buey hay poca diferencia: que tiene habla nada más. Lo mismo que el buey, siempre ha estado tirando del ubio, el pobre también viene arrastrando su cordel. El pobre no es hombre, es un animal como otro cualquiera.

—Un pobre tiene tanto talento como el primer señorito. Lo que le pasa es lo mismo que a la tierra que no se labra: la tierra que no se labra siempre está como embrutecida. Lo

mismo le pasa a la cabeza del pobre, no le enseñan. ..

—No te metas a hablar cosas que no sabes.

—Antes no las sabía. Pero hace algunos días me han abierto los ojos. ¿Usted se cree que el pobre siempre ha estado lo mismo que ahora ?

—Sobre poco más o menos lo mismo.

—¡ Cá! ¿ Usted sabe que antiguamente a los pobres los enganchaban a los arados y les hacían labrar la tierra? ¿Usted sabe que los vendían en los mercados, como se venden las reses ? ¿ Usted sabe que el amo podía acostarse con las hijas de los pobres, con sus mujeres y con sus madres, cuando le gustaba alguna? ¿Usted sabe que un amo podía matar a un pobre y no había ni un juez que le dijera por ahí te pudras? Eso no lo sabía yo antes pero hoy sí lo sé. Y sé también que todas esas cosas ya no las pueden hacer los amos porque poco a poco los pobres les han ido quemando las uñas. Y se que se las han ido quemando los pobres, juntándose en manadas como los lobos y mordiéndoles en la garganta. ¡ Hoy pasamos hambre los pobres, pero somos libres! Hoy echa uno por donde quiere.

Y en el cuerpo de uno no manda más que uno. Y la mujer de uno, como ella no quiera porque salga puta, no es de nadie nada más que de uno. Hoy no le falta al pobre nada más que vencer al hambre.

—¿Te parece poco?

—¡El todo es, sí! ¡Pero la vencerá! ¡Juntándonos todos y tomando para nosotros el mundo entero, que es nuestro!

—Hombre: si todos los pobres en manada dijésemos a una: ¡ale! De eso no hay que hablar. Por cada señorito hay un millón de pobres. Y, además, todo lo fabrica el pobre: desde el puñetero pescado que se saca de la mar hasta las máquinas de los trenes y las de todas las fábricas. ¿Y la tierra, quién la labra? Si se come y se va vestido, ¿por quién es? ¿Y las casas quién las hace? ¡Hasta la misma tropa está fabricada por los pobres!

—¡Por eso! ¡Lo que falta es unión!

—¿Y quién une a tanto pobre? ¡Cada uno hijo de su madre! Y todos tan desmayados... que no están más que olfateando donde está el pedazo de pan para echar a correr y cogerlo. Es muy difícil unir a toda la pobretería.

—No lo crea usted. ¿Que quién nos junta?

La misma hambre. El hambre y la certeza de que el mundo puede ser nuestro. Poco he de poder yo si no levanto esta diputación en contra del Gobierno y de los amos.

—¡Choca, valiente!—y le alargó la mano—. Viejo soy. Más de tres duros y medio de años tengo. En mi casa no hay ningún día pan. A la mujer la tengo sirviendo en una casa de prostitutas. ¡Más piojo no puedo ser! Pues como te decía, en mi casa no hay nunca pan, pero esta no se despega nunca de mis riñones—levantó la guerrera y volviéndose de espaldas mostró el mango de una faca enorme que llevaba metida en la cintura—. Está pegada siempre a mi cuerpo, como la saliva a mi boca. Cuando vayáis a hacer algo avisa. Adiós, hombre, que voy a ver que están haciendo ese par de condenados.

Se estrecharon las manos y cada uno siguió su vereda.

El viejo iba tosiendo y gargajeando. Encorvado y entumecido. Blasfemando entre dientes:

—¡Perros amos, perros!

—¿Dónde te has dejado la burra?—fué lo primero que le dijo Francisca la Tuerta a su cónyuge.

—Hoy vas a tener que ir a pata. Se ha roto el coche.

—¿La has vendido, Damián?

—Ya habrán hecho con sus huesos alguna escalera.

—¿Es que se ha muerto, Damián?—preguntó sobresaltada.

Cuando el viejo declaró que la burra ya no existía, la Tuerta arrancó a sollozar desolada.

Cayó sobre una silla, porque la emoción no le permitía mantenerse en pie.

Entre hipo y hipo de llanto exclamaba:

—¡Qué perdición! ¡Qué perdición tenemos encima, Damián!

Damián, mientras tanto, blasfemaba.

Cuando se había pasado una hora del notición de la muerte de la burra, Francisca, algo repuesta de su dolor, emprendió el camino hacia su cueva, acompañada de Yesca.

De vez en cuando se lamentaba muy triste:

—¡Lástima de mi burra! ¡Lástima de mi "Marquesa"! ¡Tan a gusto como yo iría ahora montada encima!

—No siento yo que tú tengas que ir montada en las alpargatas, lo que siento es que ya se me ha acabado el trajín de los hornos.

—¡Válgame, Damián, qué ruina! ¿Y ahora con qué vas a llevar las cargas a los hornos?

—Si te parece bien, las llevaré en tus costillas. ¡Cuidado que eres tonta, Francisca! Eres más mentecata... ¿Con qué las voy a llevar? Tendré que dejar quietas las bojas en el monte.

—¡Todo viene a un tiempo, Damián! Ahora los dos en la cueva sin un maldito céntimo. ¿Qué va a ser de nosotros?

—No te apures, mujer.

—¿Qué tienes pensado?

—Pues... mira: tengo pensado que nos echemos los dos a pastar al monte. ¡La grama está buena, Francisca! ¡Ju, ju, ju! Llevo la sangre...

—¡Ay, ay, ay! ¡Si esto es para ponerse tísica!

Enmudecían un rato y después reanudaban diálogos por el estilo.

A veces iban a la par y otras uno delante del otro.

Francisca era digna mujer del Yesca. Tendría la misma edad. Casi la misma estatura. Andaba de la misma forma. Un poco mejor vestida iba.

Si en el rostro de él había engarzado el magnífico rubí de su cáncer, en el de ella el ojo atrofiado, blanco, sin pupila, enorme y ahuevado, era una colosal perla que no la guardará mejor ningún tesoro de Oriente.

Encontrábanse por el camino algunas comparsas de máscaras.

Se había puesto completamente raso el cielo.

El frío era cruel.

El sol, muy débil, renqueaba, por el cielo, como otro anciano, hermano de Francisca y Damián, sin vitalidad apenas.

Cerca de las cuatro de la tarde llegaron al ventorrillo de Luisa.

Entraron a tomarse una copa.

En el ventorrillo había una gran juerga.

Dos máscaras femeninas, vestidas de hombre, le daban broma a Luisa.

La ventorrillera estaba estupenda. Era la clásica matrona con que simbolizan la República. Habíase puesto un gorro de papel de seda con los colores republicanos, y, liada en un mantón de Manila azul celeste, que parecía un manto, se comía una empanada, arrellanada en una mecedora.

Las máscaras le descubrían secretos y ella, intrigada, dando carcajadas, trataba de conocerlas por la expresión de los ojos, por las orejas y por el mentón.

Junto a la gran hoguera que ardía en la chimenea, el tuerto Falfana y Alfonso se juergueaban con siete u ocho máscaras, todas cubiertas con "dominó".

Las máscaras no tenían antifaz.

Una de estas del "dominó" era José.

Falfana y Alfonso también estaban tocados con gorros republicanos.

Delante de la lumbre todos formaban corro.

En el centro tenían una mesa con dulces y comida.

Falfana tocaba la guitarra y uno de los

del "dominó", cantaba. El que cantaba era José.

De vez en cuando la fuente de los dulces corría de mano en mano, y también el vaso de vino y el de aguardiente.

Era toda gente del bronce, y necesitaba que llegase la madrugada para estar medio vencidos.

Todo el que entraba al ventorrillo disfrutaba gratis del fandango.

—¡Está pagado!—decía jactancioso Falfana.

—Ya lo oyes. El señor Vicente tiene gusto que se disfrute hoy a su salud—reforzaba Luisa.

—¡Y a la tuya!—exclamaba el Tuerto, marcándose una falseta—. Anda, Josepe, vamos con otra.

Y José, después de toser, salía gorjeando con coplas intencionadas a Luisa.

De esa forma transcurría la juerga.

Alfonso estaba radiante de dicha. Risueño, sacaba la nuez y se retorcía el bigote.

—¿Quién nos echa una copa?—entró diciendo Yesca en el ventorrillo.

Se levantó Luisa de la butaca, y yéndose hacia los toneles, preguntó:

—¿De qué la quieren ustedes?

—Vino—pidió él.

—A mí, de anís—pidió ella.

—¿Ya de vuelta?—interrogó Luisa mirando al viejo.

—A la casa, hija.

—Mucha jornada es hacerla en el mismo día para sus piernas de usted.

—Cómpranos tú un auto.

—¡Si pudiera!

—¡ Hola, tía Francisca! No se habla usted con nadie—saltó Falfana al terminar de acompañar una copla.

—¿Está usted ahí, señor Vicente?

—Que se sienten, Luisa, y llénales el bazo de lo que quieran a los viejos—dijo Vicente, sin hacerle caso a Francisca.

Volvió a pespuntear en las cuerdas de la guitarra.

Les obsequió Luisa con una gran rebanada de pan y un trozo de longaniza:

—Con esto querrán ustedes vino, ¿no?

—Sí, hija, vino. A ver si tomamos algunas fuerzas para el camino.

—¿Vamos a chispar a los caleles?—preguntó Falfana a José en voz baja, guiñándole un ojo.

—Lo que usted quiera, maestro.

José le hizo una seña a Luisa para que se acercase:

—Mételes pólvora en las entrañas a los cáleles para que se emborrachen hasta los huesos.

Luisa soltó una carcajada.

—Anda, que les vamos a hacer bailar un fandango.

Los viejos comieron y bebieron hasta hartarse. Pusiéronse locuaces y les brillaban los ojos.

—¿ Una copla, tío Yesca ?—le preguntó uno de "dominó".

—Claro que canto. Mi galillo no es de trapo, como el de los espantajos. Venga—y con un gesto le indicó a Falfana que lo acompañase.

Después que Yesca hubo cantado, Luisa indicó:

—Ahora la tía Francisca.

Después les pidieron bailar.

Quedaron los viejos rendidos en las sillas.

De pronto interrogó Falfana:

—Tía Francisca, ¿no le ha dado a usted las gracias el Yesca?

—¿Por qué, señor Vicente?

José se puso a rebuznar.

Alfonso se moría de risa.

—Más lo hubiera usted sentido que yo, señor Vicente, si me hubiese usted quitado la burra—dijo picado el Yesca.

—¡No presumas, viejo!—exclamó Falfana también picado.

—Sin presumir. Y, además, eso de viejo... el mar y la tierra se llevan pocos años.

—¡Calla, babas! ¿Te vas a comparar conmigo, viejo? ¡Si te hecho un gargajo encima te entierro, puril!

—Si yo tuviera tan seguro una orza de onzas de oro como que usted ha de morir vestido... Que yo sepa ya ha estado una vez camino de la pila de la autopsia.

—¿Ibas a ser tú, valiente?

—Si me hubiera usted quitado la burra, no sé lo que hubiera hecho. Pero para que lo sepa. Blas el Pintado lo estuvo buscando una noche entera para acorarle a usted.

—¡Que me hubiera acorado!

—Pues, mire usted, por un hombre que sabe más que yo, más que usted y más que todos los presentes, no lo acoró. Pero no se apure usted, que todavía hay tiempo para todo. Puede que muera usted en racimo con otros, como las uvas, o como los dátiles. Blas el Pintado, con otros cuantos, está armando una por esa sierra que un día se van a dejar venir para el pueblo los hombres en crecida, como el agua, y van a arramblar con todos los ladrones.

Francisca estaba dormitando en su silla.

A las palabras de Yesca, Falfana respondió con una risotada sarcástica.

Alfonso se puso verde.

—Bueno, usted ríase, pero si es usted hombre dése usted ahora una vuelta por allí, por nuestro campo, y embargue usted a los pobres. ¿A que no va usted? Ahora lo apedrearían hasta los muchachos. Para que lo sepa usted. Blas el Pintado es el amo de los hombres de la diputación. ¡Va armar una!...

Falfana se puso en pie y le arrojó un salibajo a Yesca.

El viejo sacó el cuchillo y fué a arremeter contra Falfana.

Quiso abalanzarse Falfana sobre Yesca pero los otros se lo impidieron.

Hubo un escándalo formidable en el que los dos viejos, Francisca y el Yesca, blasfemaban e insultaban a todos los presentes. La historia del ventorrillo quedó bien publicada por las lenguas de ellos.

Los echaron a puntapiés y a empellones y cerraron la puerta.

Estuvieron un rato aporreceando la puerta con piedras y dando gritos.. Ya cansados volvieron a ponerse en camino.

CAPÍTULO XI

Ya era de noche cuando el Yesca y la Tuerta, después de la bronca del ventorrillo, emprendieron el camino hacia su cueva.

Lucían las estrellas en el cielo.

Un frío enorme.

Los dos viejos caminaban el uno delante del otro silenciosos y reflexivos.

Ella iba detrás.

La noche era clara.

Las estrellas alumbraban dando la visión de ser fetos lunares.

Todo estaba en silencio y no se oía nada más que los pies de los viejos, arrastrarse por el suelo.

De pronto dijo Francisca con voz opaca de borracha:

—Damián, Damián de mi vida.

El no la oyó o no quiso contestarle.

—Damián, Damián.

El se paró sin volverse y esperó a que ella llegara a su lado.

—Damián.

-¿Qué?

—Nada.

Y siguieron andando a la par.

No se encontraban a nadie.

La tierra crujía helada bajo los pies de los viejos.

Allá en el Norte campeaba un grupo de estrellas, en el cielo umbroso, con luz clarísima, que parecía una bandada de canarios que fuese a posarse en la fronda de un bosque de zarzas.

Remoto, chirreaba un carro.

Iban todavía por la gran llanura los viejos.

Las sierras cortaban el horizonte semioscuro con una línea de sombras impenetrables. Se columbraban, algunas hogueras de pastores.

En el andar de los viejos no se notaba si iban borrachos. Ellos siempre tenían andar de borracho.

—Damián—volvió a decir la Tuerta.

El contestó con un ronquido.

Iban los dos, hombro con hombro, como uncidos.

—Cógelo, cógelo.

—Hum—rugió él con desdén.

—Anda, cógelo, Damián.

—¡Bah!

Pasaron unos minutos en silencio.

—Anda, cógelo.

—¡No!—exclamó él desdeñoso.

—¿Es que no lo ves, Damián?

Damián balanceándose se paró entornando los ojos:

—¡Bah!—y siguió andando.

—Anda, cógelo que quizá sea un tesoro.

—¡Déjame, puñeta!

—Anda, que quizá sea un tesoro. Me da el corazón que es un tesoro.

—¡ Me cago en los tesoros!

Enmudecieron.

Seguían andando, como uncidos.

—Cógelo, Damián.

—Cógelo tú.

—A mí me da mucho miedo.

—¿ Es que es la cabeza de un perro rabioso ?

—¿No ves que es un ovillo de lana pajiza?

—¿Un ovillo? ¡Ah, sí, es un ovillo! No lo cojas que las mordeduras de los ovillos se encangrenan.

—Si yo no le tengo miedo al ovillo. A lo que yo le tengo miedo es a esa mano. ¡Ay,

Damián!—y dio un grito espeluznante—; Ay. Damián, que me va a agarrar!

—¡ A ver si te meas!

Ella iba viendo en su alucinación de borracha un ovillo de lana amarilla que rodaba por el suelo tirado de una hebra que iba atada a una mano. Esta mano caminaba palmo a palmo, como midiendo a la tierra.

El veía todos los fantasmas también que la embriaguez de ella le iba descubriendo.

—¡ Dale un tiro a la mano!

—Que se lo de su padre.

—Mata la mano y coge el ovillo.

—¡ Déjame de ovillos!—y dio con el pie en el suelo, como apartándolo.

—¡Que puede tener onzas dentro! Estos ovillos que se aparecen por la noche en los caminos son tesoros encantados que tienen onzas dentro.

—¡ O mierda!

Así iban caminando. Unas veces pegados por los hombros, como uncidos, y otras se apartaban para venir después a chocar.

El camino era largo y el andar de los viejos muy lento, muy lento. De paso muy corto. Pero la virtud de acción que tiene el tiempo,

ha hecho que el hombre, observando a la Naturaleza, se le ocurra este tópico: una gota de agua en su constante caer taladra la mole más grande de granito.

Como ese tópico avanzaban la Tuerta y el Yesca por el camino, consumiendo horas, hacia el agujero de su cubil: como dos gotas de cieno cayendo sobre una mole de granito.

En el cielo lucían las estrellas, iguales a cañutos de rastrojos de un gran campo recién mordido por un rebaño.

Ya estaban las sierras a un tiro de bala de los viejos.

Más cercana se alargaba una sombra como la figura de un hombre que estuviese acostado en la falda de la cordillera.

Era la cañota de la rambla Naga.

Necesitaban los viejos cruzar la rambla. Parados en la orilla contemplaban el agua.

La pasarela de piedras se destacaba como una ringla de cabezas humanas que estuviesen metidas en el agua hasta las cejas.

El agua relucía a la claridad de las estrellas semejante a una lámina pavonada.

Ante el peligro de cruzar la rambla los vie-

jos iban recobrando la lucidez y desapareciéndoles los vapores alcohólicos.

Estuvieron meditando unos minutos, fijos en las piedras.

Francisca murmuró:

—A mí me da mucho miedo pasar, Damián. ¡Tan a gusto como yo hubiera pasado montada en mi burra!

—Anda, agárrate a mis hombros.

—¿Y si nos caemos los dos, Damián?

—Nos damos un baño.

—No, Damián, que me da mucho miedo.

—¡Anda! Si no te agarras paso yo solo.

Francisca se colocó a la espalda de Damián y se asió a sus hombros.

Uno detrás del otro, como un vagón enganchado a una máquina, comenzaron a andar por las piedras.

Iban en silencio, con mucho cuidado, y haciendo equilibrios.

A Francisca los latidos de su corazón la ahogaban.

De pronto Francisca dio un grito, se tambaleó y cayó al agua.

Yesca quedó sobre una piedra, blasfemando, colérico y tambaleándose como un funámbulo sobre la cuerda.

Francisca tirada en el agua lanzaba gritos y gritos.

Aunque el manto de agua que discurría por la rambla era ancho, apenas sí tendría un palmo de profundidad. No acababa de cubrirle el cuerpo.

Yesca no tuvo más remedio que meterse en el agua, y agarrándole las manos la levantó.

Vadearon la rambla.

—Tengo mucho frío, Damián—se quejó Francisca cuando pasaron a la otra orilla.

Yesca pronunció algo ininteligible parecido a un mugido.

En silencio, semejantes a dos aves amilanadas, siguieron andando.

Francisca iba calada de agua desde la cabeza hasta las alpargatas. Con las ropas pegadas al cuerpo.

Las estrellas parpadeaban con luz muy clara denunciando el frío intenso.

La noche era serena y de hielo.

Tomaron la vereda que se internaba en la sierra.

Estornudó Francisca.

—¡ A ver si echas los sesos!

La vieja muda.

Al poco dio unos golpes de tos.

—Vaya un resfriado que has cogido.

—¿Vamos a sentarnos un poco, Damián?

Damián gruñó y siguió andando.

Ella no cesaba de toser.

Olía el campo a pinos y a flor de, almendro.

—Yo me siento aquí—y Francisca se dejó caer en el suelo.

—Levántate, muchacha—y el Yesca la agarró de un brazo.

—No puedo, Damián de mi vida. Sigue tú si quieres y déjame aquí. No puedo dar un paso.

—¿Estás tiritando?

—Me están bailando todos los huesos del cuerpo.

—¿Es que te has puesto mala, muchacha?

—Tengo un dolor aquí que me está despedazando—y se oprimió un costado con las manos.

—Eso es pulmonía.

Ella no contestó. Habíase tendido y su cuerpo daba grandes convulsiones.

Se arrodilló el viejo a su lado y cogiéndole un brazo se lamentó:

—¿Y qué te echo ahora encima para abrigarte?

Ella seguía tumbada dando diente con diente. No apartaba las manos de su costado.

A la vera de ella él de rodillas la contemplaba silencioso e inmóvil.

Poco a poco fueron desapareciéndole los temblores y se quedó serena en un ronquido prolongado.

—¿Se te ha pasado ya, Francisca?

—No, me ahogo. Y este perro dolor no me deja vivir—balbuceó con voz ahogada.

—¿Por qué no pruebas a levantarte, a ver si llegamos pronto a la cueva?

—Bueno, anda, ayúdame.

Trató de incorporarla pero la enferma pesaba como el plomo y no se despegaba de la tierra.

—Haz tú también por levantarte.

—No puedo, Damián.

El poco a poco iba saturándose de ternura:

—Francisca, Francisca—la llamó él, acariciándole el rostro.

En los labios de ella se marcó una sonrisa y sus ojos entornados quedáronse atentos al Yesca.

La mano del viejo permaneció posada sobre una mejilla de Francisca.

Trascurridos unos segundos dijo Damián:

—Echas lumbre, mujer.

Ella no contestó.

—¡ Si pasara por aquí alguien!—exclamó el viejo.

Se puso en acecho para ver si oía algún ruido que le denunciase la existencia de algún caminante.

—¡A estas horas y en este tiempo!—se lamentó el viejo.

Seguía inmóvil con el oído alerta. Anduvo unos pasos. Le pareció oir el chirrido de un carro.

—¡ Socorrooo, socorrooo!—rugió su voz cavernosa en el silencio de la noche.

Aguardó a que alguien le contestara.

La noche seguía muda.

—¡ Ja, ja, ja!

Y Damián al oir la carcajada de Francisca volvió a caer de rodillas.

—¿De qué te ríes, muchacha?

—¡ Que se va! ¡ Que se va!

—¿ Quién se va, Francisca ?

—Anda, Encarnación, hija, cuelga el carro y las mulas en ese clavo.

Siguió delirando unos minutos y enmudeció.

Entonces el viejo la llamó:

—Francisca, Francisca.

La voz de Francisca habíase disuelto en el silencio de la noche.

—Francisca, Francisca. Muchacha, oye, óyeme—y la zarandeó por un brazo.

Yesca, ante la impasibilidad de Francisca, anudó el gesto de su faz con una mueca trágica.

Quedóse atento mirándole la cara a Francisca. Tenía las mandíbulas encalladas y los párpados con las órbitas fuera.

Transcurridos unos segundos de estar contemplándola, en la cara de Yesca se marcó la expresión de una convicción rotunda.

Se levantó.

—¿Qué casa habrá más cercana para avisar ?—pensó.

Después de calcular, taciturno se puso en marcha.

Apenas había andado unos veinte pasos se volvió. Quitóse el andrajo que le servía de

bufanda y se lo echó a ella por la cara tapándosela.

Y Yesca comenzó a subir por aquel monte cubierto de matas silvestres, semejante a un piojo por la cabeza greñuda de un mendigo.

Se pasaba el tiempo y el Yesca, sin detenerse ni un segundo, andando, andando sin parar, no salía de aquel monte, y los otros que enseñaban sus moles delante parecían tortugas que avanzaban también al mismo ritmo que el viejo sin que éste las alcanzara nunca.

CAPITULO XII

—Blas, antes de presentarte ve a que te reconozca algún médico.

—¡Dónde tengo yo los cuartos para que me reconozca un médico! ¡Si yo tuviera dinero no sería para dárselo a ningún médico!—le contestó Blas a su mujer.

—Entonces lleva testigos.

—No seas tonta. No sabes lo que dices. Si pensaran hacerme algo, ¿te crees tú que iban a dejar que entraran testigos conmigo?

—Me da el corazón que te van a moler a palos, muchacho. Que te van a enfermar de una paliza. ¡No sería al primero! Esos tíos matan a los hombres. Dicen que ese sargento es una pantera. Ayer tarde lo estuvieron diciendo en el mercado de Garzas.

—Bueno, me voy, no vaya a llegar tarde y sea peor.

—Tengo mucho miedo, Blas.

—¡Algo quedará de mi cuerpo! Yo te juro que como me quede aliento si me dan alguna tunda...

—Eso ha sido seguramente el tuerto Fal-

fana el que ha dado el cante a los civiles. Ya sabes que desde que se enteró que lo habías querido matar te persigue.

—Pero si que yo tengo removida la diputación lo sabe todo el mundo.

—Blas, tú no te debías meter en todos esos tragines.

—¡ Tú déjame a mí que yo se lo que hago! Bueno, me voy que se me va a hacer tarde.

—Hasta que vuelvas voy a estar con el alma en un hilo.

—Yo estoy aquí antes de que se ponga oscuro.

—¿ Y si te meten en la cárcel ?

—¿ A mí ? ¿ Por qué me van a meter en la cárcel?

—Digo yo.

—¿He matado a alguien?

—No, pero tengo mucho miedo.

—¿Miedo? ¡Je, je, je! Tú no tengas miedo, mujer. Miedo quien lo tiene que tener son ellos. A nosotros sí que nos deben de tener miedo. Tengo unas cosas aquí metidas...—y se apuntó con el índice en la frente.

Se despidieron y Blas se puso en camino.

Cuando pasó por el lugar donde había muerto la Tuerta, se acordó de ella. Fué rememorando la escena que luego el tío Yesca le había contado a todo el mundo.

También cuando llegó a la rambla Naga, al poner el pie en la primera piedra de la pasarela, pensó en el baño que se había dado Francisca.

Miró el agua. Estaba transparente, peinando con su discurrir la piel de ovas verdes del lecho y reflejando los rayos solares.

—Y suerte que por aquí siempre va poca agua y no se ahogó—pensó—. ¡Bah, de todos modos el baño la mató para siempre!

Oyó croar las ranas.

La mañana era de abril y muy templada.

Al divisar el ventorrillo de Luisa se puso hosco. Ibase encorajinando a medida que se aproximaba a él.

En la puerta estaban hablando Luisa y José.

Le pareció que al verlo a él se habían sonreído con malicia.

Decidió entrar a pedir una copa para hacerles ver que no les rehuía.

—Buenas—y pasó rozándole a José al interior del ventorrillo.

Luisa y José no le contestaron y no se movieron de donde estaban.

—¿Me echas una copa?—preguntó algo azorado junto a los toneles.

—¿De qué la quieres?—preguntó Luisa con apatía, aproximándose remisa.

—Échamela de vino.

Se bebió la copa y salió dando un adiós entre dientes.

Cuando Blas ya se había separado unos cuantos metros de la puerta le dijo José a Luisa para que lo oyera:

—Creo que está dando la Guardia civil unas palizas...

La sangre de Blas se le agolpó a la cara. Fué a volverse para decirle a José unas palabras agresivas que le hiciesen reaccionar violentamente, pero se dominó y siguió andando aparentando indiferencia al tiempo que pensaba:

—Hay que hacer lo que decía Venancio: pelear en manada, muchos juntos y contra las cosas gordas, que son la causa de nuestros males. ¡ Contra los piojos, no!

Llegó a Garzas próximamente a las dos de

la tarde. Tenía orden de presentarse en el cuartel a las dos y media.

El sol picaba como en un día de verano.

Subió Blas por una callejuela empedrada en la que en muchas puertas de sus casas había jaulas de madera con palomas para la venta.

Desembocó a una plaza. En ella estaba el cuartel de la Guardia civil. Un caserón que parecía una posada.

Los nervios de Blas se pusieron en tensión y sus huesos se alarmaron como ante un peligro inminente.

—¿ Me pegarán ?—pensó poniéndose pálido.

En la puerta del cuartel daba la sombra. Una mujer con unas ubres fenomenales, sentada en una mecedora, repasaba ropa blanca.

Era la mujer de un guardia civil.

—¿Está el sargento Carranza?

—Entre usted por la puerta del patio, que ahí están los guardias.

Era una puerta grande de parador con un postigo. Levantó el picaporte y se metió en el patio.

Había tres guardias. Estaban dándole torno a un caballo blanco.

Había uno de ellos en el centro que llevaba la cuerda y otro con un látigo lo arreaba de vez en cuando. El tercero, también en el centro del patio, contemplaba la faena cruzado de brazos.

Los tres con sus gorros cuarteleros.

El caballo trotaba sonando sus cascos contra el suelo al compás del ruido del bazo.

Blas necesitó andar muy ligero hacia el centro para no ser atropellado.

—Buenas tardes.

—¿Qué quieres?—le preguntó el guardia que estaba de espectador.

—Vengo a ver al sargento Carranza. Me ha citado para hoy a las dos y media.

—¿Cómo te llamas?

—Blas el Pintado.

El guardia se quedó mirándolo de pies a cabeza.

El campesino le adivinó en las pupilas malos entresijos.

—Vente conmigo—y echó a andar hacia una puerta que había enfrente.

Entraron a un zaguán pavimentado de guijarrillo. Había una escalera de grandes escalones de piedra plomiza y baranda de madera.

—Espérate aquí—y el guardia subió por la escalera.

De una de las puertas que había en él zaguán Blas vio salir de pronto una pareja de guardias civiles que, con sus fusiles al hombro, sus tricornios, sus correajes y sus uniformes, salían a prestar servicio.

Pasaron por delante del campesino silenciosos, como fantasmas de la muerte.

—Sube—oyó que le dijeron desde arriba.

Blas subió aturdido, ciego, sin ver los escalones y tropezando en ellos.

Lo estaba esperando el guardia en un corredor.

Abrió una puerta de color chocolate:

—Aquí está, mi sargento, ¿manda algo mi sargento?

—Puede usted retirarse, Martínez.

Salió el guardia. Blas se quedó con el sargento.

Era una habitación cuadrada, algo amplia, con una gran ventana que daba al patio que le daban picadero al caballo.

Se oía trotar al caballo al compás del rui-

do del bazo. De vez en cuando el crujido del látigo y una voz:

—¡Sultán! ¡Arre, caballo! ¡Arre, Sultán!

El sargento estaba sentado en un sillón tras una mesa negra de esas que llaman de ministro.

La mesa servía de muro entre Blas y el sargento.

El campesino tuvo ocasión, si su estado de ánimo se lo hubiese permitido, de haber analizado toda la estancia y también al sargento. Pero no veía ni gota. Sus ojos estaban nublados y en el interior de su cabeza parecía que una hélice le daba y daba vueltas.

Blas con los ojos abiertos y fijos en el sargento no lo veía.

A fuerza de mirarlo, únicamente trasveía, tras la niebla, un bulto oscuro como un tonel debajo del agua.

El sargento estuvo unos minutos sin atender a Blas. En una libreta mugrienta hacía cuentas con un lápiz. Sobre su enorme cabeza el gorro cuartelero terciado. Llevaba una guerrera raída, nada más que con dos o tres botones. Los galones de sargento sí los tenía cabales.

Por la parte del cuerpo que dejaba ver la mesa, el sargento Carranza era de una contextura de atleta de circo. En su cara esférica, verde tierno, de algunos kilos de carne, un bigote poblado, lacio y negro palpitaba como las alas de un cuervo en pelea defendiendo a la carroña. Los ojos apenas si se le veían de tan enterrados en carne. Cejas de vampiresa de cabaret: largas, finas, con las colas hacia arriba, asiáticas.

Mojó la punta del lápiz en su saliva y después de hacer dos o tres números dijo frotándose sus manos carnosas y peludas:

—¿Tú eres Blas el Pintado?

—Para servirlo a usted, señor sargento.

El sargento Carranza tomó de encima de una caja de cerillas que había en la mesa, una tagarnina. Le dio un par de chupadas y echó dos chorros de humo por las narices.

—Bien, hombre, bien—se echó el gorro hacia atrás y se rascó la frente—. Anda, hombre, cuéntame lo que haces por esos campos.

—Ahora, poco, señor sargento. Se pasan las semanas sin poder echar un jornal. Y en la miaja de tierra que lleva uno a renta, no

hay nada que hacer tampoco—contestó Blas, como un autómata.

—No son esas las voces que llegan a este cuartel, hombre. Aquí viene la gente a decir que trabajas mucho, hombre. Y otros también.

Blas estaba muy pálido, pero al oir esas palabras se puso aún más. La tez de Blas era la muestra de un color no visto aún por los hombres.

—No te asustes.

—No, señor.

Dejó caer sobre la mesa el sargento la mano que tenía la tagarnina y con la otra se puso a hacer pildoritas en el mortero de sus narices.

Después de unos segundos de silencio el sargento se sacó del bolsillo del pantalón una cajetilla y le ofreció un pitillo al campesino:

—Fuma.

—No, muchas gracias.

—¿Me vas a despreciar, hombre?

Blas se quedó perplejo.

¿Cómo acertaría a satisfacer al sargento?

Creyó que su deber era tomar el pitillo.

Tímidamente alargó la mano y tomó el pitillo.

Le deslió las puntas. Cuando lo tuvo ya en la boca, el sargento le ofreció su tagarnina para que encendiese.

Le devolvió Blas al sargento la tagarnina.

El sargento preguntó:

—¿Ves como aquí en el cuartel no nos comemos a nadie? Entráis aquí todos con un miedo... Ya ves, aquí estás conmigo como con otro hombre cualquiera, como con un amigo. Aquí vienen a quejarse... ¿y qué va a hacer uno sino que cubrir el expediente? Lo que yo hago es darle buenos consejos al que está descarriado. Pero otras cosas son calumnias de los granujas que pisan esta casa.

Blas se iba tranquilizando.

Le dio el sargento una chupada a su tagarnina, hizo un par de pildoras, y añadió:

—Ábrete el pecho como si estuvieras delante de tu madre. Yo se ya mucho de la vida y te daré consejos buenos, consejos que te servirán de mucho provecho. Tú comprenderás que cuando te he hecho venir a aquí es porque estoy enterado de todo, de todos tus pasos, que no son buenos. ¡Válgame como os

extraviáis, hombre! Anda, dime por qué caminos andas, Blas. A ver si son los mismos que a mí me han dicho.

Blas permaneció mudo.

—¿Conoces tú al señor Vicente el Falfana?

—Sí, señor.

—¿Qué es lo que quisiste hacer con él? Aquí han venido a decirme que lo persigues de muerte.

—Eso no es verdad, señor sargento.

—Algo será, Blas. Cuando el río suena agua lleva.

—¿Quiere el señor sargento que le diga la verdad?

—Para eso te he llamado. La verdad hace de mí un niño de pecho, bueno y dulce como la miel. Pero las mentiras..., las mentiras me enfadan mucho. Si quieres que seamos amigos dándome verdad tiene que ser.

—Pues mire usted, señor sargento: una noche me puse ciego y si me lo llego a encontrar al señor Vicente el Falfana..., ¿para que le voy a mentir a usted? ¡Tenía aquella noche yo muy malas intenciones! Esa es la verdad. Si me queda otra dentro que reviente.

Pero es que aquella tarde, señor sargento, hizo el señor Vicente conmigo una cosa muy mala.

—Hombre, por mucho que te hiciera no sería para tomarte la justicia por tu mano. ¡Para eso estamos nosotros! Cuando a un hombre le hace otro una cosa mala debe acudir al juez o a estos cuarteles. Pero además no creo yo que el señor Vicente quisiera cometer contigo, ni con nadie, ningún crimen. ¡El señor Vicente, es un hombre de bien y muy honrado! Lo único que haría sería embargarte, cumpliendo con su deber de agente ejecutivo de contribuciones. ¡Y es que los del campo, por tal de robarle diez céntimos al Estado sois capaces de estrellaros los sesos contra un muro! ¿Tú no sabes que el Estado es tu padre? Mejor que cumples todavía con tu padre debes cumplir con el Estado. ¿A que el señor Vicente lo que te hizo fué embargarte?

—Sí, me quitó unos celemines de olivas que yo tenía para que mis criaturas no pasaran hambre.

—Hombre, quitártelos no. No digas eso, que está feo. Si te embargó fué porque deberías algún recibo. No digas que el señor Vi-

cente te quitó las olivas, porque cualquiera que te oiga creerá que se trata de un ladrón y es de un honrado funcionario del Estado. ¿Tú no sabes que los hombres que son funcionarios del Estado son sagrados? No confundas un robo con el cumplimiento de un deber. El haber querido matar al señor Vicente, porque te embargó, es como si a mí quisieras matarme porque ordenara que te llevasen a la cárcel después de haber cometido un delito.

Blas, encortado le dio una chupada al pitillo.

Después de una pausa continuó el sargento:

—¿Y será verdad otra cosa que me han dicho?

—La gente miente mucho, señor sargento, y es mala.

—Aquí han venido a decirme que estás hecho un comunista, que no dejas en paz a los vecinos. Que los estás revolucionando. Que les aconsejas que no les paguen a los amos las rentas, ni que les den ningún fruto de los que les corresponden. Y hasta también me han dicho que habláis de venir un día al pueblo todos juntos. Y es que eso está ahora de moda.

por lo visto. Os estáis contagiando de todos esos pueblos de esas provincias, y no veis que no conseguís nada más que nosotros os sentemos las manos para afianzar el orden. ¡Hay que asegurar la República! ¡Pero, cuidado que soy tonto! ¡Si la República es cosa vuestra!

—Para pedir trabajo, señor sargento.

—¡Para pedir trabajo! ¡Qué más quisieran que daros trabajo! Parecéis tontos. No hay trabajo, porque las cosas están mal; pero no por falta de ganas de dároslo. ¡Qué más quisieran los amos que daros trabajo! Trabajando vosotros es con lo que ellos hacen sus negocios y recogen los frutos de la tierra. Si no hay trabajo, ellos también pierden. Ahora toca aguantarse, Blas; ya vendrán tiempos mejores. Ya verás como la República lo irá arreglando todo. Si tú leyeras los periódicos ya verías cuantas leyes buenas están haciendo en el Congreso. Bueno, por esta vez ya has visto que me he portado contigo como un padre. Te he llamado para aconsejarte bien y que vayas por camino recto. Que se te caiga la venda de los ojos. Ver claro es lo que es menester. Que no tenga yo más que-

jas de ti y no te mande yo llamar otra vez. ¿Estamos? Porque otra vez... que entres aquí a este despacho... ya será otra cosa, Blas. Porque me vas a encontrar enfadado. No tengo que decirte más. Tú no eres ningún niño de pecho y ya sabes lo que tienes que hacer para no entendértelas conmigo. Bueno, puedes marcharte y que no seas flaco de memoria.

Ante el gesto imperativo del sargento, Blas se despidió con palabras ininteligibles y balbucientes.

Cuando ya estaba con la puerta abierta para salir, el sargento le sujetó:

—Y ahora a ver si vas diciendo por ahí, como todos los que salen de aquí, que el sargento Carranza te ha molido a palos. ¡Me estáis dando entre todos una fama!

Habría Blas comenzado a bajar el primer escalón de la escalera cuando el sargento se levantó del sillón.

Con un andar pando, de elefante, se dirigió a la ventana.

Era casi un gigante. Desgarbado. Cargado de hombros. Su nuca calva hasta la coronilla. Los brazos, larguísimos y gruesos.

se le balanceaban, muertos, al compás del lento andar. Llevaba un pantalón de pana gris y unas alpargatas en chanclas.

Asomóse a la ventana y dijo:

—Oiga usted, García.

—¿Dice algo mi sargento?

—Ahora, cuando salga al patio ese Casanellas que he tenido aquí, súbamelo usted, que se me ha olvidado darle un mandado.

Seguían en el patio dándole torno al caballo.

Mientras volvía Blas al despacho, el sargento esperó paseándose de extremo a extremo.

En uno de sus paseos cerró bien la ventana con las fallebas.

¿Le molestaba el ruido que hacía el caballo?

Quedó la estancia en completo silencio.

Se abrió la puerta, y volvió a aparecer Blas, acompañado del guardia García.

—Pasa. Y usted se puede retirar, García. No hace usted falta.

Esta vez entró Blas más confiado. Tranquilo, pasó la mirada por el despacho. Como no tenía nublados los ojos, como antes, veía

con claridad todo lo que había en el despacho: un vergajo en un rincón: en una silla, unas esposas y unos grillos, y sobre la mesa de trabajo del benemérito sargento, una pistola.

¿Qué uso haría con tales instrumentos el sargento Carranza?

Su fama era horrible. Tenía nombradía de arquetipo de crueldad en el término municipal entero y hasta en los términos vecinos. Y en algunas provincias remotas. Por todos los sitios que pasaba, que iba prestando servicio, dejábase unas huellas terribles, que sólo con recordarlo atemorizaban a las gentes.

En algunos presidios era conocido por los barateros de más renombre como uno de los jaques, de bandera, de España.

Contaban que al sargento le gustaba hombrearse de tú a tú, dejando a un lado los galones y el uniforme, con los pontífices del matonismo.

Alardeaba de querer encontrar a un guapo que lo desarmara.

Era compadre de Falfana. Ya le llevaba Falfana bautizados dos hijos.

La presencia de los instrumentos inquisi-

toriales trastornaron a Blas y le hicieron recordar los antecedentes del sargento.

Se puso pálido otra vez y se le nublaron los ojos.

—¿Qué te pasa, valiente?—le preguntó el sargento, dándole en el estómago con el revés de su monstruosa mano.

Blas se tambaleó y quedó contra la pared, jadeante, ahogado.

—¡Ven aquí, petardista!—dijo el sargento desde el centro de la estancia.

El campesino avanzó unos pasos, hasta llegar a pisar el sitio que le ordenaba.

—¡ Firme, ¿ eh ?! ¿ Tú no has servido ?

—No, señor—contestó con voz trémula.

—No importa; pero tú sabes cómo se quedan los soldados firmes, ¿no?

—Sí, señor.

—¡Firme!

Blas se quedó derecho, con los brazos caídos, sin la rigidez de la ordenanza militar.

—¿Te crees que estamos jugando? ¡Firme, he dicho!

La orden del sargento no admitía vacilaciones, y Blas se puso en perfecta posición militar.

—¡Así, mientras yo no te ordene otra cosa!

Lo miró de arriba a abajo.

—¡Esa barriga más metida y ese pecho más sacado!—y le volvió a dar otro revés formidable en el vientre.

—Eso no está bien, señor sargento—balbuceó el campesino, después de un suspiro, casi ahogándose.

—¿Y ésto?—y le cruzó la cara de una bofetada.

Blas rodó al suelo, dándose con la punta de la mesa en una sien.

—¡Bah!, eres un soldado de plomo, de real y medio—y le dio con la punta del pie en un costado.

Se le cayó la alpargata.

Fué a sentarse a una silla.

—¡Sin levantarte, así, a gatas, tráeme la alpargata en la boca!

Blas, de rodillas, quedóse mirando la pistola de encima de la mesa.

—Si en vez de coger la alpargata quieres coger la pistola, cógela—dijo el sargento con flema.

El campesino apartó la mirada del arma, y la fijó en el suelo.

—¿Es que tú no llevas encima ningún arma? ¡Yo que no te he cacheado para dejarte armado! Bueno, si no tomas la pistola, tráeme la alpargata en la boca.

Blas, con la mirada fija en el suelo, no se movía.

El sargento dirigió sus pupilas al vergajo. Después las llevó a los grilletes y a las esposas.

—Si antes de un segundo no haces lo que te he ordenado, con aquella vara de virtudes y con esas pulseras, te voy a hacer que des vueltas en el picadero, brincando en cuatro patas.

Blas miró a su alrededor. No había nadie que lo viese. Quizá ante la presencia de algún testigo, la vergüenza sin límites le hubiese explotado en el pecho, y el coraje, reconcentrado, se le habría disparado contra el sargento, en una lucha a muerte.

Pero no había nadie más que el sargento y él. En el campesino tuvo algo un poder prodigioso que le petrificó la dignidad humana y lo convirtió en un muñeco de juguete.

Mordió la alpargata, la suspendió en su

boca, y a gatas avanzó hasta el sargento, depositándosela en la mano.

—Levántate, no hay quien pueda con vosotros. ¡Buenos zorros estáis los del campo! ¡No hacéis más que lo que os conviene! A vosotros que os den pan y os llamen tontos. ¡ Y hay quien os tiene lástima! Lagartos con más conchas no los tiene la tierra. ¡Y cómo te vas a ir sin conocer mis consejos! Pero, oye—y, poniéndose él también en pie, cogió a Blas de las solapas—, si me entero yo que andas por ahí, de casa en casa, levantando a la gente, te voy a volver a traer aquí de una oreja. Y no van a ser consejos con aquél—señaló al vergajo—los que te voy a dar. Ni de ninguna clase, ¿entiendes?—lo zarandeó por las solapas—. Y no te va a valer el que te humilles como un perro hambriento. ¿Ves aquéllo?—indicó la pistola—, pues con aquéllo te voy a meter una pildora entre ceja y ceja y te voy a dejar en el sitio. ¡Y yo me quedo tan tranquilo! Con decir después que tú me has querido matar... y que lo he hecho en defensa propia..., todavía tendría cadena perpetua tu cadáver. O te llevo de noche, a la hora que pasa el tren, y te pongo en

mitad de la vía a que sus ruedas te hagan rodajas de salchichón tu cabeza. ¡Y eres tú el que te has suicidado! Si se ha de hacer después alguna averiguación ha de ser con mis parejas... Ya lo sabes, zorrillo, que eres tú muy zorrillo. Ni una palabra más te digo. Si no tienes que comer, buscas trabajo, y si no lo encuentras, te aguantas. ¡Que no encontráis trabajo! ¡Lo que pasa es que sois unos gandules! No os dan trabajo porque queréis que os paguen el jornal sin dar un golpe. ¡Lástima de República, que no os merecéis! Haber luchado tanto algunos hombres y nosotros para traerla, para salvaros a los pobres, y ahora no queréis más que armarle la guerra.

CAPÍTULO XIII

Blas salió del cuartel, disparado.

Se dejó el pueblo atrás.

Tomó el camino del Piñón.

Andaba ligero, con paso resuelto, sin detenerse a mirar a nada ni a nadie.

Todo él iba reconcentrado en su interior.

Hasta ni se le percibía respirar.

Se encontraba con algunos conocidos, y ni siquiera los saludaba.

Seguramente es que no los veía.

—¿Qué le pasará a Blas el Pintado? ¡Vaya un adiós que se ha dejado caer! ¡Y qué cara lleva!—se quedaban pensando los conocidos que se lo encontraban.

Cerca del ventorrillo de Luisa abandonó el camino y tomó una vereda que llevaba otra dirección. **Dio** un gran rodeo y volvió a salir al camino del Piñón, pero dejándose el ventorrillo atrás. Esquivó pasar por su puerta.

Cruzó la rambla Naga metiéndose en el agua, dejándose a la izquierda las piedras de la pasarela.

Internado en la sierra, le empezó a oscurecer.

Caminaba por el lomo de una cordillera bermeja, siempre con aquel andar ciego de proyectil disparado.

Descendió a un barranco que tenía altas paredes de roca.

La noche.

Tan a oscuras estaba el barranco que no se veía ni siquiera la mancha del campesino avanzar por la vereda.

La noche.

La noche... ¿o es que el barranco era tan profundo que no llegaba a él la claridad del crepúsculo ?

Blas levantó su cabeza al cielo.

Vio una faja negra cuajada de estrellas.

A Blas no se le veía, de tan sumergido como iba en las tinieblas, pero el ruido de sus esparteñas contra la vereda denunciaron que su andar se hizo más lento y más humano.

Llegó un instante que, de tan despacio como andaba, apenas si se le oía.

Sus pasos enmudecieron por completo.

Seguramente Blas habíase parado.

Su pecho, que había ido todo el trayecto taponado con una madeja de bilis, dio unos golpes violentos de tos, como la explosión que da una botella de un líquido gaseoso al lanzar su corcho.

Algo desgarró Blas, y con impulso salvaje, porque en el silencio completo de la noche se oyó el rás característico que hace una tela al romperla.

Sonaron, simultáneamente, pasos resueltos. Pero no eran de Blas, porque no eran en el fondo del barranco, sino en lo alto de una de sus paredes.

Seguramente estos pasos no los oía Blas, de tan altos.

Eran de Tomasón y su mujer, que iban a visitar a la joven Micaela, que había parido aquella mañana.

—¿Qué es éso, Tomasón?—preguntó de súbito la mujer, alarmada.

—Calla. ¡Pues si parece que lloran!

—¿No oyes qué llanto más desesperado?

—Y es un hombre el que llora. ¡Si que debe llorar recio para que desde aquí se oiga!

—Eso más parece rabia que pena, Tomasón.

—¿Qué pasa?—interrogó Tomasón, con toda la fuerza de sus pulmones—. ¿Pasa algo? ¿Quién llora en el barranco? ¿Quién llora en el barranco?—y aguardó con el oído alerta a que le contestasen.

Nadie le respondió, y el barranco quedó como la boca de un mudo, a la pregunta del campesino.

—¿Qué pasa en el barranco?—volvió a preguntar.

El silencio ya no podía llegar a más.

Tras otra pausa, en la que se oían latir los corazones del matrimonio, volvió a preguntar Tomasón con toda su fuerza:

—¿Qué pasa en el barranco?

—No contesta nadie, y se han callado. Ya no se oye llorar—dijo la mujer.

—¡Bah! No será nada. Eso de que esté llorando..., así, un hombre..., me escama. ¡Si fuera una mujer o un chiquillo! Eso es algún chusco que está jugando a asustar a la gente que pasa.

—No te hagas tan pieza, Tomasón, porque eres un hombre. ¡Parece que no lloran nada más que las mujeres y los chiquillos! Los hombres que valen, cuando llega el caso.

también lloran. Tú no eres ninguna tía de manteca, que eres tan hombre como el primero, y tú acuérdate aquella vez cuando llegaste a casa aquel día que el amo...

—¡Pero fué de coraje!

—¡De todo lloran los hombres, Tomasón! Pero de coraje parecía también el dejo de ese que estaba llorando. ¿Tú qué sabes lo que le habrán hecho?

—¿Y se iba a poner, en medio del campo, a llorar como una criatura?

—¡Donde primero le ha pillado!

—Eso se lo aguanta uno hasta llegar a su casa, y allí rompe uno hasta hacerse polvo.

—No digas eso, Tomasón. Aunque sea mala comparación, la rabia que lleva uno en el pecho es como cuando tienen ganas de hacer una necesidad las personas: donde ya no puedes más, te lo haces. Te estás aguantando, te estás aguantando las ganas de mear, y cuando ya no puedes resistirte más, te meas encima, hasta en misa. A lo mejor a ese hombre le han hecho algo y no le ha dado tiempo a llegar a su casa para reventar. Se ha visto así, de noche, solo en mitad de un barranco...

—¡ Puede!

Estuvieron en silencio unos minutos aguardando a ver si oían llorar otra vez.

—Anda, vamonos ya—dijo él, cogiéndole a ella un brazo.

Cuando iban unos minutos andando habló la mujer:

—Sabes que llevo desazón. Me pesa que hayas gritado preguntando quién lloraba. ¿Has visto que cuando ha sonado tu voz se ha callado?

—¿ Y qué?

—A lo mejor era un hombre que estaba llorando, de verdad, en mitad del barranco, a oscuras, creído en que nadie lo oía ni lo veía, y al oírte le ha dado vergüenza y se ha quedado mudo, pudriéndose.

CAPÍTULO XIV

Después de alejarse Tomasón y su mujer del sitio que habían oído aquel llanto salvaje, volvieron a sonar otra vez, pero más ligeros y firmes, los mismos pasos que antes, en el suelo del barranco.

No se podían confundir con ningunos otros. Eran los mismos que habían ido sonando sobre la tierra desde que Blas saliera del cuartel de la Guardia civil. Eran como la voz característica de un hombre, que no se confunde con la de otro.

Cuando Blas salió del barranco anduvo por una cañada plantada de olivos.

Subió por un repecho muy violento y, después de unas eses enrevesadas que hacía la vereda, por unos vericuetos llegó a una cumbre.

La noche era casi de verano.

El campesino iba viendo todo el cielo. Todo cuajado de estrellas.

Si hubiese hecho luna, Blas hubiese comenzado a divisar su casa.

La tenía enfrente. Sobre un collado. Rodeada de chumberas; vigilada por aquellos dos gigantescos olivos, que, como dos centinelas todo casco esmaltado de verde, tenía perpetuamente al lado.

Pero no la veía. La negrura de la noche se lo impedía; pero él sabía a punto fijo en dónde estaba, y él, con un fusil de largo tiro, le hubiera podido clavar una bala en la cerradura de la puerta de entrada: tal seguridad tenía del sitio en donde estaba, y tan buena puntería tenía.

Al poco sintió ladrar. Eran unos ladridos agudos.

—¡ Es mi Estrella!—pensó.

Se aproximaron los ladridos, atropellándose, con acento de alegría.

Su perra le salía al encuentro a darle la bienvenida.

Nunca se había alejado tanto de la casa para recibirle. O por lo menos así lo apreció Blas.

Brincaba a su alrededor. Se le cruzaba entre las piernas. Le lamía los pantalones, las esparteñas, las manos. Lo olfateaba. Ladraba, ladraba.

Nunca le había hecho caso Blas a su perra. Siempre que el animalito fué a acariciarlo, él lo ahuyentó con la punta de su esparteña y con palabras desabridas.

Pero Blas, ese día, creyó ver en la perra a uno de sus hijos. Más aún. Nunca acarició a sus pequeños con tanto ardor como acarició aquella noche a su perra.

Se paró unos segundos, dejándose acariciar. Una de las veces que saltó el animalito, para lamerle las manos, lo cogió, estrechándolo entre su pecho y sus brazos.

Lo besuqueó y le hizo mimos como a un rorro.

La perra, al calor de los mimos, dejó de ladrar y comenzó a gañir con un lúgubre acento al tiempo qué temblaba.

Blas se la echó por la espalda y la montó sobre sus hombros, pasándose las manos del animal por los lados de su cara.

La perra, silenciosa, iba lamiéndole el sombrero.

Muy cerca de la casa le pareció ver que de la oscuridad se destacaba un pelotón de sombras, como un grupo de hombres que estuviesen junto a la puerta.

Oyó hablar.

Voces que no eran de su mujer ni de sus hijos.

Soltó de repente a la perra. Esta se desplomó al suelo, saliendo corriendo hacia la casa, dando ladridos.

El, precipitadamente, se subió el cuello de la chaqueta y se la abrochó.

Acortó el paso, haciéndolo tan lento y entumecido que aparentaba que apenas podía andar.

Se caló el sombrero hasta las orejas.

Llegó fingiendo frío y no poder tirar de su cuerpo.

—Buenas noches—saludó con voz apagada, de enfermo.

—¡Hola, Blas! —le contestaron los seis campesinos que lo estaban esperando.

Tres de ellos llevaban la escopeta al hombro.

Victoria, su mujer, y sus hijos, también estaban en el grupo. Estos no le dijeron ni una sola palabra. Pero lo miraban de pies a cabeza.

Hubo unos segundos de silencio embarazoso.

Victoria deshizo aquel silencio:

—¡Ya lo han hecho, Blas! ¡Cómo vienes, hijo mío!

—Te equivocas, mujer; no me han tocado ni siquiera el pelo de la ropa.

—Si no lo puedes negar, si vienes hecho polvo, molido, muerto—dijo la mujer, con indignación melancólica.

—¿ Por qué no te has ido derecho a casa de un médico ?—le preguntó Juan Reina.

—¿ Para qué ? Os digo que no me han tocado al pelo de la ropa.

—Bueno, pues desnúdate que te veamos ahora mismo el cuerpo, y acuéstate, que nos vamos a ir todos nosotros a darle parte al juez de Garzas—dijo el Cabezón

—Como que si me hubieran hecho algo el juez iba a meter en la cárcel a los guardias civiles. Si me hubieran hecho algo y vosotros fueseis a dar parte, a los que meterían en la cárcel sería a vosotros, y a mí por habéroslo dicho.

—Entonces está claro: lo que te da es miedo decírnoslo, Blas—dijo Juan Reina.

—¿Qué te han hecho, Blas?—le preguntó Victoria, pasándole las manos por la espalda.

Los hijos arrancaron a llorar.

—¿Pero es que se ha muerto alguien? En mi vida he visto gente tan tonta. A mí no me ha hecho nadie nada. Vengo malo. ¿Es que no se puede uno poner malo? ¿No os ponéis vosotros malos? Cuando he salido del cuartel me he pasado por la plaza de la verdura, y en una taberna me he tomado unos pedazos de bacalao y dos vasos de vino, y me han caído en el estómago como la pólvora. Ahí está todo. Y vengo malo... pero bastante malo.

—Pero si no llevabas más que una perra gorda, hijo—saltó Victoria.

Blas se quedó perplejo, pero de súbito se rehizo:

—¿Y qué? Una perra gorda nada más llevaba. ¿Y qué? Pero me he encontrado en una calle al tío Pantorrillas y le he pedido una peseta prestada.

—¿Y el tío Pantorrillas te ha prestado una peseta? ¡Ni a su madre! Los duros que tiene ese tío son para él solo—terció el Bizcocho.

—¿Dices que el dinero que tiene el tío Pantorrillas es. para él solo? ¡Ca, hombre! Ni para él tampoco. Ese no se gasta en él ni una perra chica—observó Juan Reina.

—Es verdad. El no quiere más que guardar duros para comprar tierras. Tiene la avaricia más grande que se conoce en el mundo. Quisiera que toda la tierra del campo fuese suya. ¿Y para qué? Para que luego, después de guiñar el ojo, vayan todos sus intereses -a los cuatro yernos, y se los gasten en seis francachelas. ¡Porque mira que son cuatro roas los yernos!—declaró el Cabezón.

—Cuatro granujas que se han casado con las hijas nada más que por las pesetas del tío. Pero, anda, que hasta que no se muera no les van a salir claras las cuentas—afirmó Juan Reina.

—No te creas, hay algunos que les dan fiado. No, Blas; no nos vengas con esos sermones de que el tío Pantorrillas te ha dado una peseta. Me apuesto contigo lo que quieras a que el tío Pantorrillas no te ha dado ni una perra. Ni tú tampoco le has pedido nada—dijo Nicasio.

—En eso estoy yo—abundó Victoria.

—; Pero lo vais a saber vosotros mejor que yo? Le he pedido y me ha dado. ¡Vaya! Me ha dado la peseta, a cuenta de unos jornales

que le voy a echar en unos hoyos para almendros.

—¡ Que no, Blas!—exclamó Juan Reina.

—¡Que sí!

Todos torcieron el gesto.

—¿Lo vais a saber mejor que yo?

—Bueno, lo que quieras, Blas. Tampoco vamos a ahorcarte ahora para sacarte la verdad. No quieres decirla..., allá tú. Tú te sabrás tus cuentas. Nosotros nos hemos enterado que te habían llamado al cuartel de la Guardia civil y hemos venido a esperarte para enterarnos la suerte que habías corrido—dijo el Cabezón.

—Pues hacerme no me han hecho nada. He estado hablando con el sargento Carranza, y nada más. Me ha dicho que está enterado de todo el trajín que llevamos en la diputación, y me ha amenazado con asarme vivo si vuelve a enterarse que yo sigo por el mismo camino. Eso es todo.

—¿Te ha preguntado por alguno de nosotros?—interrogó el Bizcocho.

—No, no; pero yo he comprendido que está al tanto de todo.

—¡Bueno!—exclamó Nicasio.

—Nosotros vamos adelante, adelante. No nos echa atrás ni cuarenta yuntas de bueyes—afirmó Juan Reina.

—Yo voy a acostarme, que me parece que llevo una calentura que voy frito.

—Bueno, anda y que te alivies—le dijo Nicasio.

Blas se entró a su casa, seguido de su mujer y sus hijos.

—¡Victoria, oye, ven, haz el favor!—gritó Juan Reina apenas entró la familia a la casa.

Victoria salió a ver lo que quería.

Le hicieron una seña con la mano y se la llevaron a una esquina.

—Nosotros esperamos ahí, detrás de la casa. Ahora, cuando se acueste Blas, mírale el cuerpo bien a ver cómo lo tiene. Mira a ver si le sacas todo lo que le han hecho. Sal y dinos la verdad, que vamos a armar en Garzas el escándalo padre. ¡ Y después que hagan con nosotros lo que quieran! ¡ A ver cuando cruje ésto!—dijo el Cabezón.

—Bueno, aguardad que yo salgo ahora.

Cuando Victoria volvió a entrar en su casa estaba Blas en el cuarto con Sebastián y Ja-

vier, sus hijos. El otro, el pequeño, estaba acostado en un jergón.

Con nerviosidad les mesaba la cabeza.

—¿Qué te pasa, Blas? Dímelo a mí sola— fueron las primeras palabras de Victoria.

—Es de verdad, mujer; no me han pegado. Digo..., sí me han pegado, pero no ninguna paliza grande como las que dan ellos. Me han dado una bofetada, una patada y tres metidos en la boca del estómago. Pero una paliza de esas que dan ellos, para que lo lleven a uno a la fosa, no.

—¿Pero es de verdad que vienes malo? ¿Traes calentura?

—¡Es mentira! ¡Yo que he de traer calentura! Lo que estoy es loco de... Yo no sé que tengo. La sangre congelada en el cuerpo... Estoy así..., ¿tú sabes cómo se pone uno cuando echa uno toda la fuerza de su alma para sujetarse y no estallar? ¡Estoy con la sangre podrida dentro del cuerpo, Victoria! Ya parece que se me está moviendo algo y me estoy aliviando una miaja. Pero he venido todo el camino... ¡Y allí, mientras estaba pasando el trago!...

—¿Qué trago, Blas?

—¿Que qué trago? El más amargo que pueden tomar las criaturas. Ahora te diré. Estoy mareado. Mi cabeza es un capazo lleno de piedras. Ahora déjame que te vea y que os toque a ti y a mis nenes, que ha estado en lo que monta un esparto que no os vuelva a ver más a ninguno. Podéis decir que el padre de esta casa ha nacido de nuevo. Lo he tenido muerto... y si lo llego a matar me cosen a balazos allí en la misma habitación. ¡Hoy he visto yo lo valiente que soy, Victoria! ¡Se necesita más alma, más entrañas, para sujetarse, cuando uno quiere irse para alante, que para irse para alante! A Venancio, el sobrino del tío Gas, se lo tengo yo que agradecer. El fué el que me quitó las cataratas de las niñas de los ojos. Por vosotros y por todo lo que tengo aquí metido en la cabeza con ganas de hacer me he sujetado. ¡Mira que se necesita fuerza en el tuétano de los huesos para parar la jaca cuando la tiene uno entre las piernas desbocada!

—¿Has bebido, Blas? ¿Estás algo achispado, Blas? ¿Has estado en el trato de algunas ovejas y te han convidado a beber? Estás

como si estuvieras algo mareado. ¿Hablas en tus cabales?

—Tan sólo me he tomado una copa, y me la he pagado yo con la perra que llevaba.

—Entonces, ¿qué te pasa, Blas? ¿Es de verdad que no te han dado ninguna paliza? ¿No estás malo?

—No, no estoy malo.

—Entonces, ¿para qué has llegado tan abrochado, con el sombrero hasta las orejas y sin poder dar el habla, diciendo que venías malo?

—Porque estaban esos ahí y quería disimular para que no me vieran cómo venía. ¡Mira!—-y Blas se desabotonó la chaqueta, arqueándose, para presentar su pecho con la ropa desgarrada para que Victoria lo viera.

El cuarto estaba a oscuras. Sólo entraba la luz de las estrellas por una ventana.

Victoria tuvo que acercarse para poder darse cuenta de lo que le enseñaba Blas.

—¿ Qué es ésto ? ¿ En dónde has echado todos los broches del chaleco y toda la pechera de la camisa?

—¡En mitad del barranco del Estudiante se ha quedado todo! Por eso, porque venia

así y me iban a ver esos ha sido por lo que me he abrochado, me he subido el cuello y me he hecho el malo. No iba a llegar así tan arropado, para taparme, con la noche de calor que hace. Por eso he fingido que venía malo.

—¿ Y por qué te has arrancado todo eso, Blas?

—¡Porque he venido todo el camino ahogándome ! ¡ No podía más! Y en cuanto he visto que se había puesto oscuro y me he encontrado en un sitio escondido he reventado. Oye, Victoria: me ha dado una llantera lo mismo que si hubiera sido un chiquillo de dos años.

—¿ Y por qué venías así como dices, Blas ? ¿ Qué te han hecho para eso ?

—¿ Que qué me han hecho ? He tenido que llevarle al sargento ese que le llaman Carranza, así, en cuatro patas como un perro, mordiéndola entre los dientes una alpargata suya.

—¡ Padre, yo tengo hambre!—exclamó Javier, uno de los hijos.

—¿No nos ha traído usted nada de comer del pueblo, padre ?—preguntó ansioso -Sebastián, el otro hijo.

Blas enmudeció y se quedó pensativo, mirando a sus pequeños.

—No han catado las pobres criaturas, en todo el día, ni un bocado, Blas—manifestó Victoria.

—¡ Yo tengo hambre, padre!—se quejó llorisqueando Javier.

—¡ Yo quiero comer algo, padre!—suplicó Sebastián.

El rorro comenzó a llorar en el jergón.

Después de rascarse una mejilla, pensativo, dijo Blas:

—Esperad un poco, hijos. Ahora voy a traeros para que comáis. ¿Se han ido esos ya, Victoria?

—No. Están esperándome a que les diga si te han hecho algo en el cuartel.

—Bueno. Sal y diles lo que sea, para que se vayan ya.

—¿Pero qué les vas a dar de comer a los nenes, si no hay en la casa ni una maldita orilla de pan?

Blas se quedó mudo, mirando a Victoria.

—¡ Traiga usted de comer, padre ¡—exclamaron melancólicos los dos hijos.

—Ahora os voy a traer. Aguantaros un poco.

—¿ Pero qué les vas a dar, si no hay nada ?

Blas se quedó mirando a Victoria:

—Verás cómo les traigo yo para taparles el hambre.

—¿Dónde vas a ir?

—Voy a ir a casa del tío Josefo. El está ahora solo en su casa,, y voy con la excusa de que me haga la cuenta de lo que le debo. Le digo que voy a tomar unos cuartos mañana o pasado y que quiero saber cómo ando de cuentas para saber cómo tengo que repartir los cuartos. El tiene la libreta de las cuentas dentro, en el cuarto, y cuando se meta a sacarla me lleno de higos los bolsillos y el sombrero. Tiene la sera allí en un rincón, en la entrada de la casa.

—¿ Y si te ve, Blas ?

—¡ Ah!—exclamó negativo.

—¿ Y si se da cuenta de que te abultan los bolsillos ?

—Está medio ciego.

—¿ Y si se te cayera el sombrero?

—¡Vaya usted, padre, que tenemos mucha

hambre! ¡Y traiga usted también pan! ¿Nos va usted a traer pan?—dijeron los hijos.

—Como pueda meter el brazo en la cesta que tiene colgada en la viga, también me traigo un pan. Y aunque no..., sea como sea yo os traigo pan y con qué comerlo esta noche.

—¿Y si no puede usted, padre, no va.a traer usted pan?

—¡Callad, que me estáis dando silicio! Os voy a traer pan. Yo me valdré de mis mañas o de lo que sea, pero vosotros comeréis pan esta noche.

—¿Pero pronto, padre?

—Ahora dentro de un rato. Cuando se vayan esos, me vaya yo y vuelva.

—Blas, ¿qué vas a hacer?

—¡Traerles comida a mis hijos!

—No vayas a cegarte y a hacer una cosa mala.

—Malo, lo peor, es que no coman mis hijos.

—Ten cuidado. Blas. Tú estás esta noche que me das miedo. Más vale que le pidas, así. a las claras, al tío Josefo medio pan para tus criaturas. ¡Quizá no te lo niegue!

—¿Pedir yo? ¿Voy a pedir yo limosna? ¿Pedirías tú limosna, Victoria? Si me dices

que tú pedirías limosna no me acuesto más contigo.

—Yo no te digo que pidas limosna. Pedir limosna, no. Yo no pediría limosna. Se me freiría la cara de vergüenza.

—¡Vergüenza! ¡Yo no tengo vergüenza! Yo no pido limosna, porque no me da la gana. Porque el pedir limosna es de perros que lamen las manos para que les den un mendrugo. ¡Y luego para que te peguen una patada en mitad de la panza y te echen por el aire! Y aunque tuviera la seguridad de que me iban a dar, ¿yo qué he de pedir limosna? ¡Antes me vuelvo ladrón!

—No te pongas tan encendido, Blas. Yo no te digo que pidas limosna. Yo tampoco serviría para eso. Pero le puedes pedir medio pan prestado.

—Prestado sí pido yo, pero no me dan. ¡Ya sabes que no nos dan! Estamos hartos de pedir prestado a los tres tíos que tienen intereses en este campo. Y a los del pueblo también. Con todo dios está uno entrampado. Sabes que nadie nos da ya. Ni tampoco a ningún hombre del campo. ¿De qué vas a pagar?

¿Con la asadura? ¡Hoy no se fía Dios de Dios!

—Pero prueba a ver si te fía medio pan el tío Josefo.

—¿Voy a pedir yo comida de fiado? ¡Eso es de mujeres! Eso es para que se lo pidan las mujeres a las mujeres.

—Lo he estado haciendo mientras me han dado. Pero ya ninguna me puede dar, porque todas están como nosotros.

—Tarda usted mucho, padre, en traer de comer—jemequearon los hijos.

—¡ Leche! ¡ A ver si tu madre acaba y quiere salir para que se vayan esos!

—¿Qué les digo?—preguntó ella.

—Que estoy malo.

Salió Victoria.

—Creíamos que te habías muerto. ¡ Has tardado tanto!—fué lo primero que le dijeron los campesinos que la esperaban—. Lo han descostillado, ¿no?

—No le han tocado ni un cabello.

—Si os habéis conchabado para no decir la verdad, lo que queráis. Nosotros estamos

dispuestos a todo para poner a las claras el crimen que hayan hecho con tu Blas. Hoy por ti, mañana por mí. Debe de empezar alguna vez la unión en el campo. Es hora que vayamos enseñando los dientes. Los hombres ya van estando en el campo para ir donde sea menester. Dinos la verdad. Victoria: ¿qué le han hecho a tu Blas ?—dijo Juan Reina.

—Te juro que no le han tocado al cuerpo. Le han amenazado, y nada más. Lo que sí parece es que están enterados de todo lo que se está armando aquí en la diputación.

—Y más que se van a enterar el día que vean colgados a los amos en los balcones de las casas de Garzas. Voy a meter la hoz en el cuello de los amos mejor que en un tajo bien espeso de trigo blanquillo—manifestó Nicasio.

—¡ Por mi parte a ver cuando estalla! ¡ Eso es lo que es menester, que seáis hombres!—exclamó ella.

—Pues díselo a tu Blas, que es uno de los que tienen que prender la pólvora—dijo Juan Reina.

—Bueno, ¿no nos dices qué es lo que le han hecho a tu Blas?—preguntó el Cabezón.

—Os juro que no le han tocado al pelo de la ropa.

—Si nos engañas tú eres la que te engañas. ¡Adiós!

CAPÍTULO XV

Blas le preguntó a Victoria cuando la volvió a ver en el cuarto, después de despedir a sus amigos en la esquina de la casa:

—¿ Se han ido ya ?

—Ya se han despedido.

—Bueno, yo me voy al avío. Antes de media hora estoy aquí.

—; Estará todavía levantado el tío Josefo ?

—Ese está haciendo pleita hasta las tantas de la noche. Yo pasé la otra noche a las once por su casa y no se había acostado.

—Ten cuidado, Blas, con lo que haces.

—¿Soy algún recién nacido? Oye, Victoria: mientras yo voy a eso tú junta los colchones. El nuestro y el de los nenes. Haz una cama redonda. Esta noche vamos a dormir los cinco juntos. Tú y Pedro a mí lado y estos dos granujillas encima de mí. Quiero estar tocándoos toda la noche. ¡ Bien podéis decir que el padre de esta casa ha nacido de nuevo!

Blas se dirigió hacia la puerta para irse.

—¡ Que traiga usted pronto de comer, padre!—le recomendaron los pequeños.

En la puerta, Blas se quedó mirando al campo. Victoria, a su lado.

—¿ No estarán todavía esos por ahí ?—preguntó él.

—Cerca han de andar todavía. Asómate con cuidado. Y cuando los veas dales un marro.

—Bueno, yo estoy aquí en seguida.

—Ten cuidado. Blas, con lo que haces.

—¡ Hum!—y se puso en camino.

Al llegar a la esquina de la casa oyó hablar a sus amigos. Divisó también el borrón que formaba la sombra de ellos en el aire de la noche.

Con sigilo evitó que lo percibieran, y tomó una vereda que iba a casa del tío Josefo.

Los otros siguieron su camino, juntos y hablando de Blas.

—No hay quien me quite de la cabeza que le han dado un palizón bárbaro—decía Juan Reina.

—Le han molido los huesos—ratificó Nicasio.

—¡ Si no se enfermo !—se lamentó el Cabezón.

—Pues, mira, muchos, después de una pa-

liza de esas, se han puesto tísicos—habló Nicasio.

—¿ Y qué podemos hacer nosotros ? ¿ Quién se atreve ahora tomar el camino de Garzas para denunciar y armar un jaleo?—reflexionó Juan Reina.

—¡ Claro! ¡ Si no se sabe fijo lo que le han hecho, ni si le han hecho algo!—exclamó otro de ellos.

—¡Si nos hubiera enseñado el cuerpo!...—dijo el Cabezón.

Ya habíanse retirado bastante de la casa de Blas.

Continuaban aún todos juntos.

Fueron un rato en silencio.

De pronto saltó Juan Reina:

—¿Queréis trabajar?

—Trabajando estamos siempre. Y si quieres, con coger un pico y ponerte a darle golpes a la tierra... Lo que queremos es ganar el jornal—manifestó uno del grupo.

—Bueno. No estoy de broma. Hablo formal. ; Queréis ganaros unos cuantos jornales?—insistió Juan Reina.

—¿Dónde has encontrado esa mina?—preguntó Nicasio. .

—En la casa de los Palomares. Van a hacer dos mil hoyos para almendros. El administrador ha venido y admite a todo el que quiera alistarse.

—¿De verdad?—interrogó con ansiedad uno.

—¡ Y tan de verdad! Ahora que no se si os va a convenir el jornal que se saca—hablaba con cierta ironía—. Trabajando con toda la fuerza de los pulmones, y no perdiendo el tiempo en echar un cigarro, se pueden sacar unos seis reales de jornal.

—¡Ni para arreglar las herramientas sacas !—exclamó uno.

—¡No acudirá nadie!—rugió el Cabezón.

—¿Que no? Esta mañana he pasado yo por allí, que precisamente por eso me he enterado, y había más de veinte hombres, haciendo hoyos.

—Ninguno que trabaje un día volverá al otro.

—¡Eso por supuesto!—exclamó Juan Reina.

—Pero si eso es ganar menos que no trabajando—declaró Nicasio.

—¡Y que lo digas!—exclamó Juan Reina.

—Con la ropa que pudres, con el sudor que echas, y lo que te gastas en arreglar las herramientas pierdes más de seis reales—exclamó otro.

—¡ Y luego te desmayas más que si estás parado!—dijo el Cabezón.

—¡ Está bueno el campo!—manifestó Nicasio.

—¡España entera!—afirmó Juan Reina.

—Pues el mundo está todo bastante removido—dijo otro.

—¡Hasta los ingleses! Eran los tíos más ricos del mundo, y a lo que dicen por ahí se han quedado perdidos—habló Juan Reina.

—¿Los ingleses?—interrogó uno.

—Sí: ayer lo oí yo decir en el mercado. Estaban diciendo que se han perdido rematadamente.

—Ya ves tú, los ingleses, que son amos de casi todas las minas nuestras y de los trenes. ¡ Pues lo que es la uva y toda la fruta que manda España para allá no va a correr muy buena suerte! Ya ves, los ingleses, que eran amos de casi todo.

—¡ Y hasta de los vapores que andan por la mar! Vas al puerto de Borena y todos los va-

pores que hay amarrados son de los ingleses.

—¡Todo se está haciendo polvo! El mundo lleva camino de que sea de los pobres.

—Eso dice Blas el Pintado que le decía el sobrino del tío Gas: que no puede ser el mundo de dos o tres tíos nada más. El mundo tiene que ser de todos. Todos trabajando, que se gane bastante para vivir bien y sin cansarse mucho en el trabajo.

—¡Y que cada uno trabaje en lo suyo! ¡En lo propio!

—¡Claro!, el trabajo propio no duele.

—¡Y además cunde más!

—¿Pero eso cuando llegará?

—¡Mucho se están despertando los hombres!

—Yo por mi parte estoy dispuesto a echar el cuerpo fuera el día que se diga de hacernos amos de Garzas.

- ¡Y yo!

—A todos los que estamos aquí no necesitarán corrernos las espuelas para que arranquemos.

—¡Qué coraje tomé ayer tarde!—exclamó el Cabezón—. Pasé por lo del tío Cuchillos y vi que las ovejas se estaban comiendo un sembrado de trigo.

—Es que es un perro su amo. Se empeñó en no pagar los jornales de la escarda a más de siete reales y, claro, no quiso escardarle nadie. Se quedó el trigo sin escardar; la yerba se lo habrá comido. Y ahora se lo tienen que echar al ganado.

—¡Como ese amo hay muchos!

—Peor es todavía don Andrés Satín, que tiene el trigo de Dios sabe los años en el granero, y se le está pudriendo. Hace dos semanas pasé yo por la hacienda que tiene en el Morrón y estaban sacando los mozos capazos de trigo podrido al estercolero. ¡Me dieron ganas de degollar al tío!

—¡Está buena España!

—Y es que a los amos se les ha calentado el deseo de abusar tanto...

—¡A los amos y a todo Dios que tiene una miaja de poder!

—Es que los señoritos se quieren quedar solos en el mundo. Todo quieren que sea para ellos.

—Mal me parece eme llevan el viaje.

—No se puede hablar. Luego veremos.

—Esto tiene que estallar por alguna parte.

—Pero si estalla por donde nos haga polvo

a nosotros... Algún tío se va a levantar que se va a hacer amo de toda España y le va a poner los grillos a todo Cristo. Acordaros de Primo de Rivera. Pero me parece que si ahora se levanta algún tío va a ser peor todavía.

—Dices tú Primo. Aquello fué malo. ¿Pero y ésto?

—Esto es malísimo, pero es la agonía de los señoritos. Son las moscas rabiosas del otoño, cuando saben ya que van a morirse. Esto es ya que van a la desesperada: el lobo herido que va dando ya las últimas tarascadas. Es que se han juntado ya todos los señoritos para ver si matan al pobre y se salvan ellos.

—No seas tonto, que a lo mejor se levanta otro tío peor que aquel.

—¡Cá! Si se levanta dura tres días. ¿Porqué se fué Primo? ¿ Por qué se ha tenido que ir el Rey? ¡ Pues porque España ya no aguanta amos!

—¡La gente se ha soltado el pelo!

—Estáis hablando de que España ya no aguanta ningún amo. ¿ Pues qué es el Gobierno este de la República sino también un amo como Primo de Rivera y el Rey? Todas las

cosas que padecimos antes las padecemos ahora. ¡Y matando a las criaturas por esas calles, como a chinches!

—¡Pero esto es como la flor de la maravilla! Esto se va como el arco iris.

—¡Sí, sí! Échate tú esas cuentas. Esto va a durar más...

—Yo no soy zahori y no te puedo precisar cual va a ser el minuto que guiñen la jeta para morirse. Pero me apuesto lo que queráis que esto es lo último de los señoritos. Podrá durar más, podrá durar menos...

—Lo que tardemos los pobres en decir todos a una dando un empujón: ¡ale! Si esto no es nada. ¿Qué es ésto? ¿Vosotros sabéis lo que es ésto? Pues yo lo tengo comparado... España es como una fábrica de harinas... ¿Vosotros habéis visto esa fábrica de harinas que hay en Garzas en la calle de la Luna?

—Yo he entrado una vez.

—Bueno, pues España es como una fábrica de esas. Tenía un amo, que era el Rey. No era de verdad de él, pero el tío la estaba disfrutando. Era de los hombres que habían derramado su sudor para levantarla, y hacer las máquinas. Pero como el amo los tenía ama-

rrados, haciéndoles subir los costales de trigo a la tolva, estaba apoderado de ella por la fuerza.

—¿ Eso es tuyo, Juan ?

—¡ Calla! Y así iba la vida de la fábrica: El amo comiendo con todas las bocas, y los demás jodiéndose. Le tomó tanto gusto al caramelo que quiso abusar más todavía y buscó a un cabo de vara. Que fué Primo. ¿Y qué pasó ? Que se rompió la cuerda que tenía amarrados a los hombres. ¿Y qué pasó? Que el amo tuvo que echar a su cabo de vara. Puso a Berenguer, para ver si le daba más resultado, en vez de tenerla amarrada, matar la gente. ¿ Y qué pasó ? Que los obreros de la fábrica a medida que les mataban más compañeros más se envalentonaban y más se zumbían contra él, contra el amo. ¿Y qué pasó? Que saltó también, el amo, como el taco de un tiranabos.

—¡ Y vino la República!

—Eso es—siguió diciendo Juan Reina—. A la fábrica la tomó la República. Que es a lo que iba. ¿Vosotros sabéis lo que es esto, este nuevo amo que tiene la fábrica? Pues son los pedazos que se ha dejado el amo principal enganchados en las ruedas de las máquinas y en todas las partes de la fábrica, al irse. Eso es esta República. Pero con nada que hagamos salta y la fábrica queda nuestra, que es de quien debe de ser.

—¡ Choca! Estamos en el mismo pensar. Yo tengo metido en la cabeza ese mismo teatro que tú. Esto, en menos palabras que tú lo has dicho, del Gobierno y los amos, es como un toro de ganadería, de esos de las corridas, que está en medio de un prado, dueño y señor, comiendo a barriga llena. Nadie se puede meter en el prado a comer yerba porque el toro embiste y le da una cornada al lucero del alba. El toro es todo esto que nos tiene dominados y se bebe nuestro sudor: los amos y el Gobierno. Pero las cuatro patas del toro, y el prado, somos nosotros. Y si un día las cuatro patas se ladean a un lado, el toro se cae espanzurrado y se revienta.

—Pues por esos pueblos se está moviendo mucho la gente. ¿No habéis oído que dicen los periódicos que se han levantado los hombres del campo y se han apoderado de muchos pueblos?

—Sí. Pero en seguida llega la Guardia

civil y los barre a tiros. Y las casas las vuela a cañonazos.

—Algún día no habrá guardias civiles bastantes para pegar tiros en todos los pueblos.

—Calla, ¿no habéis visto?—habló en voz muy apagada el Cabezón.

—A mí me ha parecido que venía alguien por la vereda y se ha apartado, escondiéndose ahí entre los pinos.

—¿ Fantasmas ?—preguntó Nicasio, guaseándose.

A un lado, casi al borde de la vereda, había una mancha de pinos que subía por toda la vertiente del monte. hasta traspasar la cumbre.

Se pararon, quedándose unos instantes en acecho y silenciosos.

—Bueno, pues os juro que venía alguien por la vereda y se ha apartado al darse cuenta de nosotros—insistió el Cabezón.

—¿Quién podrá ser?

—Será figuración tuya.

—Yo también lo he visto.

Hablaban muy bajo, casi imperceptible.

Seguían parados.

—Y se ha metido ahí, en los pinos.

No había luna, pero la noche era muy clara. Todas las estrellas palpitaban con luz potente.

—¿Queréis que busquemos a ver si hay alguien ?

—Vamos.

Juan Reina y Nicasio, que eran de los que llevaban escopeta, la desmontaron del hombro y se la pusieron a un lado, rozando con una cadera, en guardia, como cuando se va a levantar una pieza.

Se internaron en los pinos, seguidos de los otros, que agarraron grandes piedras.

—¡Alto!—gritó Juan Reina, echándose la escopeta a la cara, encañonando a un bulto que estaba pegado al tronco de un pino.

—¡ No me vayas a tirar, Juan, que soy yo : Romualdo el Canario!—habló el ampostado.

—¿Eres el Canario?

—Yo soy.

Acorralaron a Romualdo.

—¿ Eres tú el que venía por la vereda ?—le preguntaron.

—Sí, yo.

—¿Qué es lo que llevas ahí a cuestas?

—le interrogaron al distinguir un bulto grande que llevaba sobre el hombro.

—¿ Esto ?—preguntó con acento lúgubre—. Venid para fuera y lo veréis. Por eso me he apartado cuando os he visto. No quería que lo viéseis.

Cuando estaban fuera de los pinos, en una calva de la vertiente, Romualdo se despojó de su carga y la dejó en el suelo. La llevaba liada en una manta.

Todos se quedaron contemplando a Romualdo.

—¿Es un hombre, Romualdo? ¿Te has peleado con alguno; lo has matado y lo llevas a esconderlo ahí entre los pinos?

—¿Alguno de vosotros lleva mixtos?—preguntó Romualdo, con su mismo acento lúgubre.

—Tú, Mateo, enciende, que tú llevas una caja—dijo uno.

Romualdo, mientras Mateo sacaba la caja de cerillas, deslió su carga.

Mateo encendió la cerilla y la aproximó al bulto que yacía en el suelo.

—¿Es tu Encarnación, Romualdo?—preguntaron todos asombrados.

Romualdo murmuró algo que no se oyó. A las palabras de los campesinos se apagó la cerilla.

—Mateo, enciende otro—dijo Nicasio.

—¿ No habrá por ahí albardín seco ?—preguntó Mateo—. Porque sino vamos a gastar los pocos mixtos que tengo. Coger cada uno un puñado de albardín, hacer un hachón, y así veremos mejor.

Ardieron sendos hachones en las manos de los campesinos, a uno y otro lado del cuerpo que yacía en el suelo.

—¡Tu Encarnación es, Romualdo! ¿Qué es ésto?

—Que está muerta. ¿No lo veis?

Romualdo siempre hablaba con aquel acento siniestro que apenas dejaba que se percibiese lo que decía.

Seguían los campesinos, a uno y otro lado del cadáver, con sus hachones encendidos en las manos, contemplando a la muerta.

Era una mujer joven. No tendría más de veintitrés años. Su rostro, pálido hasta lo inverosímil, no conservaba ni un adarme de carne. Su cara era completamente una calavera tapizada de raso amarillo. Sus ojos es-

taban abiertos y desencajados. Pero no mostraban esa natural opaquedad de los ojos de los muertos. Los de Encarnación estaban aun más apagados que aquéllos, como si antes, mucho antes de morir, se les hubiese apagado la mirada a causa de un arder muy intenso e interno. Estaban muertos, apagados hasta lo último, pero, sin embargo, tenían cierta expresión que los diferenciaba de los otros de los demás muertos.

En la frente tenía unas manchas grandes, como brochazos de purpurina dorada. Vestía traje de percal a florecitas, en buen uso, y unas alpargatas nuevas, sin medias. Podía adivinarse, por el asiento que hacían las ropas en su cuerpo, y por las manos, que estaba en los puros huesos. Su cabello quizá hubiese sido negro, pero estaba descolorido por la anemia.

Los hachones de los campesinos doraban el cadáver, de pies a cabeza.

Las caras de los campesinos también se veían iluminadas por la luz del albardín ardiendo.

Ninguno de aquellos hombres pasaría de cincuenta años. Todos, variando algo en la

estatura, parecían el mismo: idénticas facciones, más que moldeadas en el vientre materno por la simiente de sus progenitores, parecían cinceladas por los elementos y por los trabajos que llevaban sobre la tierra. -

El único que se diferenciaba de entre todos era Romualdo. Este era el de menos edad. Tendría unos veinticinco años. Encorvado, junto a la cabeza de su difunta mujer, estaba melancólico y silencioso, con los brazos cruzados, contemplándola.

Ver la cara del cadáver y la de Romualdo era lo mismo. Parecían de cera, cuajadas en el mismo molde. Únicamente se diferenciaban en que en los pómulos de él había unos brochazos púrpura.

Nicasio le preguntó:

—¿Dónde la llevas? ¿Cómo te atreves a sacarla así, liada en una manta, a cuestas por mitad del campo, solo y de noche? ¿Qué te pasa, Romualdo? ¿Estás en tu juicio? ¿O tienes una calentura tan grande que estás desvariando ?

—La he sacado de noche, para que no me vea nadie.

—¿Pero a dónde le la llevas así, a escondidas?

—Al cementerio de Aviles. Ese es el cementerio nuestro. ¿No es ese cementerio el que corresponde a esta diputación?

—Sí, ése es.

—Pero a esta hora, tan solo, y así sin nadie, sin entierro... ¿Estás loco, Romualdo? ¿Qué te pasa?

Romualdo se quedó acentuando la luctuosidad de su rostro.

—¿Estás en tu juicio? Tienes mala cara. Romualdo.

—No estoy bueno.

—Yo sabía que estábais malos tú, tu mujer y tus nenes. Pero que había finado la pobre...

—Y yo también lo sabía.

—Y yo.

—Y yo.

Todos sabían que en casa de Romualdo estaban todos enfermos.

—Hasta más te voy a decir: me habían dicho que el que estaba peor, casi para morirse, eras tú.

—Yo he estado peor que Encarnación. Yo

estuve una noche tocando la muerte. Pero hace cuatro días empezó la calentura a arreciarle a ésta, y la ha frito. Anoche fué cuando la pobre... Nada, se quedó como un pájaro. Yo estoy, también, para estar acostado.. ¿Pero qué voy a hacer? ¡A la fuerza ahorcan!

—Pues como no os apartéis de los alrededores de aquellas lagunas, vais a echar todos aquellos vecinos el mismo viaje.

—Sí, casi todas las familias de aquellos alrededores están asadas de calenturas. Dicen que son los mosquitos. Pero yo no creo que eso tan pequeño haga tanto daño. Pero el caso es que todos estamos tumbados en los jergones, con unas tiriteras... El que no está acostado en las casas está tirado por aquellos carasoles, con unas caras de muertos que espantan. ¡Y se van en manadas las criaturas a donde pega bien el sol, porque con estas calenturas dan unos fríos!... Como os digo, todo dios está por allí malo, y de vez en cuando toma alguien el viaje para donde va mi Encarnación—no pudo acabar, porque los sollozos le salían, atrepellándose, del pecho.

—No te pongas así, Romualdo, que nos rebanas las entrañas. Si, después de todo, este viaje lo tenemos que hacer todos. Mira, quién sabe si el que se muere gana.

—Anda, hombre, ponte tranquilo y dinos por qué la llevas así liada en la manta, solo y a media noche.

—Ya os he dicho que al cementerio de Aviles.

—¿Pero así?... Así, de esta forma, no se llevan a enterrar a los muertos. ¿Tú no ves que te puede ver alguien y denunciarte a la Justicia, y te pueden perder?

—No, no hay cuidado. Tengo los papeles arreglados. La papeleta del médico y lo que hace falta en el Registro civil. Todos los papeles los tengo arreglados. Y el cura también lo sabe. Es que... Vosotros sois conocidos y os puedo hablar claro: no tengo dinero para el gasto del entierro—y gemecó—. ¡ Ni para el ataúd!—los hipos de llanto le ahogaban las palabras.

—Estás desconocido, Romualdo. Tú siempre has sido un hombre entero. Tú eras un león antes, que aguantabas lo más duro sin que el corazón se te blandeara nada.

—Sí, sí; ¿pero tú sabes lo que llevo sufrido? ¿Tú sabes como me han dejado las calenturas?—decía entre gemecos—. ¡El dolor me ha dejado muy calado! Miradme. No soy ni mi sombra. De vez en cuando me agobian unas llanteras... Ahora mismo no puedo remediarlo—seguía gemecando.

—Las calenturas son malas, malas. Oprimen mucho el espíritu. Y cuando no hay medios para asistirlas...

—¿Medios? Ni un céntimo

—¿ Me lo vas a decir a mí ?

—¡ Como estamos todos!

—Como no he podido comprar el ataúd, por eso la llevo así, y de noche, para que no me vean.

—Pero para un ataúd podías haber pedido, hombre. Entre toda la diputación hubieses juntado para comprarlo.

—Me daba vergüenza. ¿Y cuánto tiempo hubiera tardado en juntarlo? Se me hubiera podrido Encarnación. Y, además, si vosotros tampoco tenéis ni un céntimo.

—Tienes razón, Romualdo.

—¿Y por qué no has ido al Ayuntamiento?

—Si he estado esta mañana en el Ayun-

tamiento. Si me he pasado hoy casi todo el día en Garzas. Me fui esta madrugada para arreglarlo todo. Los papeles los he podido arreglar, porque ha ido conmigo a todas partes mi barbero, que es un hombre muy bueno. Pero el dinero del ataúd no lo he conseguido. ¡No me iba a poner a pedir limosna en las calles! Me daba mucha vergüenza. Y, además, tampoco hubiera podido juntar para el ataúd. No da nadie nada.

—¿Pero y en el Ayuntamiento?

—¡Allí! Allí lo que he hecho ha sido perder media mañana. Es donde primero fui.

—¿Y qué te han dicho?

—Pues que eso de dar para un ataúd no son gastos que estén apuntados en las cuentas del Ayuntamiento, y que tenían que celebrar sesión los concejales para acordarlo. Eso ha salido diciéndome un municipal, después de haber ido, de mi parte, a hablar con el alcalde. Me ha mandado el alcalde con la respuesta dos reales—y se puso otra vez a gemecar.

—Tú debías de estar acostado.

—¡Lo que a unos les falta, a otros les sobra! ¡Hasta en la muerte! Esta, ahí liada en

una manta, y a lomo de su marido, que es un muerto como ella, camino de la huesera. En cambio, otras en buenos coches, con tíos con gabanes y chisteras, arrastrados por piaras de caballos lustrosos, con plumeros.

—¡Ya los llevan en automóviles, hombre! —exclamó uno.

—Eso es, que ya los llevan en automóviles. El otro día vi yo un entierro, y el coche del muerto era un automóvil.

—¡Bah! ¿Os va a dar envidia, ahora, de los entierros de los señoritos? A mí, cuando me muera, que me lleven como llevan a ésta, o que me dejen en mitad de un barranco a que me piquen los cuervos. Yo para lo que tengo calor en el alma y quiero pelear es para las cosas de la vida. ¡A mí que me entierren como quieran!

—¡Y a mí! ¿A quién le va a dar envidia de un entierro lujoso? Pero yo lo he dicho, por un decir. Porque cuando se lleva a enterrar a una persona como lleva Romualdo a su mujer, es porque ya se está en lo último. Porque el hambre es muy grande. Por lo demás, si hay votación para que a las personas, cuando se mueran, las dejen en mitad de un

barranco, en cueros, a que sean despedazadas por los cuervos, mi voto es para eso. Pero los caballos que llevan los coches de los muertos los crían los pobres, y los coches también los hacen los pobres, y los automóviles, también...

—¡ Y hasta la madera con que los hacen, la cría y la corta el pobre! ¡ Y el mineral del hierro de los coches!

—Pues hasta los señoritos, después de muertos, son los que disfrutan de todo lo que le cuesta el sudor al pobre. ¡Hasta le levantan casas para que estén a gusto en los cementerios !

—¿Vais a estar hablando toda la noche, con esta difunta aquí en medio, tirada? ¡Da dolor que Romualdo siga con ella a cuestas! —dijo Juan Reina.

—Si no pesa nada. Menos que un papel de estraza—murmuró Romualdo.

—¡ Eso que tiene que ver! Nos iremos dos contigo, y la llevaremos. ¿Pero esta noche la vamos a meter en el cementerio?

—Sí. Llevo aquí los papeles. El cura también lo sabe, y hace la vista gorda.

—¿ Pero va a estar el cura esperándote ?

—No. Ha dicho que eso no importa. Me

ha dicho que yo no diga nada, y todo parecerá que se ha hecho como Dios manda.

—¿Pero y el sepulturero?

—Sí, también lo sabe. Ha estado hablando con él un vecino mío, que el hombre me ha ayudado bastante. El sepulturero le ha dicho que cuando llegue llame a la puerta. Vive allí mismo. Todo está hablado. Me lo ha arreglado ese vecino. No ha venido conmigo porque esta noche le ha dado a él la calentura.

Los hachones de albardín ya hacía rato que no ardían.

No había otra luz que la de las estrellas.

Transcurrieron unos segundos en silencio, contemplando a la muerta.

De pronto preguntó Nicasio:

—¿ Vamos a estar así toda la noche ?

¿ Quién va a ir con Romualdo al cementerio?

—Déjalo. No hace falta, si puedo yo ir solo.

—Iremos yo y Andrés—dijo el Cabezón.

—Bueno, pues listo—manifestó Andrés.

Los dos se pusieron a envolver el cadáver, y Romualdo se precipitó a ayudarles.

—¡ Pero si pesa menos que si fuera de car-

ton!—dijo Andrés al levantar el cadáver y echárselo al hombro.

—Nada, no pesa nada. ¿Tú te crees que si pesara algo hubiera podido yo con ella?

—Bueno, .llévala tú ahora, Andrés, un rato, y después la tomaré yo—dijo el Cabezón.

—Bueno, adiós, Romualdo. Sentimos tu desgracia. No hay que apurarse, hombre. Ese es un viaje que lo tenemos que hacer todos —se despidieron los otros.

—Sí, pero mi Encarnación se va en la flor de la vida—y otra vez se puso a gemecar.

—¡Válgame, Romualdo! Tú estás muy malo, hombre. Tú te debes ir a tu casa, que éstos llevarán a la pobre Encarnación a enterrarla.

—¡ Ca! ¡ Cómo es posible que yo me deje a mi Encarnación en mitad del camino!

Andrés, con la muerta a cuestas, seguido de Romualdo y del Cabezón, tomó el camino del cementerio, que no estaba muy lejos.

Los otros se pusieron andar, comentando el suceso.

El entierro ya no se veía, aunque aún estaba cerca; pero la noche, con su aire negro, lo cubría.

Los suspiros de Romualdo sí se oían.

—En el tiempo que tengo no he visto lo que estoy viendo de algún tiempo a esta parte.

—¡ Y veremos más todavía!

—¡ Hasta que se nos hinche a nosotros el resuello!

Y siguieron andando hacia sus casas, hablando.

CAPÍTULO XVI

Se pasó el verano, con gran angustia para los campesinos.

La cosecha había sido escasa, y los jornales míseros y casi nulos.

A algunos amos, por querer aun pagar más mezquinos los jornales, y a fuerza de esperar, sin querer segar, para que los campesinos tuviesen que entregarse y acceder al salario que ellos querían, se les pasó el trigo y la cebada.

Y ya con las espigas vacias de grano, tuvieron que quemar las altas rastrojeras, para que, por lo menos, sirviesen de abono a la tierra.

Los campesinos de Garzas se tambaleaban de hambre. Pero, a pesar de esto, de estar cada día más extenuados, en los esqueletos, que iban ya siendo sus cuerpos, comenzaba a surgir el germen revolucionario.

Ya no era Blas el líder único que trabajaba noche y día en la diputación de los Brue-

zos, inculcando la rebeldía contra el Gobierno de la República y contra los amos, en ansias de reivindicaciones proletarias.

El fervor de lucha, de Blas, no se había apagado en lo más mínimo. Lo que pasaba era que en el campo iban surgiendo muchos hombres como Blas.

La casi totalidad de la masa campesina de la diputación se habia convertido en un solo líder.

La mayor parte de los hombres de Bruezos competían en odio al régimen burgués y en ansias de reivindicación.

Blas habíase disuelto en la masa de la diputación. Era uno de tantos.

Llegó septiembre, y los campesinos de Bruezos, y de casi todas las diputaciones de Garzas, formaban una gran masa al rojo.

¿Pero qué hacer para moldearse en acción, en acción que tuviese una eficacia revolucionaria ?

En las tertulias que formaban bajo las higueras y en las eras sin mieses, charlaban y charlaban, haciendo proyectos, pero nunca los realizaban.

Siempre, después de grandes discusiones,

quedaban en que todos los proyectos que se les ocurrían eran absurdos.

Tenían germen revolucionario...

¡ Pero era tan grande su ceguera!

No tenían idea de nada.

¡Y sin rudimentos de técnica revolucionaria!

Algunos sabían deletrear, y cogían en el pueblo periódicos atrasados y los llevaban para leerlos en los grupos.

Por los periódicos, se enteraban que en algunos pueblos de España se levantaban masas de campesinos y se apoderaban de ellos. Pero que luego eran barridos por la Guardia civil, a fuerza de huracanes de balas de mauser.

—¿Veis?—interrogaba alguno después de leer estas noticias—. No nos podemos estremecer. ¡Nos harían tierra, como a esos!

Un día leyeron en un periódico este epígrafe: "España desde anoche es una República de trabajadores".

—¡ Ju, ju, ju!—rieron encoraginados a coro.

Cundía, también, la voz, por todas las diputaciones, que el sargento Carranza iba llamando, de vez en cuando, al cuartel, a algún descarriado, como a Blas el Pintado.

Se ignoraba la suerte que estos hombres iban corriendo.

Con frecuencia, como no tenían que hacer nada en el campo, acudían al pueblo, invadiendo las barberías para adquirir noticias.

En ellas les oían decir a algunos obreros rojos:

—Mientras estamos pasando los trabajadores hambre, el Gobierno nos tiene abandonados, en espera de una legislación burguesa. ¡Antes que leyes y antes que nada, el Gobierno debe darles soluciones a los problemas que hay planteados, que no tienen un minuto de espera! El hambre de los trabajadores, ¿tiene aguante? Y es que el que nunca ha pasado hambre, no. sabe lo que es eso. Y cuando pedimos pan nos contestan con las bocas de los fusiles. ¡Hasta que el mundo no sea de los que pasan hambre! ¡No hay más que luchar por un Gobierno obrero y campesino, como en Rusia!

Los campesinos maldecían a los hombres del Gobierno y a la burguesía entera.

La conciencia de clase iba afianzándose más y más en las entrañas de ellos.

Comenzaron a salir en Garzas patrullas de

obreros, implorando la caridad, mendigando.

Los grupos de obreros revolucionarios se mantenían fuertes, promoviendo constantemente conflictos.

Los campesinos decían que antes de pedir limosna, degollarían al pueblo entero.

Y llegó el día de San Miguel, fecha en que los campesinos de Garzas tenían que pagarles las rentas de las tierras a los amos.

De madrugada en los caminos que afluían al pueblo, se veía gran concurrencia de campesinos. Iban reuniéndose en grupos a medida que se iban encontrando.

Así, a grandes núcleos, se dirigían a Garzas.

El día prometía ser de lo más luminoso y cálido.

Casi todos los grupos llevaban la misma conversación: de su insuperable desdicha.

Cuando por alguna vereda o por algún eriazo aparecía el campesino que se dirigía a juntarse al grupo, los otros le decían algo análogo a esto:

—A pagar la renta, ¿eh?

—¿Es que la vais a pagar vosotros? Yo, por mi parte, no llevo ni un céntimo. Voy a

darle palabras al amo. A hacerme presente, para que no me lleven al juzgado y no me echen de la tierra.

—Anda, pégate a nosotros, que todos vamos a lo mismo.

—¿Qué vamos a pagar si ni siquiera se come? ¡Qué abuso hay en esto de la tierra! Está uno matándose para hacerla criar algo, luego no cría nada porque no se tienen medios, y encima tienes que darles los santos cuartos al amo—solía contestar el recién llegado.

—No cría la tierra, porque la tierra no cría mientras no sea del que la trabaja. ¡Y van a estar los campos, ya veréis, sin criar una maldita lleta, y nosotros rabiando de hambre, mientras no tengamos alma, los que la trabajamos y echamos el sudor en ella, y la tomemos, porque es nuestra!

—Yo siempre lo he pensado: lo natural es que la tierra del campo sea del que la hace criar.

Después se ponían a preguntarse el tiempo que cada uno de ellos estaba trabajando la tierra que tenía.

—Yo estoy pagándole al amo ya diez años

seguidos la renta. ¡Eso hace que llevo la tierra que tengo ahora!

—¡Diez años! ¡Ju, ju, ju! ¿Te crees que has dicho algo? Yo tengo setenta años, si no me equivoco en mis cuentas, y cuando me casé, que entonces tenía yo veinte años, tomé la tierra que llevo. ¡Ya veis! Cincuenta años justos la estoy pagando. Y, además, ya se lleva bebido todo mi sudor, el de mi mujer y el de mis hijos.

Siempre había algún viejo entre ellos que saltaba con una sonrisa sarcástica:

—Más tiempo que tú llevo yo la mía. Porque nací en ella, y tengo, sobre poco más o menos, tu misma edad. Y, además, mi padre, mi abuelo, mi bisabuelo, el padre de mi bisabuelo y toda mi casta han estado dejándose los pedazos del corazón en ella, en la misma que tengo yo ahora, y pagando todos los años los santos duros. ¡A veintitantos amos que ha tenido ya la tierra! A los tíos ladrones, que, bebiendo la sangre del pobre, han ido ahorrando dinero para comprarla.

Así iban hablando los grupos, por los caminos de las distintas diputaciones, hacia las casas de los amos.

Por el camino Hondo, de la diputación de la Higuera, iba uno de estos grupos, levantando una barrera espesa de polvo, al lento andar. El camino tenía más de tres palmos de polvo.

Las ocho de la mañana próximamente.

El sol picaba desde un cielo azul sin el borrón de una nube.

—¡Hola, Pilín! A pagarle la renta al amo, ¿eh?—le dijo, uno del grupo, al campesino que acababa de llegar.

—No hay más remedio. A pagarle al amo. No va uno a dejar que le quiten la tierra y se meta otro. Hay cincuenta esperando que tú te descuides para meter la cabeza.

A todos se les mudó el color, y en los ojos les brotó el coraje.

Fueron a decirle algo, no muy cariñoso, pero Pedro Mellinas, un hombre cincuentón, los calló con un gesto imperativo.

Siguieron andando, levantando aquella polvareda tan grande, comentando la crisis del campo, pero sin aludir en nada a la puntualidad de pago de Pilín.

Pilín también terciaba en la conversación,

pero no mojaba su pincel en tintas demasiado negras al pintar el panorama.

De pronto preguntó Mellinas:

—¿Cuánto pagas tú de renta, Pilín?

—Cien duros.

—Muy buena es tu hacienda para pagar cien duros. ¡

—Es que no la llevo toda a renta. Los árboles y los pastos los llevo a medias con el amo.

—Y con los tiempos que corren, ¿te defiendes tú en la hacienda, Pilín?

—Trabajo mucho y le hago trabajar también a la familia, y vamos tirando. Hace mucho la buena administración de la casa.

—Pues estás de non en el campo. Porque los demás estamos en las últimas.

—Hombre, en el campo pasa como en todas partes: hay quien tiene más y hay quien tiene menos.

—Pues todos los que vamos aquí, quitándote a ti, ninguno vamos a poder pagar la renta. ¡Y si fuera eso solo! Lo peor es que estamos desnudos, y hace ya bastante tiempo que en nuestras casas no se come.

—Pero, hombre, es que os habéis juntado aquí toda la pobretería de la diputación.

—¡Pero con tanta vergüenza como el que más tenga!—gritó indignada una mujer de unos cuarenta años.

—No es para que te pongas así, Milagros. Yo no te he ofendido, mujer. He dicho que sois pobres. De eso no tenéis vosotros la culpa. No habéis tenido la suerte de coger una buena hacienda...

—¡Porque no somos unos limpiachaquetas de señoritos, como eres tú, que te pasas todas las mañanas en los cafés de Garzas, limpiándoles las cascarrias a los señoritos! —gritó Milagros.

—Yo estoy desahogado porque me dejo la piel trabajando. Y no malgasto ni un céntimo. Ni una maldita copa me tomo. Estáis siempre diciendo en el campo unos cuantos: "No se puede más. Todo está rematado, está rematado". El campo está como ha estado siempre y como está todo: el hombre que trabaja y se administra bien, vive, y el que no, pasa su calvario, como lo ha pasado siempre.

Fueron a tirarse a él, insultándolo, pero Mellinas los atajó, diciendo con flema:

—¡Dejadlo! ¡Parad el tren! Pilín tiene razón. Nosotros somos unos gandules, y por eso estamos tan perdidos.

—Hombre, gandules no digo yo que seáis. Que no tenéis suerte. Pero no decirme que no hay bastantes familias, en el campo, que están desahogadas, haciéndoles criar bien a sus haciendas. Y, si no, si no criaran los campos, ¿de qué come todo bicho viviente? Sí, hay familias que le hacen criar a la tierra.

—¡Sí, todos los tíos que son de sinvergüenzas como tú!—exclamó Milagros.

—¡No me faltes! No abuses de que eres una mujer, porque me vas a calentar, me voy a figurar que eres un hombre y te voy a dar una patada en mitad del estómago.

—¡Si te dejo yo que te acerques! ¡Si haces la acción te tiro una piedra a la cabeza y te dejo en el sitio, tío chucha! ¡Anda, si eres valiente!

—¡Bah!—exclamó Pilín subiendo los hombros—. Yo con una tía no me meto.

—¡Vaya un hombre! ¡Tú que has de ser un hombre! ¡Vaya un hombre, que ha sido pedáneo cuando mandaba Primo de Rivera!

Los otros querían intervenir para apostro-

far y, quizá, para arrastrar a Pilín, pero Meninas y otro que se llamaba Roque el Lechuga les guiñaban el ojo para que se callasen y se quedaran quietos.

—¿Y qué tiene que ver que yo haya sido pedáneo con don Miguel Primo de Rivera?

—¡Pues que todos los hombres que tenían vergüenza en esta España estaban contra él, porque era un inquisidor que tenía martirizado al pueblo!—vociferó Milagros.

—¡Un inquisidor! El mejor hombre que ha tenido España. Lo que pasa es que le gustaban las cosas muy rectas.

—¿Pero es que te vas tú a meter ahora con el general Primo de Rivera, Milagros, delante del Pilín? ¡Pero si Pilín!... ¿No ves que Pilín era de la Unión Patriótica?—dijo con socarronería un vejete llamado Julián.

—¡El mejor partido que ha habido!—afirmó Pilín.

—Antes, ¿no?—le preguntó Julián en sorna—. Hoy el mejor partido será la República, ¿verdad?

—Pues no te creas, no está tampoco mal la República—dijo Pilín.

Uno del grupo, Felipe, no pudo contenerse:

—¡Eso es lo que ha echado a perder, lo que ha podrido a la República: todos los tíos de la Unión Patriótica que se han metido en ella!

—¡Cá! A la República la tiene perdida el que es también de señoritos—afirmó Mellinas.

—¡Eso! ¡Porque es de los señoritos!—exclamaron todos.

—Estáis locos—contestó Pilín—. Lo que tiene perdido al campo son los malos consejos de los tíos bolcheviques. Estáis imbuidos yo no sé de qué. Decís que la República es de los señoritos, ¿por qué es de los señoritos?

—¡Porque lo es!

—¿Porque son los señoritos los que nos gobiernan?

—¡A ver! ¡Y por qué gobiernan para beneficio de ellos!

—¿Pues quién nos va a gobernar? ¿Vais a ser vosotros, que ni siquiera sabéis leer? Gobiernan los señores, en la República, porque son ellos los que saben; pero gobiernan para bien del pueblo. Como pasaba cuando don Miguel Primo de Rivera. Mandaban tam-

bien los señoritos, pero era para bien del pobre.

—¿Ves, Pilin? Tiene razón Milagros. Si eres un limpia cascarrias de señoritos—dijo Felipe.

—Lo que pasa es que estoy en mi juicio y no desvarío. A mí no se me llena la cabeza de humo, como a vosotros. ¿Es que queréis ser vosotros los ministros?

—¡ Mira; quiza lo hiciéramos con más justicia que los que hay! Y sabríamos, quizá, mejor que ellos lo que le hace falta al pobre, porque somos pobres. Nadie sabe lo que le hace falta a una cosa como no sea esa cosa— razonó Felipe.

—Lo que tiene perdido al campo no son los Gobiernos, como vosotros decís, ni los amos de la tierra. Lo que tiene perdido al campo son los humos que han tomado los pobres.

—¡-Lo que pasa es que vamos viendo claro! ¡Que nos vamos quitando el abuso del lomo! Lo que pasa es que sabemos que todo es del pobre y que todo lo hace el pobre, y que está muerto de hambre como bestia vieja. Y, si no, vamos a hacer dos bandos: uno

con todos los señores juntos, y otro con toda la pobretería junta. Y que cada bando se vaya a un sitio. Uno que se vaya a la América, sin nadie más que él solo, y el otro que se quede aquí en este lamparón grande de tierra que pilla España, la Francia y todas estas naciones de por aquí cerca, también solo. Y a ver, cuando se pasen algunos años, ¿cuál vive mejor? El bando de los señores o el bando de los pobres. ¡Si antes de un par de años no se han muerto podridos de hambre todos los señores y se acaba la casta de ellos para siempre, que rae corten la cabeza! Y que me la corten también si el otro, el bando de la pobretería, no vive más a gusto que en ese Paraíso Terrenal que cuentan que había.

—¡Cuentos, cuentos!—exclamó Pilín.

—¿Cuentos? ¿Pues no están ya en Rusia, que son los pobres los que mandan? Y las fábricas son de los obreros. Y las tierras de los hombres que las trabajan. Y allí no hay pobres, ni ricos, sino hombres que le dan de sí a la vida y viven a gusto. ¿Por qué no ha de pasar lo mismo en España?—habló Felipe exaltado.

—¡Rusia! ¡Con sólo mentarla se erizan los cabellos! ¿Tú sabes lo que has nombrado, muchacho? ¡Pero si Rusia es lo mismo que una cueva de bandidos! ¡Pero si aquello está hecho polvo! Allí no hay más que cuarenta partidas de bandoleros que lo tienen todo copado haciendo los abusos más grandes, lo mismo que los ladrones de Sierra Morena. ¡Buena cosa íbamos a tener en España si viniera aquello! Pero aquello no vendrá porque hay buenos hombres y muy honrados que se encargarán de que no venga. ¡Pero si allí apenas que nacen los hijos los tiran a la Inclusa! Todos los hombres se acuestan con todas las mujeres. ¡Hasta con las doncellas!

—¿Lo has visto tú eso que dices de Rusia?—interrogó Felipe.

—Pero lo dicen todos los hombres que saben.

—¡Los señoritos! Los señoritos hablan mal de aquello porque allí los han degollado. Basta que vea yo que hablan mal de aquello los señoritos para tener la seguridad de que es bueno.

—¡Allí los que mandan son los pobres!—exclamó otro.

—¡Y dicen que allí son lo mismo las mujeres que los hombres!—gritó Milagros.

Pilín no quiso discutir más porque iba ya sintiendo miedo al ver que todos se le ponían en contra y casi le amenazaban.

Fueron unos minutos en silencio.

De pronto saltó Mellinas:

—Me voy riendo a mis solas.

—¿Qué te pasa?—le preguntó Milagros.

—Nada. Que me voy riendo.

—De algo te reirás, hombre. Asi, de nada, de nada, no será.

—¿Sabes de que me voy riendo, Pilín?

—¡Para sabio, Dios!

—Pues me voy riendo, pensando en la metida que nos has dado.

—¿Yo?—preguntó perplejo Pilín.

—¡Sí, hombre! ¡Nos has querido tomar el pelo!—exclamó Mellinas acercándose a Pilín y dándole en el hombro en son de broma.

—¿Que os he querido yo tomar el pelo?

—¿Pero a quién le vas a decir tú, y se lo vas a hacer creer, que llevas cien duros para pagarle al amo la renta?

—¿Te crees que es mentira? ¿Es por eso por lo que decías que os había querido tomar

el pelo? ¿Es por eso por lo que te ibas riendo a tus solas?

—¡A ver! ¡Pajarraco! ¡Estás hecho un socarrón!—y Mellinas le dio en un hombro, bromeando.

—¿Te crees que no llevo los cien duros para pagar mi renta?

—¡Vamos, anda que te den para un coche! ¡Ni que fuésemos pájaros culones!—y le acarició el vientre, con una palmadita.

—¡Cien duros como cien soles llevo!

—En el campo de toda España no hay un mortal que tenga cien duros, Pilín. ¡Cien duros! ¡Ni cien reales!

—Yo no sé lo que tendrán los demás, pero yo lo que te puedo decir en serio es que llevo el dinero justo, para pagarle al amo la renta, sin que me falte ni un céntimo.

—¡De boca! ¿A que no los enseñas?—le instó Mellinas.

—No me gustan las fanfarronerías. Pero para que veáis que no miento y que no he querido quedarme con vosotros, mira, aquí los tienes—Pilín metió la mano y sacó su cartera.

Tomó los billetes que llevaba para pagar la renta y los mostró preguntando:

—¿Son de esos que dan, los tíos tenderos, para anunciar el chocolate?

Mellinas con una agilidad magnífica se los arrebató de un tirón diciéndole:

—¡Trae, granuja! ¡Con éstos no pagas, tú, la renta!—y se los metió arrugándolos en el bolsillo del pantalón.

—¡Ladrón! ¡Me has robado mi dinero!—rugió Pilín abalanzándose sobre el otro.

Quedaron, los dos campesinos, unidos por un abrazo.

Los otros, inmóviles, los contemplaban mudos y pálidos.

Mellinas y Pilín estuvieron luchando unos minutos a brazo partido.

Los otros los miraban como público de un espectáculo.

Pilín era más fuerte y venció a Mellinas: lo tiró al suelo quedando sobre él.

Los dos tendidos en el suelo. Respiraban con fatiga. Se mordían.

—¡Que alma tenéis!—gritó Milagros—¿Es que vamos a dejar que ese tío chucha le gane a Pedro y le quite los billetes y se ría?

Todos, como una jauría, se lanzaron contra Pilín. Lo despegaron de Mellinas, y cuando lo tenían ya sólo, sin su presa, tirado en el suelo, lo golpearon apostrofándolo.

Mellinas, en pie, apartado a un lado, entre tanto, se sacudía las ropas rojo y jadeante. En sus labios había una sonrisilla de coraje.

Estuvieron golpeando a Pilín en el suelo algunos minutos.

—¡Dejarlo ya!—gritó Mellinas—¡Ya ha llevado una buena lección para que sepa ser hombre y buen compañero y no vaya a llevarle dinero ninguno al amo! ¡Dinero! ¡Pólvora es lo que hay que llevarles a los amos! Este dinero que llevo yo en el bolsillo, que le he quitado de las manos, está hablando dos cosas: que Pilín es un ladrón que ha chupado la sangre al que ha pillado, por que ha podido juntarlo, cuando ninguno podemos ni siquiera juntar una peseta para comer; y la otra cosa que está hablando, es que es un renegado enemigo de sus compañeros del campo, porque sabiendo que ninguno podemos pagar la renta él se debía de haber guardado sus cuartos y haberse ido al amo con los bolsillos vacíos a darle palabras como todos le vamos a dar. ¡Dejarlo que se levante, que buena vida va a llevar ya en el campo!

No le hacían caso a Mellinas y sobre Pilín daban y daban golpes. Y hasta le arrancaban jirones de ropa.

Por fin lo soltaron.

Se levantó Pilín, deshecho, magullado y herido. Con las ropas destrozadas. La cara le sangraba. Y los ojos cubiertos por dos grandes manchas moradas.

No podía ni hablar.

Es imposible que un hombre pueda tener un pánico más grande.

Ya no le pegaban, pero seguían insultándolo.

Mellinas le dijo:

—¡Y no te devuelvo el dinero, porque no me da la gana!

—No, hombre, yo tampoco lo pido. Tomarlo para vosotros—decía temblando y humillado.

—Nos lo vamos a repartir entre todos nosotros—declaró Mellinas.

—¿Y qué? Pues está muy bien que hagáis eso. Más falta nos hace a nosotros que a

quien él se lo iba a dar—dijo una viejecita que iba en el grupo.

—¿Os creéis que es broma?—preguntó Mellinas—. Cuando lleguemos al pueblo lo cambio en duros y lo reparto entre todos. ¡Y tú, Pilín, vuélvete ahora mismo a tu casa! Y chitón, ¿eh? Cuidado con que abras el pico y se lo digas a nadie, ni des parte a la justicia. .

—¡Si das parte te arrastramos todos los de la diputación!—le dijeron muchas voces.

—Os juro que no digo, nada, pero dejarme quieto. Os podéis quedar con el dinero. Yo me hago la cuenta que se me ha muerto una muía. Podéis estar tranquilos que esto se ha acabado aquí.

—¡Claro! ¡Por la cuenta que te trae!

—Pero es que tampoco, aunque sea con otro dinero, le tienes que pagar la renta al amo. ¡Si le pagas la renta al amo te degollamos!—rugió Mellinas.

—¿Le vas a pagar la renta al amo? ¡Di! —le gritó Celestino Melgar, cogiéndolo de las solapas y zarandeándolo.

—Os pido que me dejéis en paz, hombre—suplicó aterrado—. Os juro por mis hijos que no pago ninguna renta, ni le digo a nadie lo que ha pasado, pero dejadme ya que me vaya tranquilo a mi casa.

-—Bueno, vete y tú verás lo que haces. Ten cuidado, que ya no está el campo para bromas. No está como otras veces—le dijeron muchas voces.

Pilín se dirigió hacia su casa y los otros siguieron su camino hacia las casas de los amos.

CAPÍTULO XVII

Llegó a Garzas el grupo en que iba Meninas.

Constantemente entraban a la ciudad pelotones de campesinos que iban a las casas de sus amos a darles palabras en vez de dinero.

Casi ninguno llevaba la renta completa. Muy pocos eran los que llevaban algún dinero.

Casi todos iban con los bolsillos como los estómagos: vacíos.

Blas el Pintado también llegó con numerosos compañeros a decir como los demás que le era imposible pagar la renta.

A las once de la mañana se veían las calles de Garzas inundadas de campesinos.

Presentaba la ciudad un aspecto triste.

Obreros parados y aquellos campesinos paupérrimos, todos con ropas mugrientas y rotas, y con aquellos rostros de hambre, se estacionaban en las esquinas y pululaban por las calles, formando pelotones.

Se veían entre ellos al Yesca, a Romualdo el de la muerta, al tío Gas y a todos aquellos campesinos de la diputación de Bruezos.

Hacía dos días que había habido una huelga algo violenta de panaderos, y esto y la amenaza que había de que los campesinos, de un día a otro, se iban a echar sobre la ciudad, hacía que en previsión de acontecimientos patrullara por las calles la Guardia civil de caballería.

Con frecuencia eran disueltos los grupos por la benemérita guardia.

Al mediodía las casas de los propietarios más ricos estaban rellenas de colonos.

Lo menos en una hora estuvieron las calles desiertas, sin verse a nadie.

Todos los campesinos estaban metidos en las casas de los señores.

La Guardia civil, bajo el sol en el cénit, seguía patrullando con sus sombras bajo las barrigas de sus caballos, solitaria y espectral.

Las casas a sus lados parecían panteones.

El sol era espléndido y abrasaba.

De vez en cuando se veía algún transeúnte, pero atemorizado.

—¿ Pasará algo, Hernández ?—le preguntó de súbito un Guardia civil a un compañero.

—¿Por qué?

—¿No ves a los guardias municipales que bajan por allí todos juntos?

En efecto, por una calle en cuesta venían los guardias aludidos hacia los civiles.

—No sé, muy despacio andan para que vayan a algún servicio.

—Es que vendrán a avisarnos a nosotros.

—No creo, no vendrían así todos juntos y tan despacio. No sé. No llevan trazas de nada.

Los civiles, siguieron marchando al compás de los zapatazos de sus caballos, sobre el suelo muy seco, hacia el pelotón de los urbanos,

—¿ Pasa algo ?—preguntó uno de los guardias civiles.

—Nada—contestó uno de los guardias municipales.

Irían unos veinte. Los uniformes de todos eran raídos y viejísimos. Les faltaban botones a las guerreras y los pocos que les quedaban oxidados como si los hubiesen sacado del basurero. Llevaban culeras en los pantalones.

El que no calzaba botas hechas cisco llevaba alpargatas mugrientas.

Sus caras presentaban un aspecto famélico. Las llevaban sin afeitar, con barba de un par de semanas. Lo que no les faltaba a ninguno, y muy nuevas, era una escarapelita de los colores republicanos en el frontal de la gorra.

—Creíamos que pasaba algo. Como los hemos visto a ustedes venir así juntos...—habló uno de los guardias civiles.

—No, no es nada. Es que vamos...—murmuró uno de los urbanos, rascándose una mejilla.

—Anda, díselo.. Dile a donde vamos—dijo otro, con gran desenfado—. Pues mire usted, vamos al Asilo, a comer. Hace ya más de un año que no nos pagan y nos mandan a comer allí. Y nosotros vamos, ;qué hemos de hacer? ¡No nos vamos a morir de hambre!

Los guardias civiles se pusieron serios, se acariciaron los labios y pusieron sus caballos en marcha.

Los guardias urbanos siguieron su camino.

Uno de ellos comentó:

—¿Habéis visto qué bien vestidos y que lustrosos van ellos? Esos cobran sus sueldos puntualmente.

—¡Y pluses! ,

—¡Y subiéndoles todos los días el sueldo!

—¡Claro, como los necesita la República, para que el pueblo soberano no la derribe!

Y siguieron hablando en dirección al comedero del Asilo.

Alrededor de la una comenzaron a verse de nuevo, por las calles, campesinos que salían de las casas de los amos.

Volvían a estacionarse en las esquinas y a pulular en manadas por las calles.

Era tarde, más de las dos, y de algunas casas no se veía salir ni un sólo colono. Aún estaban todos dentro.

Una de estas casas era la de don Santiago Blesa, rico terrateniente que tenía más de setenta colonos.

Toda esta masa humana permanecía, encajonada en un pequeño patio, ya varias horas, sudorosa y desmayada bajo el sol tan fuerte que hacía, esperando a que el señor avisara para que empezasen a entrar al despacho.

Algunos querían irse. Otros los sujetaban. Se oían grandes protestas. Sobre todo las mujeres, maldecían muy irritadas.

Por fin se asomó una criada a un balcón y dijo con voz chillona:

—Tengan ustedes paciencia. Ya ha venido don Santiago. Es que ha estado ocupado en el Banco toda la mañana. Va a comer y en seguida baja al despacho.

Las palabras de la sirvienta cayeron sobre los campesinos como teas encendidas. Comenzaron a brincar indignados y a lanzar protestas. Se oían muchas voces que decían:

—¡Vaya un abuso!

—¡No hemos comido nosotros en bastantes días!

—¡Yo me voy!

- ¡ Y yo!

- ¡ Y yo!

—¡Yo no espero más!

—¡ Nos vamos todos!

—¡ Sí, dile que nos vamos todos!

—¡ Dile de nuestra parte que no le pagamos la renta porque no tenemos ni un céntimo chico!

Y se decidieron a salir en masa.

La puerta estaba cerrada con llave y se pusieron a dar grandes golpes.

Pretendían romperla.

—¿Qué escándalo es ése?—rugió desde él mismo balcón don Santiago.

Los campesinos se quedaron quietos y mudos, perplejos, mirando al amo de las tierras.

—Voy a comer y bajo.

Como de un lago se levanta una niebla, de aquella masa de campesinos se levantó un rumor muy denso.

—¿Pero es que no queréis que coma para atenderos a vosotros? ¡ Qué gracia!

El rumor se hizo aún más espeso.

—¡Vaya! ¡Bernardo, Bernardo!—llamó don Santiago al chofer.

Apareció en otro balcón un hombre de unos treinta años.

—¿Qué quiere usted?

—Baja y abre la puerta—dirigiéndose a los campesinos—¡ La puerta se va a abrir para el que quiera irse! No se detiene a nadie. Esto no es ninguna cárcel. ¡El que se vaya ya sabe que está despedido de la tierra!

Los campesinos enmudecieron y titubearon un poco.

De pronto saltó una voz de mujer:

—¿Es que nos vamos a aguantar? ¿Vais a quedaros así muertos? ¡Nosotros no debemos de aguantar cabronadas!

Toda la masa rugió:

—¡ No, no, no!

La voz de un hombre sonó:

—¡ Nos vamos todos!

—¡Sí, todos!—exclamaron a una.

—¡ Y, si no nos abren la puerta, la echamos abajo!

—¡ La rompemos!—rugieron a coro.

—De todas maneras, para lo que le íbamos a decir a usted en el despacho, uno a uno, se lo podemos decir desde aquí todos juntos y acabamos antes: ninguno traemos el dinero para la renta. ¡Así es que no se la podemos pagar a usted!—rugió la. voz del mismo hombre.

—¡ Ninguno podemos pagársela!—exclamaron todos.

—¿ Pero, es que os vais a enfadar porque os he tenido tanto tiempo esperando? ¡Vaya, perdonadme! No ha sido mía la culpa. Vaya, ya voy a bajar en seguida, antes de comer, para despacharos—habló con tono adulador.

—¡ No, si no quiere usted bajar, no baje! Es lo mismo. Ninguno traemos el dinero.

—¡ Eso no puede ser!—exclamó cariñoso—. ¿ De qué voy a vivir yo ? ¿ No os da lástima de mí ? Si no me pagáis vosotros nos morimos mi familia y yo de hambre.

—¡Nos estamos nosotros muriendo hace tiempo a chorro!—exclamó uno.

—Pero, hombres, vosotros es otra cosa. ¡ No comparar! Yo tengo otras necesidades que vosotros no tenéis. Estoy acostumbrado a otras necesidades... Tengo mí casa que necesita mucho dinero y a tres hijos dándoles carrera.

—¡ No sabemos nosotros, ni nuestros hijos, ni siquiera leer!—gritó otro.

—Pero vosotros sois del campo, vuestro oficio es trabajar en la tierra. Vaya, vamos a hacer una cosa. Voy a bajar al despacho, y los que sé yo que pueden pagar que me paguen la renta. Los que no, que me den algo, y lo que les falte ya arreglaremos que me lo den en la cosecha del aceite.

—¡ Si no abren pronto la puerta la derribamos ! ¡ No le podemos dar a usted nada!—rugían muchas voces.

—Matilde: avisa al cuartel de la Guardia civil por teléfono—le dijo don Santiago en voz baja a una hija suya que había a su espalda—. ¡Os pido que os tranquilicéis! Bajo en seguida a que me deis lo que podáis darme. Porque si no, ¿de qué voy a vivir ?

—¡Trabaje usted! ¡Mire usted cómo tenemos nosotros las manos! ¡Hechas pedazos de trabajar!

—¡Todos despedidos de las haciendas ahora mismo! ¡Bandidos! ¡Granujas!

Los campesinos, encrespados, insultaban a don Santiago, queriendo tomar la escalera para subir a lincharlo.

Entró de pronto la Guardia de seguridad dando sablazos a diestra y siniestra. Despejaron el patio. Los campesinos se salieron a la calle.

Había corrido la noticia por todo el pueblo y los campesinos que se habían congregado en Garzas acudieron a la proximidad de la casa, formando una gran masa. También se les juntaron bastantes obreros parados.

Se formó una enorme muchedumbre proletaria.

La Guardia civil que había acudido, era impotente para dominar aquella masa.

Toda la calle se veía rellena de hombres y mujeres.

La Guardia de seguridad, y civil de pie y a caballo situada en los puntos estratégicos permanecía inmóvil y vigilante.

Por instantes iba engrosando la muchedumbre.

Ante los ojos de todos se abría esta interrogante :

—Ya que estamos todos juntos, ¿qué vamos a hacer?

Seguían juntos, cada vez más compactos, pero la respuesta no surgía.

Comenzaron a oirse las voces de los guardias gritar:

—¡A disolverse! ¡A disolverse!

Relucían los sables y los mauser clavaban sus culatas en los hombros de los Guardias civiles de a caballo.

La masa cada vez más compacta.

Un toque de atención.

De repente surgió de encima de la muchedumbre la mitad del cuerpo de un joven obrero.

Todas las miradas se dirigieron a él.

Los Guardias también quedaron espectantes.

—¡Campesinos de Garzas!:—dijo—¡en España es hoy en donde corre con más velocidad la Revolución, en todo el mundo! ¡ Y esta Revolución va hacia la toma del Poder por los obreros y campesinos! ¡Campesinos de Garzas!: ¿queréis la Revolución?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!—rugió la muchedumbre.

Comenzaron a oirse algunos obreros que decían por entre la masa:

—¡ No hacerle caso a ese, es un loco, es un comunista!

Pero otros obreros que se dieron cuenta de ello gritaron virilmente:

—¡ No hacerles caso a esos contrarrevolucionarios ! ¡ No hacerles caso a esos traidores a la causa obrera, a la clase proletaria! ¡Son obreros vendidos al Gobierno! ¡Son social-fascistas! ¡Fuera, fuera! ¡Fuera los enchufistas!

Los gritos eran tan enormes que el orador, que hablaba por- encima de la muchedumbre, esperaba silencioso haciendo nerviosos ademanes.

Por fin pudo exclamar:

—¡ Viva la Revolución en beneficio de la clase trabajadora!

—¡ Vivaaaa!

—¡ Si queremos nosotros, el pueblo es nuestro y los trabajadores de Garzas le habremos dado un gran impulso a la Revolución social de España! ¿Estáis dispuestos a que sea nuestro pueblo?

—¡Siiii!

—¡No dejarse vencer por nadie! ¡Coged las armas de donde estén y al Ayuntamiento a tomarlo y a constituir nuestro Consejo de obreros y campesinos! ¡El pueblo será nuestro!

—¡Ale, ale, ale! ¡Al avío! ¡Al avío!—rugían las criaturas enfebrecidas.

Fué a levantarse otro orador y la masa protestó diciendo:

—¡Fuera, fuera! ¡No queremos más palabras! ¡Al avío, al avío! ¡Ale! ¡A armarnos y al Ayuntamiento!

Los obreros que estaban trabajando, al enterarse del acontecimiento abandonaron el trabajo y acudieron a unirse con sus hermanos de clase.

Una voz gritó:

—¡Viva la Revolución social! ¡Viva el Gobierno obrero y campesino!

—¡Vivaa! ¡Vivaaaa!

Los guardias comenzaron a disparar y a dar sablazos.

De la muchedumbre también salían disparos.

Se vio caer de un caballo a un Guardia civil herido. En la muchedumbre también se veían heridos.

La masa humana arrolló a los gendarmes del Gobierno.

Los propietarios, aterrados, cerraban sus casas y se escondían.

La masa, partida en varios grupos, recorría las calles, dueña de ellas, gritando victoria.

A un grupo de ellos le salió por una bocacalle una pareja de la Guardia civil. Se echó sobre ella y con cuchillos les cortaron las bridas a los caballos y salieron estos desbocados a estrellarse, quizá, con sus jinetes contra algún muro.

Iban acudiendo al Ayuntamiento grupos y grupos, cada uno armado con lo que había podido.

Se pusieron a nombrar miembros de entre todos los gremios obreros y varios de la masa campesina, y en la sala de sesiones del Ayuntamiento comenzó a constituirse el Consejo de obreros y campesinos.

Al balcón principal del Ayuntamiento se asomó, ya obscureciendo, un viejecito, con la frente chorreándole sangre, para atar en la baranda una bandera roja.

Era el tío Damián el Yesca, sin el gorro de piel y sin la bufanda, que con las manos temblonas, con un cordel ataba el asta.

Mientras la ataba oyó un trepidar enorme de motores. Se quedó mirando a dos bocacalles que había en la parte de enfrente de la Plaza. Vio llegar a varios autobuses. Se apeaban de ellos enjambres de Guardias civiles.

El Yesca miró a un obrero que había a su lado y exclamó, apuntando a los Guardias civiles :

—¡Diles a esos, que están en la sala, que acaban de llegar los padres de la República, para barrernos!

FIN

INDICE